Proyecto Médium

Jesús B. Herrera

Image not found.

Capítulo 1

PRÓLOGO

Organización de Liberación Mundial

Nos encontramos en el año 4408. Vivimos en un periodo de paz y tranquilidad como pocas veces hemos conocido. Las guerras del pasado ya no son más que un mal recuerdo del que muchos intentamos huir desesperadamente. El diálogo es nuestra arma. La verdad es nuestro objetivo. La esperanza es nuestro motor, nuestra fuerza.

Hoy los niños pueden ir a sus escuelas sin miedo. Los hombres y las mujeres pueden pasear por las noches con la seguridad de que nada malo les ocurrirá. Los robos, los asesinatos, los secuestros… Toda violencia ha sido erradicada de la faz de Shalandar. Esos actos no son más que problemas del pasado, cuya única presencia se mantiene en los libros de historia y no en los corazones de los hombres y mujeres que lucharon en ellas.

Pero esta situación no siempre fue así. No nos hace falta remontarnos muy atrás en el tiempo, ya que hace tan sólo veinte años la humanidad colapsó sobre sí misma, sucumbiendo en una de las crisis más graves de nuestra era. Se alzaron antiguos enemigos, los cuales hacía siglos que creíamos extintos. Enemigos cuya única intención era la de mermar la voluntad de los hombres: La esclavitud, la opresión, la censura y el sometimiento a partir del miedo.

Tan sólo hubo uno al que se le puede culpar de esta temible situación. Un único país se levantó contra el resto. Abandonó las Leyes de la Humanidad, firmadas siglos atrás y desafió al resto de Estados que lo firmaron.

Aquella fue la mecha que hizo estallar los cimientos de nuestro mundo. La superflua paz que se respiraba años antes del alzamiento de ese país fue un ejemplo de cordialidad y colaboración entre naciones.

No fueron pocos los países que apoyaron la forma de gobierno de este Estado, por lo que no fueron pocas las actuaciones violentas que realizaron en pos de aquellos retorcidos ideales. El objetivo era el de separarse de las leyes impuestas por los hombres del pasado para los hombres del futuro. Este suceso histórico recibió el nombre de "La Semilla de la Discordia".

Estos actos violentos no fueron únicamente contra los ciudadanos de sus propios países. Lo que realmente intentaban era destruir la pacífica forma de vida de la sociedad del momento. Para ello declararon la guerra a más

de setenta Estados, los cuales aún respetaban y eran fieles a los principios impuestos por las Leyes de la Humanidad.

No obstante, los jefes políticos de esos Estados fueron incapaces de dar con una solución que no implicase llevar a la guerra a todos sus ciudadanos. Tardaron meses en tomar una decisión, pero ese tiempo fue aprovechado por los países infectados por la Semilla de la Discordia, los cuales avanzaban día tras día, asesinando o sometiendo a aquellos ciudadanos que los políticos querían proteger.

Ante la inexistente iniciativa de estos políticos, diez Estados decidieron separarse de las decisiones del resto y solucionar el problema por sí mismos. Ellos fueron los únicos diez que se atrevieron a sublevarse y a acabar con la tiranía que comenzaba a adueñarse del mundo.

Pero era difícil, por no decir imposible organizar los ejércitos de diez países en un corto espacio de tiempo, por lo que decidieron unir sus fuerzas bajo una única bandera. De esa manera se fundó la Organización de Liberación Mundial, la que en adelante se conocería como OLM.

Se trataba de una organización militarizada cuya intención era la de erradicar la Semilla de la Discordia de una vez por todas. Los principios de esta organización eran los de emplear ante todo el dialogo para no recaer en los problemas del pasado, pero si era necesario emplearían la fuerza para cumplir su cometido. Ajenos a los consejos y a las advertencias del resto de Estados Miembros, estos diez países continuaron con el proyecto OLM, culminando en una firme potencia capaz de autoabastecerse a sí misma.

El ejército de esos diez países y miles de voluntarios de los otros sesenta Estados se unieron a las filas de esta organización como una forma de protesta por los sucesos que sucedían en el resto del mundo. Con ello se demostró que la libertad no era un juguete en manos de unos pocos, sino que era algo esencial de los humanos que no podía ser pisoteado. No importaba cuantos se pusieran en contra, la libertad siempre se enfrentaría a la opresión y saldría ganadora.

Esta iniciativa como cabía esperar no fue bien acogida por los anquilosados políticos de los demás Estados, los cuales preferían seguir discutiendo antes que tomar una decisión. No obstante, este odio injustificado duró poco tiempo. Uno a uno los países que habían optado por la opresión, la dictadura y la censura fueron cayendo ante las filas de la poderosa OLM. Cortaron y arrancaron la Semilla de la Discordia hasta que finalmente llegaron al instigador y responsable de aquella repugnante forma de vida y actuación. Con la misma piedad que ellos trataron a sus gentes, la OLM les trató a ellos.

Diez años de luchas constantes se necesitaron hasta lograr una paz mermada. Los altos mandatarios que iniciaron las rebeliones fueron ajusticiados, y la normalidad regresó a estos países.

La OLM se ganó el respeto y la admiración de millones de personas, tanto de quienes les apoyaban, como de sus detractores. El resto de países aceptaron de buen grado su existencia, y muchos de los recelosos comprobaron que el sistema implementado por la OLM funcionaba. Si no se podía mantener la paz por la palabra y el diálogo lo mejor era mantenerla por la fuerza, para a continuación otorgar el poder a quienes realmente lo merecían, es decir, el pueblo.

Con ello la Organización de Liberación Mundial dejó de ser una institución temporal, convirtiéndose en otra totalmente independiente. Los diez primeros países que idearon la OLM cedieron a diez representantes que formarían el primer Consejo, momento a partir del cual la organización se apartaría de cualquier organismo político de cualquier otro Estado. Nada de influencias, nada de favoritismos, nada de parcialidad. Todo se haría por el bien de la libertad de la humanidad.

No obstante, la OLM no logró cumplir plenamente su cometido: Erradicar la Semilla de la Discordia. Aún hoy los resquicios de la opresión siguen presentes, latentes en algunos países que aún luchan contra el progreso que otorga la libertad.

La Organización instauró sus propios símbolos para poder ser recordada por sus compañeros, admirada por el pueblo y temida por los tiranos. Unos símbolos que no hicieron más que darle independencia y autonomía. Su escudo fue el más destacado de todos sus símbolos. Las alas de la libertad por encima del mundo. La columna de mármol que simbolizaba la firmeza de sus convicciones, la cual introducía sus raíces en la tierra. La cadena de ADN que representaba el progreso, la tecnología y la vida que deseaban salvar. Y sobre todo las cadenas que apresaban al globo terrestre, para recordar al mundo entero que la OLM sólo servía al planeta, y no a ningún país o nación por separado. La libertad es lo único que le interesa, ya que sin libertad… no hay futuro.

Margareth Margal recitó esas palabras su clase de cadetes como hacia una vez por mes para motivar a los futuros soldados de la Organización. Todos eran jóvenes y con un futuro brillante aguardándoles. Sin duda, muchos llegarían a ser notables soldados, oficiales, o incluso consejeros. Otros se dedicarían a las oficinas o a la investigación en los laboratorios, mientras que los últimos, pero no los menos importantes, se dedicarían plenamente a la enseñanza como hacia ella.

Hombres y mujeres que luchaban y querían proteger al planeta de la opresión que habían provocado las acciones del pasado. Sólo con tener esa intención ya eran héroes para ella. Por muy mal que fueran tratados en un futuro, o por muchas patadas que les diese la vida, ella sabía que no abandonarían. Si tenían la fe y la fuerza suficiente para unirse a las filas de la liberación, lo tendrían para cualquier cosa.

Un timbre sonó y los alumnos se pusieron en pie uno tras otro. Para su adiestramiento, los tutores se habían visto obligados a darle a cada uno un número que debían respetar en cada momento. En un futuro, cuando su oficial le diese un número, ese sería su nombre durante prácticamente el resto de su vida, a menos que ascendiese o fueran ellos los superiores.

Se quedó a solas en la amplia clase donde minutos antes estuvieron sentados más de cien personas. Pensar que años atrás estar ante ellos le daba pavor y casi arcadas le daba risa. Los nervios los había ido abandonando con el tiempo, y en ese instante se había convertido en la profesora quizás no más respetada, pero sí de las más valoradas de la academia de Xeiros.

Salió de la clase y caminó por el pasillo cruzándose con adolescentes de poco más de dieciséis años, edad a la que se permitía el ingreso en la academia. Como la OLM era un ente independiente, no atendía a las leyes de ningún país, y mucho menos habiendo líderes y políticos tan ridículos como los que hubo en el pasado y había en ese instante. Cobardes que preferían mandar y apartar la mirada del mundo antes que enfrentarse al verdadero problema. Si ellos hubieran sabido controlar la situación tiempo atrás, no habría hecho falta crear la OLM, si ellos fueran buenos en sus actuaciones, ni tan siquiera existiría la desigualdad o los problemas. Lo único que protegían y respetaban eran las Leyes de la Humanidad, y el Tratado de Liberación Mundial, y éste último lo había creado la propia OLM.

–Margal, ¿Puede venir? –Preguntó el profesor Reimard, un respetado maestro de más de cuarenta años de experiencia en el ejército. Muchos pensaban que ya era el momento de su jubilación, pero él consideraba que aún tenía mucho que enseñar a los soldados del mañana. Margareth obedeció y se acercó al hombre que ya estaba algo encorvado. –Supongo que no te habrás enterado, pero debes acudir inmediatamente al edificio principal.

–¿Se me necesita para algo? –La Organización de Liberación Mundial dividía sus sedes en dos edificios. El primer edificio, también conocido como *edificio principal* era el lugar donde se desarrollaba la vida de la Organización. El segundo edificio siempre se construía cerca, y era el dedicado al entrenamiento y preparación de nuevos reclutas. El hecho de hacer llamar a un profesor del segundo edificio al primero era algo

extraño.

–Un examen médico. Todos los profesores y alumnos estamos obligados a acudir.

– ¿Qué? –Preguntó ella extrañada. Los controles médicos rutinarios eran normales, pero siempre solían avisarse con antelación. Pocas veces se realizaban tan repentinamente. –Deberían haberme avisado hace semanas.

–Al parecer ha llegado alguien muy importante de Yearuk. Si no me equivoco su nombre es Thomas Lemark. –Explicó Reimard mientras prestaba atención a la pantalla táctil que llevaba en una mano. –Quieren aprovechar su llegada para hacer revisiones más profundas.

Al escuchar ese nombre, Margareth se emocionó. Le era indiferente la revisión, de repente lo que quería era ponerse en manos del aclamado Doctor Lemark. Él era considerado una eminencia en el campo de la medicina y de la tecnología. Pese a su juventud, ya había sido elogiado por los expertos más importantes del planeta. Constantemente viajaba de universidad en universidad dando conferencias y dejando embelesados a todos los oyentes con sus innovadores ensayos y argumentos.

Ella ya había tenido la oportunidad de asistir a alguna de sus conferencias, y pudo sentir de primera mano la sensación que se respiraba en una sala en la que absolutamente todos los asistentes bebían de las palabras del interlocutor.

Sólo tres o cuatro personas en todo Shalandar eran capaces de competir intelectualmente con él, y todas habían preferido ingresar en la OLM para ayudar al proyecto de libertad que se les había sido encomendado.

Sin perder el tiempo Margareth se despidió del profesor Reimard, y bajó al vestíbulo del edificio de cadetes. La puerta automática se abrió a su paso y caminó unos doscientos metros hasta llegar al edificio central situado en el centro de Xeiros. No era tan grande como el edifico situado en Yearuk, pero su tamaño y altura dejaba sin respiración a todos los que lo veían.

Desde su posición era imposible ver lo que se encontraba en la cúspide del edificio, entre otras cosas por las nubes, y por la elevada altura del mismo, de casi ciento cincuenta pisos. El edificio estaba cubierto por una capa casi infinita de cristales que reflejaban la luz dando luminosidad y calor a la helada ciudad de Xeiros.

Entró en el edificio principal, sintiendo una ráfaga de aire caliente que agradeció debido al frío que, hacia fuera, y se acercó a los ascensores. Siempre le sorprendía entrar en aquel edificio y ver a decenas de personas haciendo cola ante el mostrador de la entrada. Algunos iban pidiendo

trabajo, o ayuda del ejército de la OLM, pero todos siempre eran escuchados y atendidos.

Una vez hubo llegado al sexagésimo cuarto piso salió y sintió como su emoción se desinflaba al ver la inmensa cola que comenzaba a pocos metros del ascensor. Al menos cien personas esperaban ante la puerta del despacho del doctor, muchos por necesidad –Como se podía apreciar por sus cuerpos magullados–, y otros por interés o curiosidad como era su caso. Ver al profesor Lemark era una anécdota digna de contar. Tras la muerte de su padre, el general John Margal no había tenido muchas oportunidades de interesarse por algo, por lo que la posibilidad de conocer a alguien de tal valía e importancia la emocionaba.

Los pacientes fueron atendidos lentamente. Al menos tardó un par de horas en poder ser atendida, y tras ella ya se había formado una cola tan o más larga que la que hizo ella. Habría sido mejor que más médicos se encargasen de las revisiones, pero se enteró de que los otros médicos sólo pasaban consulta, y que durante el tiempo que estuviese el doctor Lemark allí, todas las revisiones pasarían antes por él.

La puerta se deslizó hacia la derecha sin que ella tocase nada y luego entró. El interior estaba bastante caldeado, pero había una ventana abierta que se encargaba de ventilar la habitación. El doctor era consciente de que podía ser molesto entrar en una sala donde poco antes hubo más de trescientas personas.

El doctor estaba sentado ante ella. Su gabardina blanca brillaba con la luz artificial de las lámparas. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de cristal que brillaban de forma inusual. En esa época la visión había sido reparada en casi el 90% de la población, por lo que era raro que alguien como él las usase, y en caso de llevarlas puestas, solían ser pequeños ordenadores conectados directamente al cerebro del que los usaba.

Realmente era alguien sorprendente. Fijándose bien no debía tener más de veinte años. ¡Y aun así había llegado a la cumbre de su carrera! No podía hacer nada más que elogiarlo.

–Nombre. –Pronunció sin alzar la vista.

–Margareth Margal Redoran Carto. –Contestó ella con algo de emoción contenida.

Al fin alzó la vista con el ceño fruncido. Su cabello era negro como el azabache y estaba echado hacia atrás bien aplastado con gomina.

– ¿Pariente del fallecido general Jonathan Margal?

–Así es. Era mi padre. –Respondió con un nudo en la garganta. No le gustaba hablar de su padre, la volvía melancólica y le atraía a la mente bellos recuerdos enturbiados por su muerte.

–Entiendo. Lamento su pérdida, era un gran hombre. –Estiró la mano hacia una silla frente a la mesa. –Siéntese, por favor.

Ella obedeció y se sentó algo cohibida. No esperaba que alguien tan joven hubiese conocido a su padre, pero debía acostumbrarse a que la edad no era determinante a la hora de conocer o entender acerca de nada.

La habitación era grande y totalmente blanca, llena de pequeñas baldosas lumínicas que hacían que cualquier superficie brillase como por luz propia.

Una gran estantería de madera sintética de color blanco estaba colocada a su lado. Estaba repleta de libros de medicina de nombres complejos, órganos falsos y herramientas para auscultar y dar un diagnóstico. Margareth no pudo evitar contemplar sorprendida los libros allí colocados. Era la primera vez en su vida que veía el papel, y era algo totalmente extraño para ella y para cualquiera que entrase en ese despacho.

La mesa a diferencia de su estantería estaba impoluta. Lo único que había era un ordenador holográfico, una modernidad que hasta el momento ella no había tenido la oportunidad de ver muy de cerca. Para su desgracia estaba apagado, ya que él utilizaba en ese momento una simple libreta electrónica del tamaño de un folio.

– ¿Edad?

–Treinta y cinco años.

– ¿Enfermedades conocidas?

–Ninguna. –Y no mentía. Las enfermedades habían sido extinguidas casi totalmente gracias entre otras cosas a la propia OLM. La rama de investigación bio-sanitaria de la Organización se encargaba de estudiar y analizar todas las enfermedades que hubo en el pasado y en la actualidad, con el fin de buscar una cura. Pocas eran las enfermedades que se resistían a sus estudios. Por supuesto, el Doctor Lemark era uno de los principales responsables en la elaboración de esas medicinas que algunos se atrevían a considerar *milagrosas*.

– ¿Alergias?

–Tampoco.

Así continuó durante más de cinco minutos. Datos personales, enfermedades pasadas, problemas de salud cualquier tipo. Todo era apuntado en la libreta electrónica que llevaba. Al finalizar le dio la vuelta y le tendió un bolígrafo táctil para que firmase.

Ella lo cogió e inmediatamente éste se iluminó con un brillo amarillento que le sorprendió.

–Vaya, ¿Cambia de color? Qué curioso.

–Si. –Aunque quisiese ocultar la sorpresa, era evidente que se había sobresaltado. –Los cambios de temperatura hacen que se altere el color. Es un juguete que idearon en Yearuk. A muchos pacientes suele hacerles gracia. –Sonrió y luego se puso en pie. –Bueno, ya hemos terminado.

– ¿Ya? ¿Qué hay de la revisión? –Preguntó sorprendida ella esa vez.

–Durante estos cinco minutos ha sido analizada concienzudamente por un escáner. –Señaló al techo, a las paredes y al suelo, donde habían sido colocadas placas metálicas en las que ella no se había fijado. –Su estado de salud es inmejorable, pero…

– ¿Pero? –Aquello le asustó, y no era para menos.

–Al parecer en poco tiempo eso puede cambiar. Las probabilidades de una enfermedad cardiaca son bastante altas. Su nivel de ferritina en sangre también es elevado, y por la baja concentración de hemoglobina en su sangre el sufrir una anemia es casi seguro.

–Yo no me he sentido diferente. ¿Seguro que no se ha equivocado?

–Créame, después de tantas revisiones le aseguro que esta máquina funciona mejor que nosotros mismos. –Sonrió. –Será mejor que vuelva mañana a esta misma hora. Le proporcionaré los medicamentos necesarios para evitar que le suceda nada malo. –Parecía preocupado, y eso de cierta forma alivió a Margareth, pese a no haber razón para el alivio. –No debe preocuparse, a muchos pacientes les ocurre lo mismo que a usted. Creen que todo va bien hasta que de repente todo cambia. Yo soy de la opinión de que es mejor atajar el problema antes de que éste nos alcance.

Ese diagnóstico era demasiado extraño. Ella no había enfermado jamás. ¿Cómo podía tener riesgo de contraer esa clase de enfermedades en un futuro? Si no era porque era un erudito en su campo, se lo habría puesto en duda y se habría acercado a cualquier otro hospital antes.

Ella frunció el ceño, algo que a él no se le pasó por alto.

–Sé lo que piensa, pero las enfermedades funcionan así. Conozco casos de personas que han vivido siempre con una salud de hierro, pero por cualquier razón fallecen de golpe. –Le agarró la mano, sintiéndola fría y recorriéndole un escalofrío por todo el cuerpo. –Los medicamentos seguramente le darán reacción, pero no debe preocuparse, será normal.

–Gracias… supongo.

–Gracias a usted. Pero por favor, no dude. En unos años me lo agradecerá. –Volvió a sonreír, pero esa vez no logró tranquilizarla lo más mínimo.

Margareth salió del despacho del médico con un peso en el corazón que la desconsoló. ¿Tan mal podía estar? Hasta ese momento todas las revisiones médicas que le hicieron resultaron perfectas. No creía que fuera a empeorar tanto en tan poco tiempo.

Con paso intranquilo salió del edificio principal de la sede de Xeiros. La preocupación se había apoderado de ella, y la tristeza que había logrado apagar tras la muerte de su padre se despertaba en su interior como un dragón hambriento. Nada logró acallar sus pensamientos ni sus emociones. Por el contrario, las conversaciones animadas de la gente a su alrededor lo que hacían era que su congoja aumentase.

Una lágrima se derramó por su mejilla, pero intentó evitar que ocurriese lo mismo con las demás. Ella ya no tenía familia, y no podía preocupar a la única persona con la que podía contar. No en ese momento.

Los días pasaron lentos y pesados. Cada tarde debía asistir a la consulta del doctor, el cual tras agradables sonrisas le administraba una medicación que la mantenía soñolienta toda la mañana siguiente. Su rendimiento en clase bajó progresivamente, y en ocasiones casi se quedaba dormida mientras explicaba la más mínima cosa. Pese a no querer, fue forzada a solicitar la baja para poder recuperarse en su casa.

Era obvio que el malestar había comenzado con la medicación, pero documentándose por internet comprobó que las medicinas no tenían nada de raro, eran simples vitaminas. ¿Podía ser que su cuerpo las estuviera rechazando? No era algo descabellado, ya lo había escuchado otras veces, y el propio doctor le aseguró que tendrían efectos secundarios.

Miró por la ventana. La nieve caía con suavidad dejando una tupida capa helada sobre la acera de la ciudad. En aquella época del año era normal que nevase, y además la altura de la ciudad hacía que las temperaturas

fueran siempre frías. Cogerse un resfriado no era extraño, y ella desde luego no iba a alarmarse por uno.

Cogió su libreta electrónica y comprobó las fotos de sus alumnos, con sus nombres y aptitudes. Muchos de ellos eran hijos de militares, políticos y empresarios famosos. Como sus padres no ganaban nada haciendo que sus hijos ingresasen en la OLM supuso que estos lo hacían por su propia voluntad, o en todo caso, obligados para que sus padres tuviesen un problema menos en el que pensar.

Ningún nombre le llamó la atención. Ya había visto esa lista varias veces durante meses, por lo que no había nada que le pudiese sorprender al respecto.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Con esfuerzo, y no con poco mareo, logró ponerse en pie. Apretó unos botones de una pared, y ante ella surgió la imagen holográfica de la persona que esperaba abajo. Se trataba de Voltina Rich, una antigua amiga que ingresó en la OLM varios años después de ella. La diferencia de edad entre ambas era mínima, y eso había ayudado a que pudiesen entablar una férrea amistad.

Tardó unos segundos en subir, y llamó a la puerta enérgicamente. Margareth la abrió y la invitó a entrar, pero ella se mantuvo en el marco de la puerta.

–Tienes un aspecto horrible. –Dijo ella a modo de saludo.

–Mira quien habló. –Margareth sonrió débilmente. La militar tenía le malsana costumbre de teñirse el cabello de vivos colores cada poco tiempo. En ese momento había mezclado el rojo, el naranja y el amarillo. Parecía que le estaba ardiendo la cabeza.

–Hablo en serio. –Al fin pasó al interior del domicilio. –Cuando me dijeron que habías enfermado de golpe me pareció una tontería, algo imposible. Pero mírate ahora.

–No he enfermado, es sólo que unas vitaminas me han sentado mal.

Caminó al sofá y se dejó caer como si fuese un peso muerto. Sentía el cuerpo pesado y caliente como si realmente estuviese enferma. No esperaba que además de sentirse enferma también lo aparentase. Aquello era nuevo para Margareth. Ella también se veía mal, pero lo intentó camuflar con cremas y algo de maquillaje. Nunca le había gustado verse enferma, pese a haber estado así muy pocas veces.

–Pues quizás deberías dejarlas.

–No digas tonterías, Volt. El doctor Lemark sabe bien lo que hace. No me daría nada que me perjudicase. –Tosió tapándose la boca inmediatamente con la mano.

–Marge, tú siempre has sido fuerte, no pensé que fueras a dejarte llevar por las decisiones de un médico por muy aclamado que sea. Ellos se equivocan como el resto de mortales.

Sintió un mareo y tumbó algo más la cabeza en el sillón, esperando que su amiga no se diese cuenta de su malestar general. Sintió el roce de un lomo peludo por su pierna que le hizo sentir picor. Toem saltó a la mesa y se desperezó sin importarle quien estaba delante de él. El gato abrió la boca y se hizo una bola sobre sí mismo.

–Si te sirve de consuelo, tengo consulta en unas horas. –Respondió ella con un tembleque en las manos. ¿Por qué le estaba pasando eso? Jamás en su vida había sentido dolores o fiebres que no se le hubiesen pasado en cuestión de horas. Se sentía más débil que nunca, como una hoja de papel que se deja arrastrar por el viento.

–Creo que debería ir contigo. –Ella se sentó a su lado y la sujetó. –Por favor, estás ardiendo. Debes tener muchísima fiebre.

–No digas tonterías.

–No te lo estoy pidiendo, te lo estoy diciendo. Tras la muerte de tu padre me siento obligada a velar algo más por ti. Este malestar que sientes me sorprende, nunca has enfermado. Lo mejor será que haya alguien a tu lado que pueda entender las palabras del médico. Tú no estás en condiciones.

–Volt. El doctor Lemark dijo que esto era normal. ¿Para qué preocuparte? –Observó hipnotizada como ascendía y descendía el cuerpo arrayado de su gato de compañía. –Además, tú tienes mucho que hacer. Tienes tu examen muy cercano.

Su amiga se apartó de ella con los ojos abiertos como platos. Sus labios formaban una fina línea inamovible.

–Marge, en este momento ese examen me es indiferente.

– ¿Indiferente? –Margareth se levantó lentamente sintiendo pinchazos desde cada rincón de su cuerpo. –Volt, quedaste la primera en el examen teórico. El examen práctico es infinitamente más difícil, y sé que lo pasarás. Lograrás entrar en los escuadrones de élite, que no te quepa ninguna duda. Pero tienes que entrenar.

–Eso puede esperar, ahora tengo que ayudarte a ti.

–La única forma de ayudarme es aprobando. –Sonrió. –Ingresa en los escuadrones de élite y hazte valer. Estoy segura de que lograrás ser coronel e incluso consejera.

Con eso logró sacar una sonrisa a la mujer. Soltarle en la cara sus sueños y aspiraciones era un buen argumento para convencerla de que los siguiese y se olvidase de ella.

–Tú también podrías llegar a consejera. Sabes que no es necesario ser militar.

–El día que un docente llegue a consejero yo no estaré con vida. –Soltó una carcajada. Luego echó la mirada al reloj digital de la pared. –Tengo que vestirme. Tu visita me ha hecho mucho bien, ya me siento mejor.

Ella sonrió y se puso en pie. Con otras palabras, de consuelo y ánimo se despidieron. Le había mentido, era cierto que se encontraba más animada, pero su cuerpo seguía encontrándose fatal, empeorando por momentos. Se agachó para acariciar a Toem, pero éste no pareció estar por la labor. Le bufó y después le arañó en la palma de la mano con un zarpazo.

Margareth apartó la mano dolida y vio como el gato huía hacia la cocina. ¿Para eso tenía un gato? ¿Para que la arañase en sus peores momentos? Menuda ayuda.

Una gota de sangre cayó al suelo de mármol blanco. Margareth observó la mancha en el suelo sorprendida. Si fuera de un color normal no le habría llamado tanto la atención, pero era sangre negra.

La baldosa absorbió la mancha a través de sus poros y la misma desapareció para siempre. Desapareció del suelo, pero no de su mente. Un pensamiento oscuro se cruzó por su cabeza. Se acercó a su habitación y se vistió más rápido de lo que había hecho nunca.

Llevaba varios días sin ducharse, y por las prisas no le dio tiempo a mucho más, por lo que utilizó un lavado instantáneo. Atravesó una pared de vapor de agua y jabón, y cuando salió notó el cuerpo más limpio, pero no impoluto como debería estar tras una ducha. Aquello sólo servía para quitarse el sudor y oler a limpio, pero usarlo diariamente era antihigiénico.

Cogió el metro, apretándose con el resto de la población. Iba a ir a la consulta a una hora realmente mala, ya que era el momento de salida de casi todo el mundo del trabajo. Tosió un par de veces llamando la atención de los que estaban cerca, y apartándose. Pese a la evolucionada

medicina de esa época, nadie quería resfriarse pese a poder curarse con una simple pastilla.

Tosió una tercera vez sintiendo un dolor intenso en la garganta. Se miró la mano y comprobó que había escupido sangre negra. Un mareo intenso le sobrevino y casi se cayó al suelo, pero por suerte un sitio acababa de quedarse vacío en ese momento y la gente le permitió sentarse al comprobar su mal estado de salud.

Se agarró la cabeza con las dos manos y lloró. Nunca jamás había tenido que preocuparse por su salud y, sin embargo, en ese momento era su única preocupación. En su interior sabía que se estaba muriendo o que le ocurría algo muy grave. La sangre negra y esa tos tan fuerte no podía ser una simple reacción a los medicamentos.

Al fin llegó su parada, y no perdió el tiempo. Usó toda la fuerza que le quedaba y salió antes de que las puertas se cerrasen. La salida de la OLM era de las más utilizadas diariamente. Allí iban cientos de personas cada día para pedir ayuda y contratar los servicios de los soldados para labores diversas, en especial como refuerzo policial.

El edificio central estaba a unos metros, pero para ella aquella distancia era infranqueable. Se arrepentía de haber rechazado la ayuda de Voltina. Si hubiese confiado en ella algo más podrían haber decidido que hacer.

Atravesó la Plaza de la Liberación construida en torno a los dos edificios con no poco esfuerzo. Pese a que la plaza contaba con una tecnología capaz de derretir la nieve, aún no habían sido capaces de eliminar totalmente el agua, por lo que en su estado de salud hasta el más mínimo charco era una zona peligrosa en la que podría resbalarse.

Una vez atravesó las puertas de metal sintió el aire caliente del vestíbulo sobre ella. Ese cambio de temperatura ya fue demasiado para su débil cuerpo. Sin poder evitarlo cayó al suelo sin conocimiento, pero con pequeñas convulsiones que no fueron ajenas para el resto de los que se hallaban en el vestíbulo.

No sabía cuánto tiempo tardó en despertar, pero desde luego no lo hizo en un lugar que conociese. Se encontraba echada en lo que parecía ser una mesa de operaciones. Un foco de luz le incidía directamente en los ojos molestándola. Sus brazos y piernas estaban sujetas por correas o eso creía, ya que le fue imposible moverlos. Al intentar alzar la cabeza descubrió que también tenía una correa en la frente y otra en el cuello y pecho.

Estaba totalmente desnuda, con un simple trozo de tela cubriéndole el pecho y la pelvis. Sentía fuertes dolores en los costados y en el estómago,

pero no era capaz de comprender la razón.

Intentó mover los ojos en distintas direcciones, intentando descubrir donde estaba. A la derecha logró ver lo que parecía ser un terminal de ordenador. Estaba encendido y en la pantalla se veían unas constantes vitales, que debían ser las suyas.

A la derecha logró atisbar un tubo negro que subía y se perdía por el techo. Era semejante a la sangre negra que se había derramado por su piel. Pero era imposible que lo fuese, o eso creía ella.

– ¿Donde… dónde estoy? –Logró pronunciar con la lengua pastosa. Necesitaba beber con urgencia.

Intentó mover los brazos un poco. Quizás haciendo algo de fuerza lograse liberar un brazo y quitarse esas correas que tanto le molestaban. Un pinchazo le llegó desde las extremidades como si tuviese algo clavado en ellas.

–Será mejor que no te muevas demasiado. –Dijo una voz a su espalda de alguien que no tardó ni dos segundos en aparecer. Se trataba del doctor Lemark, el cual estaba despeinado con una bata blanca manchada de un líquido negro muy similar a su sangre. –Al fin has despertado. Te encuentras en un quirófano.

¿Por… qué? –Volvió a decir, pero le costó demasiado. Cuando terminó, tosió con fuerza escupiendo algo de saliva. –Agua.

–Lo siento, pero no puedes beber. –El hombre se paseó alrededor de ella pasando un dedo por su piel desnuda como si estuviese jugando con ella. – ¿La razón por la que estás aquí? Te desmayaste en mitad del vestíbulo de la OLM, me avisaron enseguida y te traje a mi quirófano personal. Ha sido una operación muy dura, beber agua no te ayudará.

– ¿Operación?

–Si… bueno, tuve que quitarte algunas cosas que te sobraban. –Alzó una caja de cristal con su mano derecha. En ella pudo reconocer órganos humanos, un hígado, unos pulmones e incluso un corazón. Entonces fue cuando entendió las palabras del médico. ¿Quitarle partes que le sobraban? Un desasosiego le llegó desde el fondo de su ser. ¿Aquellos órganos eran suyos? ¿Acababa de quitárselo? –Fueron sustituidos por órganos artificiales, tranquila.

Margareth comenzó a moverse más violentamente. Quería salir de allí como fuese, no podía estar cerca de ese hombre ni un segundo más. Apretó las manos con fuerza intentando alzarlas, pero fue imposible, las

correas se las sujetaban bien.

Quiso gritar y llorar, pero lo único en lo que obedeció su cuerpo fue en las lágrimas. No tenía suficiente saliva para gritar y pedir auxilio.

– ¿Lloras? –Preguntó el doctor Lemark pasando una mano por su mejilla para limpiarle la lágrima. –Puedes reservar las ganas para después.

– ¿Después? –Consiguió formular la pregunta con dolor.

Lemark se dio la vuelta y buscó algo entre un montón de instrumentos metálicos. Se le erizó el vello mientras escuchaba un sonido que no le traía buenos presagios.

Cuando apareció había cambiado. Se había colocado una máscara de color verde y unos guantes de goma. En las manos sujetaba un bisturí que sin duda ya había sido usado anteriormente. Pudo notar una enfermiza emoción en los ojos del doctor.

–Aún queda mucho para acabar, y no dejaré que estés dormida esta vez.

Capítulo 2

CAPÍTULO 1. EPISODIO 1: EL REY DE MOYAK.

Treinta años después.

El Rey de Moyak

¡Ay del pobre que se atreva a interponerse entre un hombre y sus ansias de libertad!

Mellion Frueh (2340-2422). Poeta y dramaturgo Smireano

El avión llegó a su destino pasadas las cinco de la tarde, un par de horas antes de que el sol comenzase su lento y a la vez inevitable descenso por el oeste para dar paso a la larga noche. Cuatro horas había tomado ese vuelo, de las cuales el único recuerdo que conservaría en los próximos minutos serían los oídos taponados y el agobiante e incesante mareo que confiaba cediese en los siguientes minutos.

Tras desabrocharse el cinturón, se colocó el traje para estar lo más presentero posible. En ese instante se hallaba en una misión diplomática, y la ocasión exigía que vistiera su atuendo más elegante. Cualquiera que le viera podría confundirle con alguien dedicado a los negocios, lo cual estaría extremadamente alejado de la realidad.

El tercer escuadrón de élite de la honorable OLM se puso en pie al unísono cuando la señal de los cinturones activados se apagó. Aspiró con orgullo, sintiendo como una fuerza especial le daba energías. El pertenecer a aquel cuerpo especial de soldados investidos por el mismísimo Consejo de Yearuk sería capaz de insuflar energías incluso a un moribundo.

El coronel Dolnin se situó de pie frente a todos sus subordinados, los cuales esperaron pacientemente. Sería en ese momento cuando dirigiese unas palabras a su tropa, unas palabras que presumiblemente les levantarían el ánimo y les daría aún más energía y fuerza para cumplir su cometido.

Lance Dolnin era considerado en casi todos los círculos sociales como un hombre apuesto. Su cabello era castaño, con reflejos plateados por las canas que comenzaban a aparecer. Lo mantenía peinado hacía atrás, sin necesidad de ningún tipo de producto cosmético. Su mentón era fuerte, y su mirada intensa y penetrante. Su carácter leal, confiado y taimado le

convertían en un hombre digno de todo elogio y admiración. A su vez, se trataba de un hombre curtido en más de cien batallas, y reconocido como un héroe de guerra debido a las proezas que logró en éstas.

Su uniforme lejos de parecerse al del resto de soldados era un elegante traje militar de color olivo donde se apreciaba tanto su rango como alguna de sus condecoraciones más importantes. En su hombro podía apreciarse el símbolo del tercer escuadrón, un delfín sobre un rombo azul.

–Ha llegado el momento de desembarcar. –Comunicó el coronel con una voz fuerte y serena. Era una voz hecha para dar órdenes y exigir obediencia. –Confío en que todos ustedes sean conscientes de lo importante que es esta misión. Esta vez no estamos aquí únicamente para negociar. Del resultado de nuestra intervención se decidirá el destino de Moyak y de sus gentes. Por tanto, no quiero errores. Quiero obediencia, serenidad y, ante todo, respeto hacía la institución a la que representáis.

–Sí, señor. –Exclamaron todos los soldados del escuadrón como si fueran una única voz.

Allen cogió su bolsa de viaje y se la colgó al hombro. No quiso ni mirar por la ventana, ya que la visión que le esperaba allí fuera era de todo menos cautivadora.

La puerta del avión se abrió, y de ella se extendieron unas escaleras acopladas al mismo. Tras otras dos visitas ya conocían el estado de ese país, y del trato que recibían los representantes de la OLM. Los trabajadores del aeropuerto ni tan siquiera se preocuparon en buscar unas escaleras que pudieran usar para el desembarco de tan ilustres visitantes. Tenían suerte de que la OLM trabajaba de forma independiente sin esperar nada de nadie.

A los pies de la escalera se situó un grupo de hombres ataviados con trajes andrajosos, sucios y estropeados. El mismo hecho de llamarlos traje era un claro eufemismo, ya que evidentemente lo que llevaban puesto eran harapos.

Los hombres que vestían esos harapos no tenían mejor aspecto. A simple vista podía apreciarse que padecían hambre, sed, enfermedad y dolor. Las heridas, aunque no eran visibles, si que podían preverse, así como el esfuerzo sobrehumano que hacían algunos en mantenerse en pie. Ni uno de ellos alzó la mirada en dirección a los visitantes. Observaban el suelo como si éste fuera su dueño y señor… o más bien lo hacían para que su dueño y señor no los vapuleara posteriormente.

Obligados. Vapuleados. Animales. Existían muchas formas de llamar a esos hombres por parte de los hombres que los dominaban, pero en los

Estados civilizados recibían otro nombre. Esclavos.

No era la primera vez que los veía, pero no por eso su sangre se mantuvo fría y estática. La esclavitud era lo que mejor representaba la decadencia humana, y en el caso del lugar en el que estaban, la decadencia de su gobernante.

Era una vergüenza por parte del rey Yusuf el no atender a los ilustres representantes de la OLM como debía. Pero no era algo que les molestase especialmente, ya habían saboreado más de una vez la repugnante educación del líder de ese país… si se podía llamar así.

Pero alguien que permitía la esclavitud, el hambre, la enfermedad, la violencia… Esa persona no podía ser un líder respetable ni bueno. Y esa era precisamente la razón por la que estaban allí. El único motivo que les había llevado a ese desierto pedregoso sin vegetación ni fauna era el pésimo gobierno de ese rey que estaba llevando a su pueblo a la ruina más absoluta, utilizando para ello el puño de hierro para acallar a todos aquellos que osasen pronunciarse en su contra.

Moyak era uno de los últimos resquicios de la Semilla de la Discordia. Una vez el rey Yusuf firmase los tratados que la OLM le exigía, renunciase al trono, y permitiese el gobierno de alguien más competente elegido por el resto de los ciudadanos, la OLM podría decir que su trabajo finalizaría en aquel lugar. Por supuesto, esa sería la situación ideal, sin derramamiento de sangre ni problemas adversos. Lamentablemente esa opción no era barajada por casi nadie. Lograr que un rey se apartase de su cargo por propia voluntad era como pedir al sol que se tomase un descanso por unos días.

Ante ellos encontraron aparcados cinco vehículos negros. Eran antiguos, sin ventanas ni luces. Otra falta de respeto por parte del rey. No podía esperar que les llevasen vehículos de alta gama y con la tecnología más avanzada, pero el rey Yusuf sabía perfectamente que veinte personas tenían la intención de ir a parlamentar con él. Como mínimo podía haber tenido la decencia de dejarles más vehículos para que no tuvieran la necesidad de estar apretados.

Claro, que tampoco podían ser demasiado exigentes. Tan sólo tenía que mirar a su alrededor para comprobar el lamentable estado en el que se encontraba ese país. El aeropuerto sin ir más lejos era una ruina.

Al norte divisó un edificio de dos plantas casi sin ventanas y que aparentemente parecía abandonado. Imaginó que en otros tiempos habría sido utilizado como centro de administración y de control de los vuelos tanto nacionales como internacionales. Actualmente lo más probable es que sirviese como residencia temporal para todos aquellos ciudadanos que no hubieran podido encontrar un hueco en los suburbios tras los muros de

la ciudad.

Junto al edificio divisó aviones cuya vida útil había expirado hacía bastantes décadas. Un par de ellos se veían en un estado aparentemente estable, pero otro había perdido una de sus alas por el pésimo mantenimiento. Y era normal, haría por lo menos veinte años desde la última vez que alguno de esos aviones despegara. Yusuf era un hombre que no consideraba los avances tecnológicos y sociales como algo que mereciese el pueblo, así que ni tan siquiera hacía el amago de ayudar a mantener el aeropuerto intacto.

A su vez, contaba con cinco pistas de aterrizaje, pero salvo la que habían utilizado, ninguna de ellas podía ser utilizada. El tiempo, las tormentas y el mal uso habían provocado que estuvieran llenas de grietas, baches, agujeros y basura. Él no estaba muy versado en leyes, pero suponía que eso quebrantaba más de una norma sobre la seguridad aérea en caso de aterrizaje de emergencia.

Ni tan siquiera se personó ante ellos el jefe del aeropuerto para recibirles. Aunque dudaba de que hubiera alguien que ostentara ese puesto actualmente. Muchas cosas tendrían que cambiar en ese país una vez que Yusuf ya no estuviese en el poder. Si querían adelantarse en su tiempo y estar a la altura del moderno y tecnológico país de Smireas, debían empezar cuanto antes.

Un esclavo quiso coger su bolsa, y él se lo permitió. No temía que el esclavo pudiese mirar ni robar nada, porque no podía. Eran unas bolsas especiales fabricadas con una fibra sintética flexible como la tela, pero resistente como el acero. No podía rajarse, y además su cierre sólo podía abrirse con la huella dactilar de su propietario. A su vez, si alguien daba más de diez pasos corriendo con la bolsa en brazos, sin ser su propietario, la bolsa soltaría una descarga eléctrica que inmovilizaría al ladrón.

Introdujeron la bolsa en uno de los maleteros ya abarrotados de objetos inútiles tales como barras de acero o chatarra. Le sorprendía que semejantes vehículos continuasen funcionando. Calculaba que el más moderno de ellos debía tener al menos quinientos años de antigüedad, logrando sobrevivir únicamente con piezas de repuesto. Los vehículos estaban igual de atrasados que el resto del país.

Se puso las gafas de sol apartándose el cabello negro levemente de la cara para que no le incordiase. No lo tenía demasiado largo, ya que eso podía llegar a ser contraproducente para el combate. Pero de todos los hombres era el que lo tenía notablemente más largo.

Se sentó junto con otros tres compañeros en el primer vehículo. Los que le acompañaban eran Daryl Bils, Tiffano Becker y el coronel Lance Dolnin. Junto al conductor ya había un número de cinco personas en un vehículo

que difícilmente podría aguantar un viaje como aquel.

El coronel se sentó en el asiento de copiloto mientras que ellos tres se sentaron en los asientos traseros. Ese coche tenía suerte de llevar sólo a cuatro personas, pero en los otros vehículos podía verse a algunos de sus compañeros agarrados a las puertas y de pie en los bordillos de los coches, porque no había espacio en su interior.

La forma en que el rey Yusuf les estaba tratando era vergonzosa. En otros países eran recibidos con mayor efusividad. Tratados como si fueran más importantes que jefes políticos o Altos mandatarios. Durante las tardes eran invitados a merendar en bellos parajes, y al anochecer los fuegos artificiales iluminaban el cielo mientras el Himno de la Libertad sonaba con orgullo por toda la nación. En Moyak por otro lado, tan sólo había unos esclavos y unos coches que no creía que hubieran visto tiempos mejores.

El vehículo vibró fuertemente cuando el esclavo lo puso en marcha. Su ropa era algo diferente. Al menos se habían preocupado en mantener al conductor limpio y aseado, aunque su vestimenta estuviese tan destrozada como la de los demás.

Un fuerte olor a hidrocarburo hizo que se tapase la nariz. ¿Gasolina? Estaban mucho más atrasados de lo que había creído en un primer momento. En Smireas la gasolina era un recurso tan inútil que ya ni se utilizaba, todo funcionaba gracias a la energía solar o eólica. Así era en casi cualquier país medianamente desarrollado. Sólo los países que no conocían los beneficios de la energía limpia y renovable continuaban usando aquel mejunje sucio e innecesario.

El coche salió del aeropuerto tomando una carretera de tierra llena de baches y curvas muy cerradas. La opción más sensata habría sido tomar una carretera, pero como ya había observado tiempo atrás aquello era algo que ese país no se podía permitir. ¿Para qué querían carreteras? Seguramente había diez coches en todo el país. Construir una carretera no era la mayor prioridad.

Daryl parecía estar cansado, y no era para menos, según le había oído decir en el avión se había pasado toda la noche haciendo algo que fue incapaz de confesarle. Él era un hombre íntegro, sumamente inteligente y habilidoso. Era considerado un prodigio dentro del ejercito al haber conseguido superar los exámenes para escuadrones en un tiempo récord de tres años, proeza envidiable para cualquiera. Además de eso ya habían pasado dos años desde que ingresó en los escuadrones de elite, llegando a conseguirlo a la temprana edad de veintidós años, prodigio que nadie había logrado superar. La media de edad para entrar en los escuadrones de élite era de veintisiete años.

Allen había tardado cinco años en aprobar los exámenes de ingreso, consiguiéndolo cuatro meses atrás, poco antes de cumplir los veintiséis años. Aquella era su primera misión auténtica, ya que en las anteriores sus labores no fueron otras que las de representación de la OLM en países ya desarrollados y sin problemas.

Las misiones a Moyak eran peligrosas, no sólo por la soberbia de su gobernante el rey Yusuf, sino también porque no conocían el terreno y los habitantes estaban tan hambrientos que robaban a cualquiera que pasase cerca para poder quedarse con su comida, sin importarles quien pudiera ser su objetivo. Rumores recientes aseguraban que en las regiones más alejadas a la capital incluso se había llegado al canibalismo en los casos más extremos. No eran más que rumores, pero no podían dejarse de lado.

Tras media hora de interminables vueltas entre pronunciadas curvas y baches que hacían que se agarrase con fuerza al soporte de la puerta, finalmente entraron en la ciudad, o más bien lo que era en ese instante la ciudad. Realmente eran los suburbios, pero cómo la auténtica ciudad había sido abandonada debido al alto coste de las viviendas, los ciudadanos habían decidido trasladar su ciudad a las afueras. Allí el chofer no quiso ir más lento, la situación al parecer no lo merecía.

Cientos de personas deambulaban por las calles. Ciudadanos de bronceada piel que caminaban sin un objetivo y sin ninguna aspiración. Todos estaban delgados y algunos enfermos o lisiados. Pudo ver a un anciano tirado en el suelo, arrugado y con una barba de varios meses. No tenía la camisa puesta, y sus brazos estaban llenos de heridas que comenzaban a gangrenarse. Dentro de poco se quedaría sin ellos, si es que no moría antes.

Pensó en ese hombre durante buena parte del trayecto. Si el rey Yusuf reculase y abdicare del trono, ese hombre podría ser tratado con la avanzada medicina Smireana. Probablemente en un mes volviese a estar como nuevo. El problema era que para lograr esa proeza necesitarían iniciar el tratamiento inmediatamente, y todo indicaba que no sería así.

Los niños no jugaban por las calles como hacían en Smireas. En su lugar caminaban por separados, o se juntaban en grupos que se veían amenazadores. En un lugar como aquel en el que nadie tenía nada sólo había una forma de sobrevivir, y era siendo el más fuerte. Por ello, delitos como el robo no eran habituales, pero no podía decirse lo mismo de los asesinatos, violaciones o agresiones violentas.

Los edificios no eran más que infraestructuras de una planta que no parecía que fuesen a aguantar una lluvia torrencial. En Moyak eran habituales esas clases de lluvias durante una época del año, así que no le cabía la menor duda de que la mayoría de esas casas se caían a menudo.

Algunas puertas eran placas de latón, mientras que otras eran de madera reseca y podrida. Pocas casas tenían el privilegio de poseer ventanas, y esas tenían todos los cristales rotos o agrietados. El resto se tapaban con tristes trapos que funcionaban a modo de cortinas.

El rey se estaba riendo de los derechos de sus ciudadanos a los que debería estar cuidando en lugar de atosigarlos con impuestos ridículos que ponían en peligro sus vidas.

Ni tan siquiera veía a la guardia urbana por allí, cosa no demasiado extraña. Aquellos eran los suburbios de la capital de un país en ruina. Por así decirlo, era el lugar de mayores conflictos y trifulcas. Los policías y guardias del orden no querrían ni acercarse a aquel lugar, sabedores de la cantidad de problemas que tendrían que solucionar.

Aquella era la visión de la dejadez y el abandono. Aquella era la prueba viviente de lo que ocurría cuando un soberano se olvidaba de su pueblo para satisfacer sus propios intereses. Un explotador, un déspota, un tirano. Eso era lo que más odiaba y lo que más detestaba la OLM.

Tras atravesar un lioso entramado de desordenadas calles, llegaron a las murallas de la ciudad. Los suburbios no eran la ciudad, sino una parte que había crecido pegado a la antigua ciudad en la cual ya no se podían permitir vivir. Era como un tumor que intentaba desarrollarse en torno a un ser vivo. La muralla rodeaba la ciudad de Marupuk totalmente custodiada en diversos puntos por puertas vigiladas día y noche para evitar que los mendigos de los suburbios se atreviesen a entrar allí.

La muralla era de piedra caliza de un color amarronado como todo lo que les rodeaba. Los guardias se colocaban en torres de vigilancia desde donde los ciudadanos tendrían problemas para llegar, y desde donde los vigilantes podrían disparar sin problemas. Aquello era lo más inteligente que había visto en la desorganizada distribución de la ciudad. Claro, que para causar daño y muerte la mente siempre era más creativa.

Las rejas se abrieron cuando llegaron los vehículos. Debían saber de quienes eran, después de todo pocas personas podían permitirse tener un coche en aquel país.

Pasaron, y la ciudad cambió inmediatamente después. Ante ellos se extendieron inmensos campos llenos de cultivos. Las grandes mansiones se veían en la lejanía tras interminables plantas verdes llenas de frutos. Pudo ver tomates, lechugas, maizales y demás cultivos.

Las mansiones pertenecían a los ricos, los cuales normalmente eran familiares cercanos o lejanos del rey, así como ricos terratenientes que podían permitirse vivir en la tranquilidad de la ciudad dentro de las murallas. Podía ver a esclavos trabajar en los cultivos, seguramente

personas que se habían visto obligadas a trabajar allí para poder llevar algo de dinero a su casa, por muy poco que fuera.

La mayoría de los esclavos de Moyak y de casi cualquier país subdesarrollado lo eran por esa razón, el dinero y la comida. Algunos preferían vivir el resto de sus vidas bajo el yugo de la esclavitud antes que morir de hambre, un gesto digno y honorable para esas personas, pero triste igualmente.

Allí había sido construida una estrecha carretera por la que los coches podían pasar sin dar sobresaltos a sus ya asustados viajeros. Como siempre los ricos y poderosos eran los que podían permitirse las comodidades del mundo moderno, mientras que varios metros más allá el pueblo se moría o se sacrificaba por el bien de sus familiares.

Al fondo pudo divisar lo que era la antigua ciudad de Marupuk. Los edificios de roca eran altos, llegando algunos incluso a las seis o siete plantas. No eran tan altos como los de Yearuk en Smireas, pero desde luego que si eran altos en comparación con los edificios de los suburbios. Según tenía entendido aquella ciudad estaba abandonada, o vivían poquísimas personas. Vivir allí exigía de un dinero que los ciudadanos no tenían, y por eso mismo habían tenido que abandonar aquella zona para construir una ciudad pegada a la que ya tenían.

Sin duda muchos habrían huido a otros países, o al menos lo habrían hecho si tuvieran la ocasión. Fuera de la ciudad, en los límites de los suburbios lo único que se extendía era un desierto largo y pedregoso. Todo estaba yermo, con una vegetación mínima que sólo se podía encontrar rodeando los pequeños oasis del desierto. El resto de ciudades de Moyak estaban apartadas, aisladas entre dunas de arena y sin conexión entre sí.

Era un país partido y destrozado. No sabía cómo podía seguir siendo el rey una persona así, pero se juró a si mismo de que no lo sería por mucho más tiempo.

Capítulo 3

CAPÍTULO 1. EPISODIO 2. EL DESTINO DE UN REINO

Alcanzaron el palacio del rey Yusuf casi media hora después de atravesar el portón de la muralla. Los pastos y cultivos habían sido el único paisaje que contemplaron. Árboles frutales de todo tipo, mansiones enormes y pintorescas, edificios abandonados en la lejanía. Pero lo que más llamaba la atención eran los esclavos, cientos de esclavos trabajando de sol a sol por un simple trozo de pan que no podrían conseguir de otra forma. Era una desgracia.

Al norte de su posición pudieron apreciar una gigantesca columna de humo. Aquella humareda había recibido el nombre de Ilkastar, que significaba "La Perdición" en el antiguo dialecto de aquellas tierras. Era una columna de humo que jamás cesaba. Se originó hacía más de trescientos años producto de las catástrofes ocurridas en las guerras pasadas, y era la principal culpable de la radical desertización del Reino de Moyak. En ese instante apenas se notaba el humo, pero cuando el viento lo arrastraba hacía la ciudad, el aire se volvía irrespirable.

Aunque pareciese situarse cerca, Ilkastar se hallaba a más de mil kilómetros de Marupuk, la capital de Moyak, y era visible en más de cuarenta países, aunque no todos habían resultado tan perjudicados como este último.

La mansión se alzaba imponente ante ellos. Cuatro pisos de roca rojiza con diez ventanas por planta desde la fachada en que se hallaban. Extensos jardines con árboles de diversas formas decoraban los alrededores en los cuales también crecían flores silvestres y de campo. Era tan llamativo que en esa reducida parte del desértico Reino de Moyak hubiera vegetación, que casi parecía que se encontraban en un país distinto.

Pero no estaba todo tan cuidado como debería. La vegetación había ido ganando terreno al ser humano en algunas zonas de la casa. Las enredaderas subían hasta algunas ventanas, estando las más cercanas resquebrajadas. Algunos árboles habían perdido la corteza y las alimañas los habían llenado de agujeros, para hacer de ellos sus nuevos hogares. El suelo reseco y las raíces de los árboles sobresaliendo del suelo daban un aspecto de abandono y de dejadez increíble. Al menos habían tenido la precaución de retirar la ceniza de Ilkastar, la cual impregnaba las calles de los suburbios. Normalmente la ceniza ayudaba a fertilizar el terreno, pero

la que provenía de la gran humareda en lugar de fertilizarlo, lo quemaba y lo volvía inservible.

–Daryl, ¿deberíamos tener las armas preparadas? –Susurró Allen a su amigo sentado a su lado.

–Mantén tu pistola G12 en su funda. –Ordenó el coronel Lance en lugar de su amigo. –No es nuestra intención mostrarnos hostiles ante Yusuf, pero tampoco vamos a pecar de imprudentes. Si es necesario deberemos extraerlas rápido.

–Entendido. –Daryl sonrió, parecía que él si sabía lo que debía hacer.

Allen alabó la sensatez de la respuesta de su coronel. Era evidente que nadie se atrevería a atentar contra la vida de los representantes de la OLM sino quería acabar mal parado. El asesinato era el más grave crimen que podía producirse, y si era sobre cuerpos diplomáticos, la pena podía suponer la cadena perpetua en los centros penitenciarios que la OLM poseía en los países del norte.

Estas prisiones eran lugares impenetrables que empleaban la tecnología más avanzada del momento para evitar cualquier tipo de fuga o filtración, y dónde la justicia se impartía con severidad. En los tiempos pasados, los delincuentes podían cumplir su pena de prisión sin sentir el más mínimo arrepentimiento por sus actos. Desde que la OLM obtuvo la independencia para arrestar y enjuiciar a criminales peligrosos, la situación había cambiado. Allí procuraban que esos delincuentes conociesen la gravedad de sus actos. Por supuesto, todos los castigos que empleaban siempre eran aprobados previamente por un Comité Internacional, donde la OLM carecía de voto, aunque no de voz. A su vez, sus castigos jamás quebrantaban los derechos humanos reconocidos en las Leyes de la Humanidad.

–Esperemos que el rey Yusuf sea más sensato esta vez. –Susurró Allen, quien comenzaba a agobiarle el silencio y la presión que se cernía sobre ellos. El palacio estaba ya muy cercano, pero tenían tiempo para unas breves palabras. –Firmar los tratados es lo mejor que puede hacer.

–No los firmará. –Volvió a contestar el coronel.

– Señor, ¿Cómo puede estar tan seguro? –Volvió a preguntar Allen. Ni Tiffano ni Daryl parecían tener las mismas dudas que él. Su experiencia les daba la respuesta.

–Los dictadores son siempre iguales, siguen un patrón: –Levantó tres dedos. –Primero, explotan a su pueblo para su propio beneficio. Segundo, forman un ejército propio para que nadie pueda oponerse a su voluntad. Tercero, permanecen en ese cargo el resto de su vida. –Fue bajando los

dedos conforme hablaba. –El orgullo de un dictador es tal que prefiere la muerte a liberar a un pueblo y seguir siendo el soberano, pero sin poderes. Hasta ahora no he encontrado un solo dictador que no cumpla ese patrón. Y todos han decidido rechazar los tratados.

–Eso no quiere decir que esta vez sea igual. –Respondió Allen, pero lo único que recibió como respuesta de su coronel fue una sonrisa socarrona. En su situación Allen habría hecho exactamente lo mismo. Tras comprobar en sus dos anteriores reuniones como era el Rey Yusuf, no cabía la menor duda de que se mantendría inflexible hasta el final.

Se detuvieron frente a la puerta de la mansión. Era una puerta blindada de doble apertura con figuras talladas en la madera que representaban a un león y un cordero. La costumbre popular era considerar al pueblo como un cordero, y al líder como un león capaz de acabar con ellos si se les oponía. No era más que otro símbolo de poder.

Un esclavo con un traje más lustroso se había situado frente a la puerta principal, esperando para que los soldados de la OLM saliesen de los vehículos.

Allen salió del coche con sus gafas de sol puestas al igual que el resto de soldados del tercer escuadrón. En un lugar semidesértico como era Moyak, las altas temperaturas y la incidencia del sol sobre la tierra hacían mucho daño a la retina, por lo que venían preparados.

El mayordomo abrió la doble puerta para que los soldados pudiesen pasar, pero antes de eso formaron ante su coronel en cuatro filas de cinco personas. Colocaron su mano derecha en el corazón y la izquierda en la espalda en señal de respeto. Su coronel se presentó a ante ellos con una autoridad que irradiaba cada uno de los poros de su cuerpo.

–No quiero errores, ¿entendido? –Preguntó el coronel Dolnin. –Ya conocéis lo delicado que es este asunto. No quiero que nadie intervenga ni que desobedezca mis órdenes. Con un poco de suerte mañana estaremos en Yearuk de nuevo, por lo que no lo estropeéis.

– ¡Si, señor! –Exclamaron los veinte soldados al unísono.

El coronel se dirigió con decisión al interior de la mansión, siendo seguido por su escuadrón al completo, que se dividió en parejas para poder entrar por la puerta sin necesidad de apretarse.

El interior era oscuro, pero se veía todo con bastante claridad. Las paredes estaban pintadas con colores fuertes que no iluminaban adecuadamente la estancia. Se encontraba repleta de cuadros, relojes y escudos de armas. El suelo de madera había sido cubierto con alfombras de vivos colores que no eran capaces de disimular adecuadamente el lugar

donde se habían roto unas tablas. Una gigantesca lámpara de araña se alzaba peligrosamente sobre ellos, meciéndose con cada suave sacudida del viento que entraba por los pequeños agujeros de las paredes. Si se fijaba bien incluso podía atisbar una telaraña en la zona superior de la estancia ¿Dónde podía haber ido a parar todo el dinero que robaban a su pueblo?

Siguieron al esclavo-mayordomo hacía el interior de una elegante habitación que evidentemente era mejor tratada que el resto de la mansión. Las paredes estaban pintadas con un color rojizo a media altura, siendo la otra media de piedra. En el centro de la sala podía verse una gran mesa con la forma del continente, en la que se apreciaba perfectamente Moyak y Tarkeos, junto a otros pequeños países cercanos. Cientos de figuras tanto de aviones como de hombres reposaban en la mesa en la misma frontera. Sin duda el rey tenía pensado atacar Tarkeos, el país vecino, próximamente. Una razón más para detenerle.

En el interior hallaron a dos personas aparte del esclavo. El rey Yusuf descansaba en una butaca junto a su mesa de estrategia mientras hacía pequeñas anotaciones en un cuaderno. La reina Neverinta estaba sentada a un lado en otra butaca. La diferencia de edad era tremenda, de al menos treinta años. Ahí se apreciaba la fascinación del rey por las mujeres jóvenes y bellas como ella.

Estaba ataviada con un traje rosa translúcido que dejaba apreciar sus sinuosas formas, seguramente para alegrar la vista del ya anciano rey. Su cabello castaño brillaba mientras la luz del sol que entraba por la ventana a su espalda la iluminaba. Estaba engalanada de joyas y pañuelos. Además, de ella se desprendía un excitante aroma producto de los mejores perfumes del país. Parecía un adorno más de esa habitación antes que la esposa del rey.

Allen se preguntó dónde podría encontrarse su primera esposa, y su segunda… y su octava. La reina Neverinta era la novena, pero no le cabía la menor duda que no sería la última si todo seguía así.

Pese a su elevado número de esposas, el rey tan sólo había logrado engendrar cuatro hijos, siendo tres varones y una mujer. Quizás aquella era la razón por la que cambiaba tanto de esposa, pero lo dudaba mucho.

–Vaya, la Organización de Liberación Mundial nuevamente en mi humilde hogar. ¿A qué debo su tan inesperada visita? –Exclamó teatralmente el rey que ni tan siquiera hizo el amago de ponerse en pie para saludarles.

–Es un placer volver a estar ante su magnánima presencia, majestad. –Lance interpretó una reverencia ya entrenada con el paso de los años. Como representante y líder de uno de los aclamados escuadrones de elite de la OLM, no tenía la obligación de hacer esa clase de gestos, pero él

creía en la diplomacia y esa era la forma más sencilla y rápida de llegar a ella.

–Aunque aprecio vuestros halagos, en este instante no son bienvenidos. ¿Qué hacéis aquí? –Preguntó el rey nuevamente abandonando todo respeto que pudiese haber albergado alguna de sus palabras o gestos.

–Hace dos semanas quedasteis avisado de que volveríamos para escuchar vuestra respuesta. –Contestó el coronel sin perder su paciencia, algo muy loable en él.

– ¿Respuesta a que pregunta? –Yusuf sonreía perversamente. Creía que jugar con la OLM salía barato.

–Maldita sea, su pueblo se está muriendo de hambre, y usted está jugando al señor de la guerra. –Espetó Allen sin poder reprimirse. Después de dos viajes oficiales ya estaba cansado de escuchar siempre lo mismo, así era como el rey siempre les daba largas.

El rey rio por lo bajo, mientras que Allen se percató de que sus compañeros de escuadrón le observaban de reojo, sin alterar su posición. Al instante, se percató de que había caído en la trampa que había tendido el rey y de la que Lance llevaba intentado huir desde su primera conversación con él.

–Veo que la nueva generación de soldados de la OLM carece de disciplina. ¿No opináis lo mismo, coronel Lance? –El monarca rio a carcajadas mientras su mujer observaba con estupefacción al chico que acababa de hablar. Pudo adivinar lo que pensaba, ya que era lo mismo que debían pensar sus compañeros, y que pensaba él: No debiste.

–Gracias, soldado Reghisd. –Contestó Lance al cabo de unos segundos. Su rostro, aunque estático, había enrojecido ligeramente por la furia acumulada. Le había desobedecido, y no había nada que odiase más el coronel Lance que la desobediencia.

Allen dio un par de pasos hacia atrás para no seguir llamando la atención del coronel que ni tan siquiera se había girado para regañarle con la mirada.

–Si ni entre la elite se puede encontrar orden y respeto… ¿Qué puedo esperar de la OLM? –Preguntó el rey con una mirada curiosa.

–No estoy aquí para discutir acerca de las emociones desatadas de los novatos. –Cortó Lance de cuajo para retomar la conversación inicial

cuanto antes.

–Por supuesto que no, coronel. –Yusuf se puso de pie y se acercó lentamente hasta una de las esquinas de la mesa. No era sensato que él se acercase más. –Usted es diferente, de eso no me cabe la menor duda. Obediencia, lealtad, buen físico… –El rey sonrió. –Incluso mi esposa se ha quedado embobada cuando ha entrado por la puerta.

Chasqueó los dedos, y su mujer obedeció acercándose a él como si fuese un vulgar perro. Se colocó a su espalda con la mirada gacha. Desde esa posición pudo notar aún más lo apretada y translucida de su ropa.

–Le ofrezco un trato. –El rey se puso tras la sumisa reina Neverinta. –Si aceptáis uniros a mí, os permitiré yacer las veces que queráis con mi esposa. –Le agarró un seno con tanta fuerza que la mujer arrugó el rostro de dolor.

–Majestad, estamos aquí para discutir asuntos más importantes. –La voz de Lance era fría pero respetuosa, ni se había pensado el trato que el rey le proponía.

–¿Estás seguro? ¿Acaso son ciertos los rumores de que durante las batallas perdiste tu hombría?

Lance ni siquiera se molestó por el comentario. Su rostro se mantuvo impasible como si el rey jamás le hubiera dicho aquello.

–Maldito perro del ejército, ¿acaso no sientes nada por lo que te digo? ¿Fascinación? ¿Ira? ¿Lujuria? Nadie es incorruptible. Tan sólo póngame un precio y yo lo pagaré. –Empujó a la reina a un lado casi tirándola al suelo. Ella logró asirse a un sillón, y volvió a colocarse tras su esposo. –Qué demonios haces aquí todavía. ¡Largo! –Exclamó con tanta prepotencia y fuerza que hizo temblar a su mujer. La reina asintió y se marchó apresuradamente, seguramente al borde del llanto por el trato recibido.

– ¿Firmará los tratados? Necesito una respuesta ya. –Instó el coronel. –Eso es lo único que quiero.

–Es muy tarde, coronel, quizá debería quedarse junto con el resto de sus hombres a dormir aquí en mi mansión. Serán los huéspedes de honor. –Sonrió maliciosamente el rey.

–El sol aún brilla y será así por unos minutos más. –El coronel Dolnin contenía la rabia en sus palabras, en parte por el comportamiento del rey, y en gran parte por la intromisión de Allen. Otro motivo de vergüenza. –Pero tiene razón, hemos llegado tarde, y no sería justo agobiaros. No abusaremos más de vos por el día de hoy. Le agradecemos su hospitalidad, pero dormiremos en la ciudad. –Sus vidas no estaban en

peligro, eso estaba claro. Si por algún casual el rey se atreviese a matarlos, él mismo estaría muerto al día siguiente al desplegarse en Moyak todas las fuerzas de la OLM. –Aunque no le quepa la menor duda de que mañana volveremos, y le guste o no me llevaré una respuesta conmigo.

–Mañana le responderé. Ahora lárguese. –Ordenó malhumorado el monarca entrando en la habitación donde se había escondido la reina.

El rey sabía de sobra que nadie intentaría atentar contra su vida en ese momento. Hasta la fecha era uno de los líderes mundiales, y eso le ponía en un escalafón superior al que se encontraba Lance. Matarle sería un delito castigado con cadena perpetua por magnicidio.

Lance giró sobre sus talones y avanzó atravesando por la mitad a su escuadrón. Sus pasos eran fuertes y sonoros, llenos de una silenciosa autoridad que les obligaba a seguirles y a no quedarse atrás.

Le siguieron con el mismo silencio, pero sin ser tan idiotas como pudieran pensar. Todos, algunos de una forma más disimulada, pero en general todos tenían sus manos en sus fundas preparados para extraer las armas en cualquier momento y enfrentarse ante los enemigos que posiblemente esperarían tras las esquinas.

El único que estaba tranquilo y que tenía sus manos libres era el coronel Lance, que avanzaba sin miedo por el pasillo, atravesando la puerta principal.

La luz del sol le cegó en cuanto salió. El sol estaba muy bajo, casi rozando las montañas del horizonte. En unas horas se haría de noche, y ellos aún estaban a media hora de los suburbios.

–Revisad los vehículos. –Ordenó Lance sin dejar de mirar hacia el horizonte. Era previsor hasta las últimas consecuencias.

El escuadrón se dividió y comprobó todos los posibles lugares donde pudieran haber escondido explosivos o armas mortales. El rey estaba tan loco que sería capaz de asesinarles por puro placer, aun sabiendo las terribles consecuencias de sus actos.

Una vez se aseguraron de que no había ningún artefacto explosivo, pusieron rumbo a la ciudad, esperando obtener algo de tranquilidad al fin.

Capítulo 4

CAPÍTULO 1. EPISODIO 3. EL JURAMENTO DE UN SOLDADO

Llegaron a la ciudad cuando la noche ya había caído sobre ellos. Habían tomado un camino más largo para ir en dirección a otra salida de la muralla. Desde aquella nueva posición encontrarían más fácilmente un hostal o cualquier lugar para poder descansar esa noche. Además, alterar su rumbo podría evitar cualquier emboscada que el rey Yusuf hubiera preparado para ellos.

Había subido a un vehículo junto a Daryl, Emma Ormen y el coronel Dolnin. Había sido un viaje silencioso en el cual nadie se había atrevido a abrir la boca con miedo a la reacción de su líder.

Lance extrajo un cigarro de su chaqueta, y lo encendió pasando un dedo por un extremo. Los cigarros de Yearuk no necesitaban de los antiguos mecheros utilizados varias décadas atrás, y que incluso aún se seguían utilizando en algunos países. Esos cigarros poseían una superficie sensible al calor en su extremo, que al entrar en contacto con la yema del dedo la calentaba hasta hacerla arder.

Los vehículos se detuvieron frente a un edificio de dos plantas, pero de aspecto lúgubre y descuidado. Era de piedra en su conjunto, nada que ver con el resto de casuchas que rodeaban la zona, que destacaban por estar hechas de chapa y ladrillos sueltos. Ese lugar tenía que haber estado allí mucho antes de que se creasen los suburbios.

En el letrero pudo leer la inscripción: Posada. No tenía nombre ni signos identificativos como los negocios de Yearuk. Debía de ser la única posada de la ciudad, seguramente creada en su antigüedad para los viajeros que llegasen a Marupuk buscando descanso.

Se repartieron las habitaciones del piso superior, y cada uno se introdujo en la propia tras una breve despedida. Como era de esperar en un reino tan pobre como Moyak, no había ningún otro inquilino más. Cada vez que iban a la ciudad dormían en un lugar diferente. Las otras veces fueron en posadas improvisadas, o en el avión de la OLM. Mientras Yusuf no supiera a donde se dirigirían a continuación, sus probabilidades de sobrevivir aumentaban.

La habitación no era nada del otro mundo. Una cama y un mueble de contrachapado que hacía las veces de armario, pero que sin duda vivió tiempos mejores. No había ninguna habitación contigua que fuese un baño. Aquella debía de ser una posada en la cual el baño era compartido

entre todos los de esa planta. O eso, o ni tan siquiera tenía baño.

Se sentó en la cama y abrió su bolsa de viaje pulsando el interruptor con el pulgar. Escuchó un chasquido, y al fin pudo replegar la tela. De allí extrajo su pistola MR4T y su pistola PK95, unas armas especializadas en aturdir al enemigo con descargas eléctricas, y para adormecerlo con dardos sedantes, respectivamente.

Las había traído por si fuera a necesitarlas, pero por el momento sabía que no le sería necesario. Al menos no esa noche.

Pensó en todo lo sucedido ese día. En lo agotador del viaje, y en el comportamiento del rey. En las otras ocasiones también había rechazado los tratados de una forma tan evasiva como ese día, pero Lance siempre le dio la oportunidad de pensarlo con detenimiento.

Como los viajes oficiales tan sólo duraban dos días, el rey no tenía la obligación de mostrarse demasiado gentil, sabía que los molestos representantes de la Organización de Liberación Mundial se irían pronto, y luego él podría seguir con sus maquinaciones. Repugnante.

La OLM se fundó cincuenta años atrás mediante la unión de más diez países para acabar con los causantes del caos en el mundo. En un principio se creó para evitar una guerra mundial que podría acabar con el planeta. Los diez países donaron la mitad de sus bienes a esa organización para que pudiera armarse y preparar a sus soldados. Quisieron gobernarla entre todos, para que ningún país se sobrepusiese a otro y les traicionase, por lo que crearon el Consejo de la OLM, un órgano creado por representantes de cada uno de esos países. Un país, un consejero. Como lugar de sede oficial, se decidió que se instalarían en Yearuk, la capital del avanzado país de Smireas.

El resultado de aquella organización fue insuperable. El país enemigo se rindió ante el resto de Estados Miembros y pidió clemencia, pero la OLM no se la dio. Destruyó todo lo que había corrompido a ese país: los gobernantes, los guardias del orden, el ejército, los rebeldes… Eliminó cualquier cosa que pudiese enturbiar la vida feliz de los ciudadanos, y en su lugar instauraron un país nuevo en el que el pueblo era el líder. La OLM trajo consigo la democracia verdadera.

Podía resultar desproporcionada la medida tomada, pero aquel único país logró levantar tensiones en todo el mundo. La guerra ya había sido declarada en muchos lugares, y lo que hoy en día era Moyak era casi lo normal en esos países que vieron los beneficios del negocio de la guerra.

Ante ese resultado, los diez Estados originales se dieron cuenta de que la OLM tenía más valor del que habían pensado en un primer momento, por lo que decidieron convertirla en una institución independiente. La OLM

tenía la labor de defender a todos los países miembros, así como defender a los ciudadanos de todo el mundo. Para cumplir sus objetivos tuvieron que llevar a cabo un proceso democratizador, consistente en acabar con las dictaduras del planeta. Acabar con ellas supuso más guerras seguidas, una tras otra, pero siempre con un objetivo loable y noble. La OLM acabaría con los malvados regímenes totalitarios, y a cambio devolvería la paz a esos países.

Por supuesto darle vía libre a la OLM era muy peligroso, debido al extenso poder que había acumulado en muy poco tiempo. Por ello, los diez países crearon el Tratado de la Liberación, un tratado firmado por todos los países miembros que aceptaban a la OLM y su orden, así como las reglas que establecía para la protección eficaz de todos los ciudadanos. A su vez, este tratado fijaba los poderes y competencias de la Organización, los cuales no podía vulnerar bajo ninguna circunstancia. De esa forma fueron capaces de ponerle una correa a un ente que en general era independiente.

Junto a ese Tratado, se elaboró en cada uno de los países que aceptaron a la OLM, las Leyes de la Liberación, unas leyes que regulaban entre otras cosas la cantidad que ese país pagaría a la organización, el lugar donde se encontraría la sede de la OLM en ese Estado, y los miembros que conformarían el Consejo de esa sede, así como su poder sobre la policía.

El Consejo no era por tanto un órgano supremo, sino que cada sede era un cuerpo y el Consejo actuaba como la cabeza o el cerebro. Aunque el Consejo de Smireas quisiera tomar una decisión drástica, ésta tendría que ser respaldada por las demás sedes. Para tomar una decisión bélica se requería de la conformidad de al menos cinco consejos en lo que se conocía como Comité de Consejos. De esa manera la OLM no cometía los errores que llevaba denunciando durante décadas. Con este sistema de control se había logrado mantener puro tanto sus intereses como sus objetivos.

Los Tratados también regulaban unas restricciones para su correcta organización, entre las que se encontraban: No atacar a los ciudadanos de ningún país, compartir sus triunfos con todo el mundo, y nunca tomar el control de ningún Estado.

Aquello pareció gustar a la mayoría de Estados desarrollados, quienes vieron en la OLM una oportunidad para evitar golpes de estado y ataques terroristas que diezmaran a la población, así como para lograr una democracia justa en la que, si algún soberano se propasaba en sus funciones, recibiría un aviso de la OLM.

En un periodo de cinco años, la OLM pasó de tener diez a setenta países afiliados, pero su Consejo se quedó siempre fijado en un número de diez

personas para evitar los conflictos entre ellos.

Durante los últimos tres meses la OLM intentó sin éxito que Moyak, uno de los países más problemáticos y dictatoriales del mundo, firmase los tratados con el objetivo de buscar el bienestar de su pueblo de una manera pacífica.

El hecho de que el rey Yusuf rechazase los tratados con tanta facilidad significaba que le daban igual las represalias que pudiera tomar la OLM para poder cumplir con su objetivo.

Podía parecer violento, y desde luego lo era. Pero era una violencia que buscaba un objetivo noble, una guerra por la paz duradera. La muerte de uno significaba la salvación y el bienestar de millones.

Pero eso no era lo que opinaban algunos grupos sociales de los países desarrollados, los cuales consideraban que la guerra, sin importar su objetivo o intención, no era la solución para ningún conflicto, y que la palabra y el dialogo era lo único que se necesitaba para lograr alcanzar la paz. No obstante, esos grupos no eran conscientes de que el diálogo siempre era la primera arma de la OLM, y ésta pocas veces era útil.

Aunque estos grupos dirigiesen duras palabras contra la OLM, ésta nunca había intentado contradecir o discutir con sus detractores. Como la organización apoyaba la libertad en todos los sentidos, aceptaba que cualquiera hablase de ellos sin importar que fuese algo bueno o malo.

En el momento de la instauración de la OLM, incluso se desarrolló un procedimiento para provocar su extinción. Con el voto favorable de la mayoría de los Estados en los que se encontraba la OLM, ésta desaparecería. Abandonaría las instalaciones y todos sus proyectos. No obstante, en cincuenta años esta votación jamás se había realizado y la situación actual auguraba que no ocurriría.

El mundo actual se encontraba dividido entre la minoría que rechazaba a la OLM, y la inmensa mayoría que la apoyaba.

Allen pertenecía a la opinión mayoritaria, al igual que el resto de compañeros de su escuadrón. Si el dialogo fuese suficiente para evitar la opresión y el malestar… Entonces ¿por qué sucedieron tan cruentas guerras en el pasado? Aún quedaban resquicios de guerras pasadas en lugares cercanos a Moyak e incluso a Smireas. Lugares donde la radiación producto de las bombas nucleares impedía cualquier forma de vida de una manera permanente.

Ilkastar era el mejor ejemplo. Si hacía trescientos años los combatientes hubieran hablado entre ellos, esa columna de humo no ocuparía el cielo ni

los pulmones de los habitantes de Moyak.

Se tumbó en la cama y dejó de cavilar sobre lo ocurrido ese día. Lo único que quería en ese momento era dormir y olvidarse de todo por unas horas… o al menos esa era su intención.

Desenrolló su teléfono móvil, y activo todas sus funciones, buscando el reproductor de música. Aquel era uno de los teléfonos de última generación. Era plano como un papel, y de una dureza encomiable. Podía doblarse y estirarse, aplastarse, quemarse y mojarse y seguiría estando intacto. Las compañías de telefonía llevaban años poniendo al mercado los mismos aparatos, pero con distinto nombre y con distintos diseños, pero todos venían a ser iguales. Aquella se consideraba que era la última evolución de los teléfonos inteligentes.

Sacó de su bolsa dos esferas negras, y se las colocó una en cada oído. Al instante la música fluyó por ellas, inundando su cabeza de suaves melodías. Comprobó la hora antes de acostarse. Eran las nueve de la tarde. Era muy temprano, pero estaba agotado mentalmente.

La oscuridad se tendió a su alrededor como si de una suave manta se tratara. La luz se extinguió. La nada ocupó el lugar del todo, y el todo se convirtió en nada.

No se escuchaba ningún sonido en aquel espacio de oscuridad infinita. No se veía nada. No se olía nada. No se sentía nada. No obstante, era capaz de sentir quien era, de razonar y de moverse con libertad. O eso creía, ya que moverte en un lugar en el que uno es incapaz siquiera de sentir que se ha movido, era extraño, y hacía que surgieran mil y una dudas.

¿Eso era lo que se sentía al estar muerto? ¿Pero por qué iba a estar muerto? No había sido atacado, envenenado o asesinado. No estaba enfermo, y al momento de dormir tampoco sintió ninguna molestia.

La única opción que tenía era que aquello fuera un sueño. Un sueño lúcido dónde su mente había sido encerrada hasta el momento en el que se despertase de forma definitiva.

Pero algo extraño sucedió. O más bien, logró percatarse de algo que antes fue incapaz de distinguir.

La oscuridad no era oscuridad. La nada no era nada. No obstante, lo que le rodeaba era negro como el carbón, e intangible como el aire.

Logró distinguir ondas que se movían de un lugar a otro, como si de un líquido se tratase. ¿Eso era su sueño? ¿Se encontraba nadando en un

líquido en mitad de la noche? ¿O era como si estuviese buceando?

Le encantaría formular esas preguntas en voz alta, pero lamentablemente, carecía de voz con la que poder pronunciarlas. Movía los labios, pero de ellos no salía nada salvo el vaho de su aliento.

–¿Por qué huyes de tu destino? –Preguntó una voz proveniente de la negrura de aquel líquido. Quiso buscarla, pero le fue imposible distinguir de donde provenía. Si lo pensaba, incluso le fue imposible reconocer si pertenecía a una mujer o a un hombre.

–Jamás he huido. –Logro pronunciar, sin saber siquiera cómo lo había logrado.

–Huir es lo único que has hecho.

Quiso responder una vez más a aquella voz, pero una vez más le fue imposible. El líquido negro se removió inquieto en oleadas que golpearon frenéticamente a Allen, provocándole un dolor que creía imposible que se pudiera llegar a sufrir en el interior de un sueño.

–A partir de hoy no podrás huir.

Despertó sobresaltado, levantándose de la cama casi al instante. El sudor cubría su cuerpo, y aunque no estaba manchado por ese líquido negro, si que notaba el espesor y la fuerza con la que le golpeó en brazos, piernas y pecho. Ese líquido le había aprisionado, le había aplastado y lo había echado de aquel lugar. ¿Pero que significaba realmente ese sueño?

Había dormido tan sólo tres horas, así que era media noche. Percibió que se había dejado la luz encendida, y que además la música ya se había detenido, ya que el sensor del móvil advertía cuando la persona que lo utilizaba ya no podía hacer uso de él, bloqueándose y apagando todas sus funciones menos la de llamada.

Un latigazo de dolor le golpeó sin piedad en la cabeza, haciendo que recordase la última frase de aquella voz: A partir de hoy no podrás huir.

¿Huir de qué? Sabía que era un sueño y que no debía prestarle demasiada atención, pero no fue capaz de impedirlo. La voz volvía a su cabeza una y otra vez, haciéndole repetir la conversación que acababa de mantener y que carecía de sentido.

El agobio pudo con él, y decidió salir de allí. Cubrió su cuerpo con una chaqueta y salió de la habitación. Necesitaba que le diese el aire, no quería seguir encerrado entre esas cuatro paredes que olían a humedad y

podredumbre.

El pasillo estaba silencioso salvo por el incesante sonido de la lujuria desenfrenada en los dormitorios de sus compañeros. Las misiones duraban varios días, y los soldados sin pareja solían aprovechar para seducir a sus compañeras de escuadrón. Las parejas de cama ya eran casi una tradición en el escuadrón, y muy pocas veces dos soldados cambiaban de pareja salvo que hubiera grandes desavenencias entre ambos.

Él no había buscado ninguna compañera durante los meses que había estado en misión. Se llevaba bien con casi todas las mujeres del escuadrón, pero no había encontrado a nadie que le valiese la pena o que le llenase tanto como para entregarse deliberadamente.

La noche era fría, como eran todas las noches en los desiertos. Un viento seco arrastraba la arena y la ceniza de la humareda, además de otros olores no más apetecibles. Las calles eran oscuras y la única iluminación que luchaba contra esa incesante oscuridad eran un par de velas encendidas y protegidas con urnas de cristal que los más cuidadosos debían haber salvado para que sirviesen como farolas improvisadas.

Avanzó girando en un par de calles, pero siempre alerta. Nunca se sabía cuándo alguien podía atacarle. Era improbable que en un lugar donde reinaba la pobreza existiesen ladrones, pero no podía arriesgarse a que alguien le atacara de improviso. Por otro lado, el hecho de que nadie tuviese nada, era suficiente para que medio pueblo se le tirase encima.

En las esquinas no encontró a ninguna persona, por lo que continuó caminando, pero sin descuidarse. Era extraño que no viese a nadie en una ciudad tan grande como Moyak, cuando la mayor parte de sus habitantes estaban concentrados en los suburbios.

El silencio y la oscuridad de la noche de cierta forma le atraían. En el cielo podía atisbar millares de estrellas, así como de impresionantes constelaciones imposibles de vislumbrar en Yearuk, allí cada uno de sus edificios era tan alto como el mismísimo cielo, y las estrellas no eran más que un espejismo que tan sólo se podía observar cuando uno estaba lejos de la ciudad.

Giró una esquina, y halló al primer nativo de la noche. Se habría puesto a la defensiva sino fuera porque el individuo se trataba de una niña. Una niña pequeña sentada ante la pared de una casa cuyas paredes estaban despostilladas y las ventanas eran un recuerdo pasado.

El cabello le caía sobre el rostro en una cascada interminable de rizos negros como el carbón. Los harapos que cubrían su delgado cuerpo estaban llenos de parches y agujeros, señal de que había vivido tiempos mejores. Las piernas de la niña eran delgadas como las ramas de un árbol

seco, y sus brazos tan débiles como el tallo de una flor.

Allen pasó junto a ella, y se detuvo a un par de pasos. Él había vivido buena parte de su vida en un orfanato, donde había conocido a niños que sufrieron terribles calamidades en el pasado, pero jamás algo tan horroroso como lo que estaba observando. Él al contrario que aquellos niños, había sido abandonado desde muy pequeño, por lo que no tenía ningún recuerdo anterior a su adopción.

Por ello sentía una extraña conexión con todos los niños que sufrían o habían sufrido alguna vez en su vida. Con esa niña no podía evitar sentir lo mismo, era algo innato en él. Introdujo la mano en el bolsillo de sus pantalones, y extrajo un pequeño monedero que llevaba siempre escondido para ese tipo de ocasiones. Las otras veces que había ido a Moyak había hecho lo mismo. Sin pensárselo dos veces dejó una moneda a sus pies.

Las monedas habían desaparecido en la mitad del mundo, principalmente por la falta de uso. No sólo las monedas, sino también los billetes, cheques o cualquier tipo de medio de pago de los tiempos pasados. Los sistemas actuales eran mucho más eficientes, y los otros medios de pago ya se habían dejado para la tradición y la colección. Pero en países subdesarrollados, la moneda extranjera seguía siendo muy apreciada, en especial por culpa de la inflación de su propia moneda, que en ocasiones no tenía ningún valor.

–No necesito tu limosna. –Dijo la muchacha con un extraño orgullo que tan sólo podía encontrarse en la pobreza y la humildad.

–No es una limosna. –Contestó Allen sentándose a su lado sabiendo que le molestaría. Le sonrió abiertamente. –Es una ayuda para que comas algo.

–No te conozco. No quiero nada tuyo.

–Puedes enfadarte si quieres, pero esa moneda es tuya. –Volvió a sonreír. –Y tienes razón. No nos conocemos. ¿Pero por eso vas a perder la oportunidad de comer? Además, si me lo permites, podríamos conocernos.

La niña guardó silencio. En Smireas esa afirmación habría sido objeto de polémica por los grupos más conservadores del país. En lugares como Moyak no tendría ningún otro significado más que el malo o el incorrecto. Si algo estaba claro, es que en esas calles debía existir la violación a mansalva. Quizás no hubiese robos, pero las mafias, los asesinos y los violadores rondaban por esas calles actuando sin piedad y con toda impunidad. Dementes había en todas partes, y cuando la necesidad

apretaba, aparecían hasta de debajo de las piedras.

Allen se dejó en la pared hasta el suelo, y observó el cielo que se alzaba ante ambos.

–Hay muchas estrellas, ¿no es impresionante este espectáculo?

–Sólo son puntos de luz. –Respondió ella secamente. Alzó la cara para mirarle a él con una mueca de desaprobación. Sus ojos eran casi negros, pero no pudo evitar sentir en ellos una belleza y una fuerza oculta.

–Deberías aprovechar lo que tienes. –Contestó él. –Desprecias la belleza de estas estrellas pudiéndolas ver todas las noches. En Yearuk su brillo se extinguió hace cientos de años. En casi todas partes del mundo las estrellas no son más que leyendas. Pero luego uno viene aquí... –Aspiró el fétido olor que se respiraba en la calle, mientras la niña le observaba absorta. –Y ve algo que creía que ya no podría ver en ningún otro lugar. Una belleza visible en este mundo para unos pocos privilegiados.

–De nada nos valen las estrellas si no sirven para comer… –Respondió la niña nuevamente, pero esta vez con un tono de voz más tranquilo. Allen había logrado atravesar la barrera que ella había interpuesto.

–Quizás no sirvan para comer, pero si nos enseñan. –Volvió a echar otra mirada al cielo, saboreando aquel breve instante en el que el viento soplaba en otra dirección y el humo de Ilkastar no les molestaba. Habría dado lo que fuera por ver esas estrellas todas las noches, al igual que ella habría dado lo que fuera por comer a diario. –¿Ves aquellas estrellas de allí? Hay una que tiene un fulgor verde, y cerca de ella hay siete brillantes.

Con desgana ella alzó la mirada hacia el cielo, y por un breve instante Allen fue capaz de comprobar que había curiosidad en ella.

–Esa es la Constelación de Misot. La leyenda dice que Misot fue un famoso ladrón que estaba enamorado de las estrellas. Todo lo que robaba se lo entregaba a las estrellas, y por eso fue considerado alguien de buen corazón pese a sus acciones. Como recompensa, un ser divino le concedió la inmortalidad en el firmamento. –Allen señaló los ocho puntos, formando mentalmente la imagen de un hombre al que le cubría una capa. –En vida se le conocía como “El Negro”, y por eso su constelación tan sólo se puede ver en la noche más oscura.

Ella no contestó, pero estaba claro que una idea había surgido en su mente.

–Pronto podréis comer. –Allen volvió a sonreír, recibiendo la mirada

escéptica de la chica. –De verdad. –Soltó una carcajada.

–No se puede confiar en nadie. No puedo creerte. –Volvió a hablar con la misma dureza de antes.

– ¿Quieres apostarte algo? –Preguntó Allen alzando un reloj de muñeca que había tenido desde siempre, incluso antes de ser adoptado. Era lo único que le quedaba de su anterior vida, su posesión más valiosa. –Si no consigo que comas todos los días, te quedarás este reloj.

– ¿Y si lo consigues? –Preguntó ella alzando los ojos hacia el brillante objeto que reposaba en la mano de Allen. Los relojes de muñeca habían desaparecido casi con tanta rapidez como las monedas. Se seguían utilizando otros modelos más modernos, pero ya tenían tantas aplicaciones incorporadas, que habían olvidado su finalidad principal. El que él había mostrado era tradicional, un modelo analógico cuya única función era la de dar la hora.

–Me regalarás una sonrisa. –Sonrió él de nuevo.

Ella se le quedó mirando extrañada. A juzgar por su rostro cualquiera pensaría que ella esperaba otra clase de proposición menos decente. Odiaba esa clase de miradas cuando mostraba su fascinación sana por los niños.

–Eres extraño. –Soltó una risotada que inundó de luz y alegría a la silenciosa calle. Dejó de agarrarse las piernas estirándolas y mostrando su extrema delgadez.

Entonces se pudo fijar mucho mejor en ella. Tenía los ojos negros como la noche y la piel bronceada como todos los habitantes de Moyak. Sus dientes estaban amarillos, y tenía heridas por todas partes. Se fijó en su barriga y observó alarmado que la tenía hinchada, síntoma claro de la desnutrición y el hambre extrema. La chica no debía tener más de doce años, pero aparentaba tener menos de nueve. A Allen se le evaporó toda la emoción del rostro.

– ¿Dónde venden comida por aquí? –Preguntó él poniéndose en pie.

–Tres calles más abajo, pero es muy cara. ¿Por qué?

–Llévame.

Ella asintió y se puso en pie dejando caer su falda harapienta hasta los tobillos. Los países pobres se dejaban llevar por las antiguas tradiciones y por un modelo de vida más conservador y menos consumista. Las modas no llegaban a esos países, y el hecho de tener una falda tan larga podía

ayudar a reducir los instintos sexuales de algunos depravados.

La niña avanzó por entre las sombras de la calle. Era una avenida recta sin curvas y con pocas puertas. No era posible que fuesen atacados por criminales, pero aun así se mantuvo cauto. Esta vez tenía que proteger a una niña también.

– ¿Qué haces? –Preguntó ella que le miraba extrañado.

–Vigilo por si hay alguien que nos quiera atacar. –Respondió él.

–No hay nadie ahora mismo. –Respondió ella mientras caminaba por el sendero. –Casi todos los mayores trabajan en las minas.

– ¿Por la noche?

–Y por el día. –La niña parecía triste en esa conversación. –Es la única forma de traer comida a casa.

Entonces Allen comprendió la tristeza de la niña. La soledad que había visto en ella arrodillada ante aquella pared de chapa y aluminio.

–Tus padres trabajan en las minas, ¿verdad?

–Mi padre sí. Mi madre durante el día realiza junto al resto de mujeres las labores del hogar, pero por la noche debe ayudar a recoger los escombros para que los niños descansen.

– ¿También trabajan los niños?

–Claro. ¿En Yea… Yaruk no? –Su pregunta poseía la inocencia de alguien que creía que todo el mundo era igual que lo que ella estaba viviendo.

–Yearuk. –Corrigió Allen sin ganas de sonreír. –Los niños tienen la obligación de estudiar, aprender a leer y escribir. Matemáticas, ciencias, informática, idiomas, historia…

– ¿Entonces como ganan la comida?

Sus ojos brillaban de curiosidad. Ya no era la niña antipática que había encontrado pocos minutos atrás, había roto las barreras, y poco a poco le iba viendo como a un amigo, o al menos como a alguien a quien se le podía dar un voto de confianza.

–Sus padres compran la comida con el dinero que ganan. –Respondió Allen con voz serena.

–Entonces son sus padres los que no comen… –Guardó silencio mientras pensaba algo. A lo mejor, para que los adultos tuviesen más fuerza para trabajar, eran los niños los que debían prescindir de la comida. Si realmente era así, sería horrible.

–Todos comen. –Sonrió y vislumbró el puesto de comida situado a unos metros de allí. La niña se dirigía en esa dirección, yendo él detrás. –No hay nadie que robe la comida como en este país.

Ella se sintió aún confusa. Contarle cómo funcionaban las cosas en los países modernos debía ser para ella más de lo que podía asumir.

–Me llamo Allen Reghisd. –Respondió él alzando una mano para que ella la estrechase. Fue poco antes de entrar en el recinto vacío donde se vendía comida.

–Bekia. –Respondió la niña frunciendo el ceño. – ¿Reghisd?

–Sí, es mi apellido. ¿Cuál es el tuyo?

– ¿Qué es un apellido?

–Vaya… que pregunta. –Aquello le pilló totalmente desprevenido, no se esperaba que le fuesen a preguntar algo así en la vida. –Un apellido es… una forma de enlazar a una persona con otra con la que posees un vínculo de sangre… es decir, sirve para unirte a una familia y que todo el mundo te reconozca como tal.

–Eso es un nombre.

–Ya… bueno… se podría decir que es un segundo nombre. –Entró en el recinto con la niña caminando a su espalda.

Ante ellos había un puesto atendido por un hombre de repulsivo aspecto que estaba sentado en una silla casi a punto de romperse. En cuanto Allen puso la mirada en los alimentos que allí se mostraban sintió unas nauseas que no supo ni cómo logró controlarlas. La comida era escasa y asquerosa.

Una rata había sido pinchada en un palo, y después cocinada; Lombrices de tierra sobre un trozo de pan rancio y mohoso; gorriones asados; colas de gato; testículos de perros… Comida repulsiva a la que no era capaz de llamar comida y mucho menos alimento. El simple hecho de llamarla comida era un halago más que inmerecido. Eran animales que podían encontrarse en las calles, no tenían nada de alimenticios.

Se le revolvió el estómago, y se aguantó las ganas de vomitar, mientras el hombre que atendía el puesto, terminaba de cocinar otra rata y la ponía

junto al otro montón. Bekia por el contrario tenía los ojos abiertos, y parecía que había comenzado a salivar. No sabía si porque estaba hambrienta o porque realmente le gustaba aquella basura.

– ¿Dónde está la comida? –Preguntó Allen de malos modos al dependiente. Conocía de sobra la escasez de alimentos de Moyak, pero sabía que había. En la posada le habían servido una sopa con patatas, y un trozo de carne de ternera. Si ellos podían permitirse esos alimentos para unos pocos clientes cada varios meses, seguro que también podría ese hombre.

– ¿No la ves? –Pronunció con un acento tan cerrado que casi ni entendió.

–Esto es basura, animales callejeros, alimañas. –Dijo él malhumorado. –¿Al pan le has puesto gusanos para disimilar el moho? ¿O directamente lo has recogido del suelo?

–Es lo que hay, o lo tomas o lo dejas. –Odiaba ese acento cerrado. –Bekia, ¿Quién es el raro? –La niña le respondió levantando los hombros, pero sin perder de vista la basura allí expuesta.

–Estoy dispuesto a pagarte generosamente por carne de una calidad media, ya que dudo que tengas de calidad. –Allen le observó desafiándole con la mirada. El hombre se la devolvió, y después caminó hacia una puerta.

– ¿Qué carne quieres? –Preguntó Bekia mirándole triste. –Esta comida está muy rica.

–Eso no es comida. –La señaló aún malhumorado.

Odiaba cuando la gente se aprovechaba de los pobres de una manera tan clara como era aquella. Cazar una rata y cocinarla con fuego era algo que podía hacer todo el mundo. Cobrarla por un alto precio ya era un robo. Al parecer sí que existían los ladrones entre los pobres.

Al cabo de diez minutos de espera, el hombre salió observando cuidadosamente que no faltaba nada de aquella “comida”. En la mano llevaba carne cruda de ternera que supo reconocer por el característico color rojizo. No era carne fresca, pero no podía aspirar a más.

– ¿Cuánto es? –Preguntó Allen.

–Cuatrocientos Ruths. –Respondió el hombre con una sonrisa socarrona.

¿Cuatrocientos? Calculó mentalmente la conversión de Ruths, a Linver, la moneda de Smireas. Esa cantidad no equivalía ni a dos Linver, una auténtica ganga imposible de encontrar en Smireas. La inflación era tan

alta que había provocado una devaluación radical de la moneda de Moyak. Ya no valía nada. El pobre diablo pensaba que cuatrocientos Ruths era una cantidad desorbitada incluso para un extranjero como él.

Extrajo una moneda de cien Linver, y la dejó sobre la mesa que había ante él. Con esa moneda, ese hombre podría vivir desahogadamente toda su vida.

– ¿Ves esta moneda? –Preguntó Allen al hombre que le miraba extrañado.

–Cuatrocientos Ruths. –Volvió a repetir el hombre.

–Escucha. –Protestó Allen. –Puedes ser inflexible con la moneda de tu país, y quedarte con esa miseria, o aceptar lo que te he dado, que es cincuenta veces lo que me has pedido.

El hombre al fin pareció apreciar la moneda. En ella se veía el emblema de Smireas, un símbolo conocido en medio mundo, al ser el símbolo del progreso. Ese hombre debía haber salido del país tiempo atrás, para poder reconocerlo.

Fue a coger la moneda, pero Allen le detuvo la mano.

–Por supuesto, no te pagaré esta cantidad por esa asquerosa carne. Quiero que alimentes adecuadamente a la familia de esta niña, tres comidas al día.

– ¿Y si no lo hago? –Sonrió mostrando unos dientes rotos y torcidos.

Allen extrajo su pistola G12 de la funda y apuntó a la cabeza del cocinero con ella. Fue tan rápido que cuando el otro quiso apartarse, ya la tenía encima.

–En unas semanas volveré, si no has cumplido tu parte del trato, no reprimiré las ganas de apretar el gatillo. Si lo has cumplido te daré diez monedas como esta.

En realidad, no sentía lo que estaba diciendo. Hasta el momento, siendo un soldado de elite, jamás había matado a nadie. Es más, jamás había participado en ninguna batalla importante, siempre había sido relegado a la retaguardia del ejército por motivos desconocidos. Aprobar los exámenes de escuadrón fue la excusa perfecta para ascender y obedecer tan sólo a los coroneles, quienes se encargarían de protegerlo y de darle ordenes en combate. Eso era lo que quería él, ser un soldado, no un repudiado.

El hombre aceptó, y Allen dejó la moneda en la mesa. Cogió la carne y se alejó de allí con Bekia siguiéndole los pasos extrañada.

– ¿Qué has comprado? –Preguntó ella intentando descifrar lo que había dentro del papel donde le había envuelto la carne.

–Ternera. –Contestó él intentando apaciguar su tono.

Bekia se quedó quieta en mitad de la calle con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa.

–Pero eso es carísimo, nadie puede permitírselo.

–Yo sí, y a partir de ahora tú también.

Allen se agachó, y extrajo cinco monedas de doscientos Linver cada una. Abrió la mano de la niña, y dejó que cayese cada moneda una a una.

–Con este dinero serías capaz de comprar la ciudad entera si quisieras. Úsalo con cabeza, y escóndelo de todo el mundo. –Aconsejó Allen. –Sería peligroso que supieran que tienes esta cantidad de dinero.

–No puedo aceptarlo. –Lo miró con la misma cara de resignación que al principio. –No acepto la limosna de nadie.

–Es un regalo. –Sonrió él, orgulloso de la educación recibida por la niña. –Mejor vamos a tu casa, no quiero que camines sola por estos caminos.

La niña volvió a fruncir el ceño, pero no dijo nada. Avanzó por las calles oscuras seguido por el silencioso Allen que observaba todo lo que le rodeaba. Sin duda debía ser un lugar horrible para vivir, no sólo para esa niña, sino para cualquiera.

Llegaron al mismo lugar donde Allen encontró a la niña. Una luz de vela estaba encendida, por lo que supuso que debía haber llegado alguien.

– ¿Vives aquí? –Preguntó Allen sin atreverse a mirar por la ventana.

–Si. Antes esperaba a mi madre, y ya ha vuelto. –Sonrió nuevamente, y le miró con los ojos brillantes de la emoción. – ¿Volveré a verte?

–Muy pronto. –Sonrió.

Tras eso, Bekia abrió la puerta, y entró con la comida en alto, sorprendiendo a su madre que dio una exclamación. Allen echó mano de su móvil, y observó la hora. Había pasado la medianoche hacía un par de

horas. Era el momento de regresar, pero esta vez con una satisfacción en la conciencia, y sin recordar las macabras palabras de aquel ente onírico.

Capítulo 5

Capítulo 1. Episodio 4. LA DECISIÓN DE UN REINO.

Allen se levantó con las primeras luces del alba. La alarma de su móvil había sido el encargado de despertarlo, y una vez más lo odió por hacerlo cuando se encontraba tan a gusto allí acostado.

Lo cogió para que dejase de sonar, y se vio obligado a abrir los ojos. Pulso las diecisiete letras y números que aparecían en la pantalla para desactivar la alarma, y finalmente pudo dejar el aparato en la mesilla.

Se levantó, y sin hacer ninguna otra cosa antes, comenzó a realizar sus ejercicios matutinos. Empezaba con diez series de cincuenta abdominales, seguidas de diez series de cincuenta flexiones, y acababa con diez series de cincuenta sentadillas. Durante su iniciación y su tiempo de recluta, aquellos ejercicios habían sido brutales, pero su entrenado cuerpo ya era capaz de soportar eso y más.

Salió de la habitación, y bajó las escaleras hasta llegar a lo que parecían ser unas fuentes naturales instaladas en el centro de la posada. Aquella debía de ser la razón por la que los dueños de aquel lugar decidieron construirla en un lugar tan apartado y tan lejano de la ciudad. Podrían aprovechar las fuentes termales y así aliviar a los viajeros.

Entró en una zona previa destinada única y exclusivamente para dejar la ropa, similar a un vestuario, y se desvistió, cogiendo una toalla no demasiado limpia de un cesto.

Dentro del agua se encontraban casi todos los miembros del escuadrón. Al parecer todos habían tenido la misma fantástica idea. Esbozó una sonrisa, y advirtió la pared de madera colocada en la mitad de los baños. Debían ser los que separaban a los hombres de las mujeres.

Se introdujo en las fuentes, y sintió la tranquilizadora agua que calentaba y relajaba todos sus músculos. Daryl se acercó a él, y sonrió misteriosamente.

– ¿Qué tal la noche? –Preguntó aún con esa sonrisa.

–Perfecta. ¿Y la tuya? –Preguntó también Allen cerrando los ojos para relajarse aún más.

–Vaya, no sabía que pudieras dormir tan bien con chinches.

Allen abrió los ojos de pronto por el comentario de su amigo. Se fijó mejor en su piel, y pudo apreciar puntos rojos que recorrían su cuerpo por completo. No era ninguna broma por lo que veía.

– ¿Chinches? En la mía no había. –Odiaba las chinches, al igual que sentía pavor por todos los insectos. El miedo que le provocaban no era nada comparado con el odio que sentía hacia el rey Yusuf.

–Y tanto que sí. –Le tocó en el hombro, notando un suave pinchazo. Luego en el brazo, la cara y el cuello. Su cuerpo también estaba lleno de picaduras de insectos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

–Maldita sea…

Se zambulló en el agua, y se restregó el cabello con ambas manos para poder quitarse de encima a cualquier insecto que tuviese encima.

Cuando salió, pudo ver como muchos se reían y le señalaban. Todos tenían puntos rojos por el cuerpo, algunos incluso estaban hinchados.

– ¡No te muevas tanto! –Exclamó Daryl. – ¿Quieres ahogarlas? Pobrecitas. –Soltó una carcajada que se extendió por el resto del grupo, exceptuando una persona aislada en la punta de las termas.

El coronel Dolnin reposaba tranquilo con una toalla entre los hombros, y el cuerpo metido hasta el pecho en el agua. Tenía los ojos cerrados, y si no fuera por los movimientos que hacía para rascarse los brazos o el pecho, cualquiera habría pensado que estaba dormido.

–Hasta al coronel le han picado. Lo dicho, esos insectos no respetan a la autoridad. –Volvió a reír.

Tres personas salieron de las termas tranquilamente, poniéndose unas toallas para secarse más rápidamente en el trayecto al vestuario. Le siguieron otras dos, y ya al fin se fueron Daryl y él, dejando al coronel sólo en su esquina. No tenían prisa, ya que si Lance aún estaba allí, el resto podría tomarse su tiempo.

Allen sujetó una cesta donde había depositado su muda limpia, y se la puso tras haberse secado notablemente. El resto de hombres de la sala estaban hablando desnudos con total normalidad. Tras años siendo compañeros, amigos y viviendo con otros hombres, habían logrado eliminar de sus mentes el sentimiento del pudor.

Miró a su amigo mientras hablaban y se cambiaban. Se fijó justamente en su cuello, allí donde una horrible cicatriz recorría la yugular y acababa casi

en el pezón izquierdo. Se la habían hecho durante una incursión de liberación en Tarkeos. Había estado a punto de ser asesinado por una cuchillada sorpresa, pero por suerte el enemigo no había clavado el cuchillo lo suficiente y no había sido mortal.

Se puso sus pantalones y la camisa blanca que había llevado de repuesto por si por alguna casualidad tenían que quedarse a pasar la noche. Había sido buena idea, desde luego.

Al abrocharse el tercer botón, el coronel entró por la puerta. La toalla le cubría aún los hombros, y tenía el cabello descolocado y empapado. Volvió a ver una vez más las cicatrices que decoraban su cuerpo. Tres por balas en su abdomen, hombro y brazo; una cicatriz en el hígado que habían tenido que retirarle a causa de una cuchillada; una rodilla artificial producto de otra bala perdida; cicatrices de operaciones en el pulmón y el bazo por culpa de la metralla; y marcas de látigos y cables que habían intentado estrangularlo... Su cuerpo era un museo que contaba cientos de historias y de batallas. En todas esas batallas había alcanzado una experiencia tal que algunos incluso le consideraban un soldado inmortal. Los rumores decían que allí donde él iba, siempre había victoria. Era considerado un soldado legendario.

Allen aún no tenía ninguna, y no estaba seguro de si quería tenerlas. Si le disparaban o le acuchillaban, podía tener la milagrosa suerte de Lance y Daryl, o morir como solía hacer la mayoría de las personas que tenían esa mala suerte.

Desechó ese pensamiento de su cabeza, y continuó vistiéndose.

– ¡Coronel! Le sientan bien esas picaduras. –Comentó Daryl entre risas. Allen le mandó una mirada de precaución mezclada de sorpresa. ¿Cómo se le había ocurrido dirigirse de forma tan coloquial al coronel? Era un superior, no un amigo de bares. – ¿Qué piensa hacer al respecto?

Lance le lanzó una penetrante e indescriptible mirada. Bien podía ser una mirada que le exigiese precaución, o una mirada asesina. Con ese hombre nunca nada era seguro.

–Quemarlas una a una. –Sonrió sorprendiendo a Allen, pero no al resto del escuadrón que estalló en carcajadas. Tras un rato de indecisión decidió dejarse contagiar por la risa y acompañarles a todos. –Esos malditos parásitos no me han dejado en paz en toda la noche. Se parecen a ti cuando necesitas ayuda, Daryl. –Bromeó soltando una carcajada bien recibida por todos.

¿Aquel era el auténtico coronel Dolnin? En los pocos meses que llevaba con ellos nunca lo había visto tan humano, tan informal, tan cercano, tan… amigo. Por otro lado, aquello corroboraba los rumores de que Lance

era el coronel más apreciado por todos. No era líder del primer ni del segundo escuadrón, pero no por falta de méritos, sino porque él huía de esas obligaciones. Era un hombre estricto, inflexible en casi todos los sentidos. Pero siempre intentaba ayudar a sus compañeros y subordinados, y eso era lo que más se apreciaba.

Allen terminó de vestirse, y se dirigió al comedor de la posada, de dónde provenía un delicioso olor a sopa. Tras tantos años comiendo los alimentos macrobióticos del ejército para mantener su salud y su cuerpo a punto, había olvidado lo bien que olía la comida tradicional.

Era un plato escueto de caldo, unos cereales y leche. La cantidad era ridículamente pequeña, pero estaba seguro de que para lo que él era poco, para los dueños del local debía haberle costado bastante dinero. Al contrario que el resto del país, los posaderos si parecían saber a quién debían apoyar si querían vivir tiempos mejores.

La comida fue más rápida de lo que pensaba. El tiempo que se habían entretenido entre risas en el vestuario les había pasado factura, ya que olvidaron la rapidez con la que comía el coronel. En cuestión de dos minutos había dado rienda del desayuno entero, y ya estaba dando prisas a sus soldados para que espabilasen. En cuestión de horarios era muy estricto, no debía olvidar algo así.

Los vehículos del día anterior se habían situado frente a la puerta, esperando para recoger a sus no tan deseados huéspedes. Los esclavos encargados de conducirlos estaban sentados en sus asientos y no parecían estar muy dispuestos a dar los buenos días a los soldados.

Se sentaron en los sitios tal y como encontraban los coches parados, no querían hacer colas innecesarias que les hicieran perder preciosos segundos. Cuanto antes terminaran aquella reunión, antes podrían regresar de nuevo a Yearuk y descansar como era debido en las comodidades de la sede central de la OLM.

En esa ocasión estaba en el coche con Reis Gold, Tiffano, Daryl, una vez más, y Connor Spencer, uno de los que menos tiempo llevaba en el tercer escuadrón, entrando poco antes que él. Se llevaban dos años de diferencia, pero las estadísticas de Allen sobresalían en todos los aspectos, en comparación. A este último fue al que le tocó agarrarse a la puerta y viajar desde el exterior del vehículo.

Las estadísticas eran unas pruebas documentales que se hacían mensualmente en las cuales se recogían distintos parámetros de todos los soldados. A principio de mes, aparecían en los registros oficiales las puntuaciones y las estadísticas de cada soldado, así como su clasificación,

que en si, era lo que les proporcionaba prestigio.

En las clasificaciones los puestos más altos sorprendentemente lo ocupaban los miembros del primer escuadrón, el Escuadrón Violeta. Los coroneles estaban repartidos entre los cien mejores, siendo el mejor posicionado el coronel del primer escuadrón, como era de esperar del escuadrón más preparado de la OLM. En la última clasificación, Allen había acabado en el puesto setenta y tres, mientras que su amigo Daryl acabó en el veintidós, proeza no alcanzada por ningún otro soldado del tercer escuadrón.

Las clasificaciones se separaban también en otras que dependían en exclusiva de un talento natural de cada soldado: astucia, estrategia, lucha cuerpo a cuerpo, puntería… Esas estadísticas eran las fijas, por así decirlo, ya que quien era el mejor en su campo, era difícil que le destronaran. A su vez, eran más utilizadas para saber quiénes serían los más aptos para futuros ascensos, tanto para coronel en los escuadrones, como para rangos oficiales en el resto del ejército. Era un método justo y eficaz que hasta el momento no había planteado ninguna duda, ni por los apoyadores de la OLM, ni por los que la rechazaban.

Notó el asiento vibrar, haciéndole salir del ensimismamiento y observar lo que le rodeaba.

Acababan de pasar un horrible bache del camino de los suburbios, y se acercaban con cautela hasta las puertas de la muralla, que se abrían al paso de los vehículos.

Las pasaron sin necesidad de ninguna parada para comprobar quienes eran los que iban allí montados. Los centinelas debían de ser vagos hasta para asegurar el bienestar de su líder. Si no fuera porque se les echarían encima cientos de enemigos, se encargarían de amenazar al rey Yusuf a punta de pistola para que firmase los tratados y se preocupase de darles una buena vida a esas pobres gentes.

El traqueteo se detuvo en cuanto el vehículo subió a la carretera construida. No era mucho mejor que el camino de tierra, pero al menos tenía menos curvas, y el coche no parecía que estuviera a punto de romperse en mil pedazos.

–Quiero acabar esto ya, tengo ganas de volver a Yearuk. –Dijo Daryl sonriendo mientras miraba por la ventana. Se fijó nuevamente en él, intentando recordarle como era en ese momento. Poco antes de partir fue seleccionado como uno de los favoritos del escuadrón para ocupar el puesto de Lance en caso de que él faltase. Si eso ocurría, era seguro que Daryl cambiaría su forma de ser para volverse más autoritario, como

hacían todos los coroneles. Sería extraño recibir órdenes de su amigo.

– ¿Te espera alguien? –Preguntó Connor con una sonrisa socarrona en los labios. Acostumbraba a hacer bromas sin gracia, pero era un soldado al que se acababa cogiendo afecto.

–Muchas personas… mi madre, mi padre, mi hermana, y la mitad de las mujeres de la ciudad. –Soltó una carcajada. Allen sonrió, por mucho que pareciese egocéntrico, tenía que reconocer que tenía mucha suerte seduciendo a las mujeres. O eso, o era un talento especial. Uno más.

–Quien fuera como tú. –Dijo burlonamente Connor, aunque podía notar algo de envidia en su voz.

–De mayor a lo mejor lo logras. –Sonrió, seguido de una carcajada por parte de Allen y Tiffano.

–Basta de tanta charla, ya casi hemos llegado. –Advirtió Tiffano aún con una sonrisa en los labios.

Allen había estado siguiendo el camino con la mirada, por lo que no le sorprendió el comentario de Tiffano, al contrario que a Daryl, Reis y Connor.

Una vez hubieron aparcado en frente de la puerta de una forma descontrolada, pudieron formar de nuevo frente a las puertas ya abiertas por el esclavo jefe de la mansión.

Lance se situó frente a ellos sacando pecho, y mostrando orgulloso sus medallas militares sobre su traje negro del ejército. Allen volvió a recordar las heridas bajo su cuerpo, y los logros que había conseguido en las guerras pasadas. Es un héroe, es un héroe, es un héroe. Se repitió Allen mientras el coronel hablaba.

–Hoy no quiero la más mínima interrupción. ¿Entendido? –Escuchó Allen en cuanto le prestó atención. No hacía falta que dijese ningún nombre, su mirada penetrante era suficiente para saber que se estaba refiriendo a él. –Si tenemos suerte la reunión será corta, y podremos estar en Yearuk en unas horas. –Fue a darse la vuelta para entrar, pero se interrumpió y volvió a dirigirse a la tropa. –Tened las armas preparadas.

Allen quitó el seguro de su pistola G12 al igual que el resto de soldados como podía escuchar. En la guerra cuanto antes quitases el seguro a un arma, más rápida seria la victoria. Ese segundo utilizado podía ser decisivo y mortal. No entendía que diferencia podía haber con respecto al día anterior, pero si el coronel lo decía, era razón suficiente para creer y

obedecer.

Entraron de dos en dos en la mansión. Tenía todos los sentidos alerta, y la mano en la funda de la pistola preparada para extraerla con facilidad y disparar. La mansión estaba en silencio absoluto, tal y como el día anterior. Aquello era de cierta forma tranquilizador, pero no podía dejar de ponerlo nervioso.

Pasaron por un arco al interior de la habitación del rey, donde él les esperaba. Llevaba puestas sus mejores galas como buen monarca egocéntrico y manipulador que era. Tenía a su alrededor a un total de cinco hombres.

Dos de ellos los reconoció como a sus hijos, los príncipes herederos Salim y Eliam. Sus caras estaban cubiertas por una barba larga y descuidada, al igual que su padre. El hermano mayor, Salim mostraba ya algunas arrugas en su rostro, además de una calvicie próxima. Tenía los mismos ojos sádicos del rey, no sería un buen sucesor, pero su hermano no era mucho mejor, desde luego. El hombre que estaba situado ante ellos no era más que un esclavo dejando unas copas llenas de vino en una bandeja de oro. Los últimos hombres eran unos totales desconocidos.

–Bienvenidos seáis, representantes de la OLM. –Volvió a decir el rey con su habitual tono jocoso de voz. –Espero que hayáis tenido una agradable estancia en mi fabulosa ciudad, ya que quisisteis rechazar mi propuesta de quedaros en mi hogar.

¿Ciudad? El rey no debía conocer la diferencia entre lo que era una ciudad y unos suburbios inmundos.

–Es un placer estar ante vos nuevamente, majestad. –Lance hizo una reverencia como el día anterior. –No nos pareció correcto aceptarlo, pero estoy seguro que, en caso de aceptar, habríamos sido tratados como nobles. –Valiente mentira. Estaba claro que no se quedarían allí ni aunque el resto de posadas estuviesen en llamas o infestada de ratas, siendo más probable lo segundo que lo primero.

–El rey siempre invita a la OLM a su hogar, ¿Verdad, Salim? –Preguntó a su hijo mayor, que sonrió malévolamente. No eran sólo los ojos de su padre, sino también su comportamiento y sonrisa. Era indudable que eran padre e hijo.

–Sin duda, padre.

– ¿Conocéis ya a Omar Reing y Firn Rigel? –Preguntó el rey presentando a los otros dos hombres desconocidos. –Son mi guardia personal, hombres

de total confianza. ¿Vos tenéis alguno, capitán?

–Coronel. –Corrigió Lance con una voz autoritaria. Aquello serviría para demostrar que no debía jugar con él. –Todo mi escuadrón es de confianza.

–No sé porque… pero lo dudo. –Sonrió Yusuf mostrando su sonrisa rota.

–El apellido Rigel es propio de los países norteños, no de estas tierras. –Apuntó Lance observando al único hombre que no poseía la piel bronceada propia de los habitantes de Moyak. Su color de piel y de cabello denotaba que efectivamente no provenía de allí. El hecho de que se hubiese ganado un puesto de confianza demostraba lo despiadado que podía llegar a ser.

–Excapitán de la segunda brigada del ejército de la Organización de Liberación Mundial, con sede en Reilas. –Saludó el hombre colocando su mano derecha en el corazón.

¿Aquel hombre había sido un oficial? ¿Cómo podía haber cambiado alguien la estabilidad y el orgullo de la OLM para ir a parar a trabajar junto a un dictador déspota y egoísta?

– ¿Traicionaste a la OLM? –Preguntó Lance que escondía la sorpresa bastante bien.

–Traicionar es una palabra muy fea, coronel. –Firn sonrió mostrando una sonrisa arrebatadora. –Depende de muchos puntos de vista. Yo mismo me veía traicionado, por lo que decidí… abrirme a nuevos horizontes.

Lance guardó silencio. No tenía sentido discutir con aquel desertor allí en mitad de la sala. Las leyes sobre la deserción habían sido repudiadas y extinguidas por la OLM. Atenerse a un juramento era algo que impedía la libertad de uno, y por ello la OLM permitía que los soldados abandonasen el ejército con o sin motivo. Su mayor meta era la libertad plena en el mundo, y si esa era una forma de darla, la aceptaban.

–Majestad, ¿firmareis los tratados? –Preguntó Lance dispuesto a acabar la reunión cuanto antes. Tras esa respuesta podrían marcharse a casa, o ponerse a disparar. Una de dos.

–Déjame pensarlo una vez más… –Sonrió maliciosamente. Esa sonrisa se extendió por el resto de hombres, exceptuando al esclavo. –Moyak está bien como está. Los ricos tenemos lo que nos hemos ganado con nuestro esfuerzo, y los pobres tienen lo que se merecen por vagos y haraganes. No veo porque la OLM querría hacernos pagar a unos por lo que hacen

otros.

–La OLM no os dará más oportunidades. –No respondió a las estupideces que contaba el rey. El escuadrón entero había hecho ya tres viajes para hacerle entender al rey la mala situación de su país. Si no aceptaba tras esos viajes era porque no quería hacerlo desde el principio. Como había imaginado se había estado riendo de ellos. –Firmad los tratados.

–No necesito más. Podéis marchar, coronel. –Sonrió una vez más. –Buen regreso. Saludad a los viejos de mi parte. –Aquel insulto hacia el Consejo era denigrante e irrespetuoso. Gracias al Consejo de la OLM el mundo disfrutaba de una libertad auténtica y no fingida. Ellos eran infinitamente mejores que aquella escoria que se atrevía a insultarlos.

–Acabáis de condenaros a vos y a vuestro ejército, Yusuf. –Ya no había necesidad de hablarle con respeto. Acababa de rechazar a la OLM, y con ello se había convertido en un enemigo del mundo.

–Veremos quien condena a quien. –Alzó la mano, y les echó mientras sonreía socarronamente.

Lance dio la vuelta y salió de la sala con su pistola G12 casi extraída totalmente de la funda. Allen también la extrajo parcialmente, y observó los movimientos de los hombres de la sala. Si cualquiera de ellos extraía un arma, el escuadrón entero atacaría para salvar a su coronel.

No hicieron ningún movimiento extraño, pero aun así mantuvieron la formación durante todo el trayecto hasta que salieron fuera del edificio.

El aire olía a pólvora por las anticuadas armas que allí usaban. Sin duda estaban preparando algún atentado contra sus vidas. Allen se puso nervioso, no por el peligro, sino por la emoción de poder hacer algo valiente por primera vez.

– ¡Registrad los vehículos! –Ordenó Lance malhumorado. Siempre hablaba así cuando notaba el peligro en la sangre. Así se lo había referido Daryl que llevaba más tiempo trabajando con él.

Diez personas fueron las elegidas para buscar entre los vehículos, siendo uno de ellos el propio Allen. Examinó las ruedas, el motor, por debajo de los asientos, y cualquier lugar donde pudiera esconder una bomba quien fuera. Su compañero rebuscaba en los lugares que a él se le olvidaba, por lo que el trabajo estaba siendo mucho más completo.

– ¡Limpio! –Exclamaron dos personas de dos coches.

– ¡Limpio! –Exclamó otra.

Se notaba que tenían experiencia a la hora de registrar los vehículos. Allen lo había hecho muchas otras veces, pero siempre se tomaba su tiempo para ello.

– ¡Limpio! –Gritaron los que estaban a su derecha.

¿Eran los últimos? Otra vergüenza para su persona. Al menos no la tendría que aguantar solo. Abrió el maletero, y rebuscó entre toda la chatarra. Levantó un trozo de metal, y al fin lo vio. Un artefacto explosivo al que le quedaba poco más de treinta segundos para estallar.

– ¡Bomba! –Gritó, y la respuesta del escuadrón fue inmediata.

El grupo se desplegó ocultándose en distintos lugares. Tras otros vehículos, rocas, arboles, o cualquier elevación que pudiese mantenerlos a salvo de la explosión.

Tras una espera que se le hizo infinita, la bomba detonó, haciendo retumbar los cristales de las ventanas que aguantaron por poco debido a la cercanía del coche bomba. Las ruedas y decenas de piezas metálicas volaron peligrosamente. Una barra de metal de la chatarra del maletero se quedó clavada a la derecha de Allen, a punto de atravesarle. Aquella era la única razón por la que habían llenado los coches de chatarra, para usarlos como metralla.

El coche que estaba aparcado a su lado había acabado inutilizado, con casi toda la chatarra clavada en él.

– ¡Todos a los coches! –Ordenó Lance subiendo al asiento de conductor de uno de ellos. Allen se apresuró a subirse a otro, que fue compartido por Daryl, Emma, Connor y Reis Gold. El resto se repartió entre el resto de coches. Tenían que repartirse veinte personas entre tres coches en los que apenas entraban cuatro. Estaban apretados, pero al menos habían subido todos.

Daryl apretó el acelerador, y salió disparado de allí al tiempo que comenzaban los disparos por parte del rey Yusuf. Cientos de balas disparadas al mismo tiempo que atravesaban espejos, cristales y metal por igual. Se habían agachado a tiempo para no recibir ninguna bala en sus cabezas.

–Menos mal que este trasto no tiene identificador. –Rio Daryl mientras hacía una curva para salir de la finca del rey.

Las balas seguían silbando por su lado, así que Allen sacó el brazo fuera y comenzó a disparar. Los otros coches le imitaron, y dispararon a la vez

que las balas les llegaban. Los soldados que no habían podido entrar dentro de los coches, se habían refugiado fuera, agarrados a las puertas, y sujetos a unos soportes que hacían las veces de peldaños cuando las puertas estaban abiertas.

Allen no sabía si había acertado o no. La adrenalina de su cuerpo era lo que le movía y guiaba sus disparos. Apretaba el gatillo una y otra vez. Recargaba mecánicamente como siempre había hecho en los entrenamientos. No apuntaba, no buscaba objetivos. Tan sólo apretaba el gatillo.

Pronto los sonidos de los disparos pararon, y los tres coches pudieron seguir su rumbo. Sin embargo, los conductores conocían bien el protocolo a seguir. Una vez se inicia un conflicto directo, sólo había dos escapatorias, o la lucha o la huida, y al huir había que hacerlo a toda prisa.

Daryl apretó el acelerador, y saltó un promontorio del camino que hizo que el vehículo entero se resintiese. Era demasiado antiguo para aguantar esos trotes. Las curvas se hicieron a tanta velocidad, que Allen tenía que agarrarse bien para no pegarse demasiado a la puerta.

– ¿Alguien está herido? –Preguntó Allen dándose la vuelta mientras su estómago le molestaba pidiéndole vomitar. No era el momento de pensar en él, debía preocuparse en el grupo.

Paseó la mirada por los cuatro soldados sentados detrás. Emma estaba intacta, al igual que Tiffano y Reis. El único que había resultado herido era Connor, que había recibido un disparo en el antebrazo.

La sangre estaba manchando el coche y sus piernas, allí donde se mezclaban sus lágrimas de dolor. Tiffano actuó inmediatamente. Le agarró el brazo, y con un trozo de tela le hizo un torniquete para evitar que la sangre siguiera fluyendo tan peligrosamente.

Dejaron atrás los suburbios en muy poco tiempo. Los ciudadanos les miraban curiosos, quizá por la velocidad de los coches antes que por los pasajeros de los mismos. En ese breve trayecto no vio a nadie que pudiera reconocer, ni a los dueños de la posada, ni al vendedor de comida basura, ni a Bekia, quien tendría que aguantar diariamente las salvajadas de aquel hombre.

Tenía que volver a Moyak fuera como fuera. Tenía que cumplir su promesa, y ver a Bekia. Tenía que darle un futuro con el que pudiera ser feliz, un futuro en el que no le faltase de nada. Ni a ella, ni al resto de niños indefensos que vivían allí.

Sonrió pese a las circunstancias. Era increíble lo fácil que había sido encariñarse de aquella niña que tan cruentamente le había tratado en un principio.

–Te ves feliz. –Dijo Daryl que ya iba por el camino de tierra que les llevaría directamente hacía el aeropuerto, donde ya veían el avión preparado para despegar. El coronel Lance habría avisado sobre lo ocurrido, y el avión se había estado preparando. – ¿Es la adrenalina?

–Sí, es la adrenalina. –Sonrió nuevamente.

El coche aparcó sin mayores percances frente al avión donde acababan de bajar las escaleras mecánicas para que los soldados subieran. Los trajes que llevaban estaban arrugados, sucios y ensangrentados. Había más heridos de los que había creído en un primer momento, pero por suerte no había ninguna baja ni heridos graves.

Subieron al avión de uno en uno. Deseaban volver a Yearuk, al fin podrían ver a sus familias de nuevo, y comer y dormir como era debido.

Pero con su regreso el mundo tendría que pagar un gran precio. Un precio manchado de sangre.

Capítulo 6

CAPÍTULO 1. EPISODIO 5. La Coronel Escarlata

Entró en el ascensor número tres, el destinado exclusivamente para los altos oficiales del ejército. Extrajo la llave que siempre guardaba en su ropa, y la introdujo en el botón del piso ciento noventa y siete, luego pulsó el botón táctil que se encendió con una luz amarilla.

Se acomodó, y se colocó la ropa en el espejo. Su traje negro estaba limpio y planchado, con un agradable olor a lavanda. Sus medallas reposaban en el pecho. Cinco, cada una por una hazaña realizada en el pasado que le había ayudado a crear su buena fama.

Acarició con los dedos el emblema de su hombro derecho, un ciervo a punto de atacar sobre un rombo rojo, el símbolo inconfundible del segundo escuadrón de la OLM. Pronto tendría que volver a hacer uso de su equipo, y llevar la muerte a cientos de personas. Todo por la paz.

La pared fue sustituida por un cristal transparente que le permitió observar toda la ciudad desde esa elevada altura. Miles de titanes de cristal y acero agujereaban el cielo y las nubes, desafiando a la naturaleza, a los árboles, e incluso a las montañas.

En el reflejo pudo verse a sí misma una vez más. Sus cabellos pelirrojos estaban recogidos en una trenza hecha a toda prisa. Sus ojos marrones eran comunes y nada llamativos. Ella no se consideraba una mujer hermosa, pese a que la creencia popular si lo creía así.

Una campanilla que conocía perfectamente sonó, seguida de la apertura de las puertas del ascensor. Se giró y salió, encontrándose de pronto en un pasillo totalmente blanco, formado por paneles lumínicos que permitían prescindir de las antiguas bombillas.

Al fondo halló a dos soldados de élite sin escuadrón que custodiaban una enorme puerta de metal. Como de costumbre, se detuvo ante ellos, y esperó a que conectasen las herramientas de reconocimiento.

–Agatha Breifas, coronel del segundo escuadrón. –Anunció a los soldados y a los detectores de voz.

Una señal de luz verde le permitió pasar al segundo nivel. Miró fijamente a una ranura colocada en la pared. Un haz de luz roja le examinó la retina varias veces mientras ella procuraba no parpadear pese a la molestia. Ya

estaba acostumbrada a eso. Un sensor verde se volvió a iluminar.

Por último, colocó la mano en un panel, y con un pequeño artefacto esterilizado, cogió algo de saliva de su boca. Las pruebas de huellas dactilares y de saliva dieron resultado positivo, y la puerta se abrió ante ella.

En todas esas pruebas no sólo se buscaba el ADN de la persona, sino también su temperatura corporal, la pigmentación del cabello y la piel, nutrientes… Era una de las máquinas de reconocimiento más avanzadas. Creada por los laboratorios de la OLM con el objetivo de crear un sistema de reconocimiento y de seguridad infalible.

Se precipitó al interior de la estancia, donde necesitó unos segundos para que su vista se adaptara a la oscuridad, tras haber permanecido varios minutos en la ingente luz del pasillo. La sala de deliberación del Consejo era una amplia habitación redonda rodeada de hologramas en los que podía verse el mapa del mundo y diversas zonas, así como datos estadísticos y de gran interés para los miembros del Consejo.

En el centro estaba situada una superficie elevada que acababa en una gran mesa circular con diez sillones ocupados que la rodeaban.

Allí estaba el Consejo, las diez personas más influyentes e importantes del mundo. Si ellos querían a la humanidad arrodillada a sus pies, podrían conseguirlo. Pero para ello tendrían que desafiar a los tratados y al resto de Estados Miembros, así como al ejército que si apoyaba los ideales de la OLM. El Consejo jamás haría nada terrible, por su propio bien.

– ¿Qué te trae aquí, coronel Breifas? –Preguntó Gerard Becker, el octavo consejero, y por tanto uno de los menos importantes del selecto grupo. Su familia llevaba años formando parte del Consejo en diferentes posiciones. Casi todos sus miembros poseían grandes dotes de liderazgo e inteligencia, y eso era lo que el Consejo quería.

Los familiares más próximos de la familia Becker de los que se creía que acabarían formando parte del Consejo eran Mikenzo Becker, hijo del mismo, y Tiffano Becker, su único sobrino.

–Señores. He recibido el reporte del coronel Dolnin del tercer escuadrón, acerca de las negociaciones con el rey Yusuf de Moyak. –Anunció ella notando su voz ridículamente débil ante la presencia de aquellos hombres y mujeres.

–Cuéntanos pues qué es lo que te comunicó el bueno de Lance. –Pidió el sexto consejero, Areus Mogar. Su fama lo precedía como una de las personas más amables que había llegado jamás al Consejo. Por desgracia su avanzada edad, le haría renunciar al puesto en poco tiempo, ya que no

se aceptaba que un consejero estuviese en ese puesto con más de sesenta y un años.

El Consejo se dividía en diez personas enumeradas. El voto de cada una de ellas era semejante, pero no así su influencia sobre el resto, y sobre sus decisiones. Las decisiones tomadas por el consejero número cinco podían ser rechazadas por el tercer consejero, pero los números inferiores no podían evitar que esas órdenes fuesen cumplidas. Aquello permitía una equiparación de poderes, por la cual tan sólo el primer consejero tenía el control pleno del resto de la OLM.

Su categoría de primer consejero, sin embargo, lo exponía a los agravios a los que se sometiese la OLM. Debía tratar directamente con los altos mandatarios de los Estados Miembros, pudiendo destituirlo cualquiera de ellos si así lo veían necesario.

Para evitar esa situación, el primer consejero había optado por ser un intermediario o mediador de los otros nueve. No poseía derecho al voto como el resto, por lo que no poseía poder sobre nadie, siendo un mero observador y participante de las reuniones del Consejo. Normalmente era el portavoz del mismo, y el que más conocimientos poseía acerca de la OLM. A su vez, al ser el que más poder tenía, si consideraba que la decisión tomada por el segundo consejero podía llegar a ser peligrosa o arriesgada, éste podía censurarla. De esta manera nadie tenía más poder que nadie, y las decisiones que se tomaran tendrían que hacerse con el consenso de todos.

–Como era de esperarse el rey Yusuf ha cortado lazos con el resto del mundo. Ha rechazado abiertamente el Tratado de la Liberación, y ha admitido que continuará tratando de la misma manera al pueblo de Moyak. –Informó resumiendo de manera muy extensa todos los detalles del informe de Lance, al Consejo le gustaba escuchar las cosas de forma muy breve. –Además de la mala educación, y de las faltas de respeto constantes hacia todo lo que representa la OLM, intentó asesinar a los representantes del tercer escuadrón con un coche bomba y un tiroteo que afortunadamente no produjo balas.

Terminó, pero se mantuvo firme sobre el suelo de mármol pulido del Consejo. Una luz del techo la iluminaba para hacerla más fácilmente visible a ojos de sus superiores. Durante los primeros meses como coronel se sintió insegura y nerviosa, pero con el tiempo se había acostumbrado, y ya no tenía miedo ante la presencia de aquellos diez hombres.

–Moyak nunca aprenderá. –Soltó Erwan Silern, el quinto consejero con un ademán de desprecio. Él, al igual que el resto de consejeros, detestaba todo lo que tenía que ver con la esclavitud y la poca libertad de la población. –El padre del rey Yusuf habría aceptado el tratado encantado, pero desgraciadamente no supo enseñarle a su hijo como debía

comportarse.

–Es realmente bochornoso. –Dijo una mujer cuya voz Agatha no fue capaz de reconocer.

–Pero hay que ser precavidos. –Volvió a decir Gerard Becker. –El rey Yusuf guarda muchos ases en la manga. Quizá tiene intereses ocultos en una guerra entre la OLM y Moyak.

–No tendrían nada que ganar, pero si mucho que perder. –Volvió a hablar la mujer. Esta vez Agatha si la supo reconocer, se trataba de Voltina Rich, la séptima consejera. Se estaba acariciando su cabello teñido de verde, una de las afamadas costumbres de la consejera.

–Eso es algo que debemos dilucidar con tiempo. –El que habló en ese momento fue Owen Nelim, el primer consejero, y por tanto el líder del resto de consejeros. Era un hombre atractivo pese a ser mayor que ella casi veinte años. Su cabello rubio brillaba con la poca luz de la estancia, y sus ojos aguamarina la observaban expectantes. Pese a su belleza, poseía una frialdad natural que se notaba en cada uno de sus gestos, y cada una de sus palabras. –Gracias por su preocupación al informarnos, Coronel Breifas. Podéis marchar. –Sonrió, sintiendo Agatha un escalofrío en el espinazo.

Formó de nuevo frente a sus superiores, y giró sobre sus talones para salir de la habitación del Consejo. Una vez se cerró la puerta tras ella, al fin pudo respirar tranquila.

–Impone estar ante ellos, ¿verdad? –Preguntó uno de los guardias que protegían la puerta de la sala del Consejo.

Agatha le ignoró, y continuó su camino hacia el ascensor. De nada valía mostrar su miedo o nerviosismo ante el resto de soldados. Aquello tan sólo le hacía demostrar debilidad, algo que no podía permitirse como oficial de alto rango.

Apretó el botón táctil del vestíbulo, y esperó durante ocho minutos hasta que el ascensor llegó definitivamente a su destino. Al ser edificios de tanta altura, la distancia que tenía que recorrer el aparato era mayor, además de que su velocidad era más lenta para evitar que los frenos fallasen.

La puerta volvió a abrirse, encontrándose en una sala totalmente iluminada por gigantescos ventanales colocados en las ventanas. La luz natural del sol era mucho mejor que la luz artificial que decoraba los pisos más altos de la sede central de la OLM.

El suelo y las paredes eran totalmente de piedra blanca, lo que permitía que los rayos del sol incidiesen en ella y rebotasen a otras paredes con

mayor facilidad.

Conforme el ascensor bajaba, Agatha permitió que sus pensamientos se dirigiesen al este, hacia el lugar donde se encontraba un viejo conocido. Allen había estado en aquella trifulca en Moyak, y esperaba que él no fuese uno de los heridos.

Como era de esperar a esa hora de la mañana, el vestíbulo estaba totalmente lleno. Cientos de personas entraban y salían a todas horas ya fuera para encargar trabajos a los soldados de la OLM, para pedir empleo, o para dar su opinión sobre el trato recibido. Las razones por las que los ciudadanos de Yearuk llegaban a ese edificio eran infinitas.

La OLM como ejército dedicado a la protección plena de los ciudadanos del mundo, tenía la posibilidad de recibir trabajos privados para poder desempeñar adecuadamente esa protección. Los trabajos consistían desde ayudas con problemas cotidianos, como disputas domésticas, hasta a acabar con redes de narcotraficantes y mafias. Había pocas, pero eran imposibles de erradicar, cada vez que desaparecía una, aparecía otra.

Aquellos trabajos eran una de las fuentes de financiación de la OLM. Las otras fuentes eran la venta de tecnología a los países vecinos y a los ciudadanos; la otra eran las subvenciones y ayudas recibidas por los Estados Miembros que habían firmado el Tratado de la Liberación.

Como cabía esperar, una parte de su escuadrón reposaba tranquilo sobre unos sillones apostados a un lateral de la sala. En ese momento había sólo siete personas, pero como en todos los escuadrones de élite, lo formaban veinte.

Los siete se pusieron en pie cuando vieron llegar a su coronel. Se colocaron en formación, y esperaron hasta que la mujer llegó ante ellos, atravesando la intrincada cola generada frente a la extensa recepción.

Marsha Evans se encontraba frente a ella con su lacio cabello castaño cayendo en cascada sobre sus hombros. Era el mejor soldado de su equipo. Si pudiese darle a alguien el puesto de mano derecha, sin ninguna duda se lo daría a ella. Era astuta, rápida, peligrosa, letal y generosa. Era un soldado de los pies a la cabeza, siendo la primera en lista con posibilidades de sustituirla en caso de que a Agatha le pasase algo desfavorable.

–Descansen. –Ordenó Agatha, sentándose junto a sus subordinados en los sillones. Marsha se sentó a su lado, como cabía esperar de ella, siempre fiel a su líder.

–Parece que has tenido un día duro. –Dijo Ian Tovar, sin decir ninguna palabra que mostrase respeto hacia un superior. Le hablaba como quien

hablaba a un amigo. Eso era lo que ella quería, era lo que exigía a los miembros de su escuadrón, respeto y amistad.

–Los días que se avecinan lo serán aún más. –Comunicó ella echándose hacia adelante mostrando un talante serio. De nada valía ocultar información a su escuadrón. Tarde o temprano se enterarían. – ¿Qué habéis hecho esta mañana?

–Colaboramos con la policía en la detención de una banda problemática. Poca cosa. Tan sólo eran cinco personas. –Dijo Marsha sin darle mayor importancia. Si así era, no se preocupó más, ella no tenía la costumbre de mentir ni de ocultar nada.

–No está mal. Confío en que nadie resultara herido.

–Puedes estar segura de que estamos todos intactos. –Sonrió Trish Aegar, la más reciente integrante del segundo escuadrón.

Dentro de su remolino de ideas y pensamientos dejó un pequeño espacio para sentir alivio por esa noticia. Conocía de la destreza de sus soldados, pero no dejaban de ser vulnerables y mortales.

–Eso no podría decirse de ti, coronel. –Puntuó Marsha. –¿Ha ocurrido algo de lo que debamos preocuparnos?

Agatha suspiró agotada por la situación. Tantos años en la OLM y aún no se había acostumbrado a ver tanto su luz como su oscuridad. Al igual que concedían la libertad y la vida a millones de personas, debían arrebatársela a otros para lograr ese fin.

–Debéis preparaos bien para los próximos tiempos.

– ¿Prepararnos? ¿Para qué? –Preguntó Jeremiah Gamerk, la pareja oficial de Marsha. Era un hombre atento, y preocupado, con grandes aptitudes en combate.

–Para la guerra.

Capítulo 7

CAPÍTULO 2. EPISODIO 1. YEARUK

La libertad última, es la libertad del alma. ¿Puede un alma ser totalmente libre en un cuerpo y una mente enferma? ¿Es la muerte la manera de alcanzar tan anhelado objetivo? No, la muerte no es más que una transición más rápida. La libertad del alma puede lograrse con la tranquilidad del espíritu, y con la serenidad de nuestro entorno.

Qu Pegoler (¿? -22). Lingüista, y posible creador del Shandor.

El despertar alcanzó a Allen con las primeras luces del alba. La dulce y apacible melodía del despertador inundaba la estancia, volviendo el momento más desagradable del día en el más tranquilo y relajante... al menos si no se tardaba demasiado en levantar. El sonido fue acrecentándose con cada segundo que pasaba, ya que el sensor del despertador detectaba que aún no se había despertado.

La noche anterior, y con motivo de celebración por su desastrosa gestión en Moyak, los soldados del tercer escuadrón decidieron organizar una fiesta en uno de los bares más céntricos de Yearuk, la cual perduró hasta altas horas de la madrugada.

Consiguió agarrar el despertador, el cual tenía la función y la habilidad de esquivar a su dueño, para que de esta forma éste se viera obligado a ponerse en movimiento cuanto antes. Encendió la pantalla apretando la superficie táctil, y pudo ver las ecuaciones matemáticas que le ayudarían a apagarlo. Era un invento fastidioso, pero ayudaba a que no se volviese a dormir, y a que mantuviera la mente despierta desde el primer momento.

Se trataba de un despertador solar, creado hacía más de cincuenta años, y cuya evolución tecnológica había sido cuanto menos cruel con sus propietarios. Contaba con una diminuta batería sensorial que recibía la energía de manera inalámbrica, de tal manera que ese maldito y retorcido aparato jamás se apagaba.

La transmisión de energía inalámbrica era uno de los mayores inventos de la época actual. Fue creada hacía siglos, pero no se desarrolló realmente hasta hacía unas décadas, logrando de esa manera que los ciudadanos se

olvidasen de las anticuadas baterías y de su carga.

Se levantó, y con poco ánimo y un gran dolor de cabeza, comenzó a hacer sus ejercicios diarios. Como soldado de élite no podía permitirse abandonarlos ni un solo día, en todo caso tenía que hacer más y más por día, pero había decidido dejar ese número de forma fija.

–Tiempo. –Preguntó Allen a la oscuridad de la habitación mientras hacía flexiones

Unas letras rojas surgieron en la pared como si de una pantalla se tratara. El color era perfecto para leer en la oscuridad sin que le molestase la vista.

–El tiempo de hoy es soleado con pequeñas nubosidades. La posibilidad de precipitaciones es de un 10%. –Le comunicó una voz mecánica desde unos altavoces instalados en diversas secciones de la habitación, de tal manera que daba la sensación de que esa voz provenía de todas partes y a la vez de ninguna. –La temperatura asciende a los 24ºC de máxima, siendo la mínima de 11ºC. La hora a la que se producirá la máxima será a las doce horas y cuarenta y cinco minutos, mientras que la mínima se producirá a las veintitrés horas y treinta y ocho minutos. Nivel de humedad del 48%. No hay necesidad de paraguas.

El mayor y más beneficioso legado en el ámbito tecnológico que dejaría la OLM al mundo sería ese, las habitaciones inteligentes. Una vez alguien se proclamaba dueño de dicha habitación, ésta le obedecía en todo, cuando su propietario quisiera. Convertía su propia residencia en un sirviente fiel hasta que esa persona se viera obligada a marcharse de allí por cualquier motivo.

Las familias más pudientes de Yearuk y de los Estados Miembros habían aceptado de tan buen grado estas habitaciones, que incluso habían llegado, a instalarlas en todas las habitaciones de sus residencias. Por supuesto, al ser la OLM la dueña de las patentes, tenía la potestad de incorporarlas y cobrar por ello. El dinero que se movía con la tecnología que la OLM inventaba, llegaba a cantidades astronómicas, incomprensibles para una mente como la de Allen.

–Chequeo médico. –Ordenó Allen extendiendo los brazos a los lados en forma de cruz. Como estaba tratando con una máquina que no había sido programada con personalidad, no tenía la obligación de tratarla de otra manera más que como un siervo. Ese era el único motivo por el que él consideraba que se podía tratar a otro con inferioridad: Si la persona con la que hablaba era una máquina. Recientemente habían sido lanzadas al mercado nuevas habitaciones personalizables a las que se podía dotar de voces más humanas y una personalidad con aprendizaje progresivo. Pero en su opinión, cuanto más difiriera una máquina de un humano mucho

mejor. Humanizar las máquinas lo único que lograría sería provocar los mismos errores y problemas que provocaron los hombres del pasado.

Unos haces de luz salieron de distintas partes de la habitación, y reconocieron a Allen desde distintas perspectivas. El chequeo que la habitación realizaba era muy simple y en muchos sentidos era incompleto e inexacto. Los resultados eran puramente orientativos, y para completarlos, debía ir al pabellón médico de las oficinas del piso setenta.

–Temperatura corporal de 35,9ºC. Heridas o fracturas: inexistentes. Peso aproximado: 70,9 kilogramos. Altura: 183 centímetros. Índice de masa corporal: normal. Nivel de grasa corporal: 10%. Irritación ocular. Descanso incompleto. –La habitación inteligente pasó a darle datos más específicos acerca de su cuerpo y la forma en la que podría mejorar esos puntos flacos. –Estado general: Satisfactorio.

Allen sonrió. Él conocía esos resultados, ya que los preguntaba cada día, pero era una buena manera de ver que continuaba igual, o que cada vez estaba mejor. Pensó en la primera vez que se hizo el chequeo médico. Los valores eran tan diferentes, que hasta sorprendía ver todo su progreso.

–Uniforme normal de entrenamiento. –Volvió a ordenar, y después se encerró en el aseo sin esperar a que la habitación le respondiese.

Allí se preparó a conciencia. Se duchó apropiadamente, recordando lo mal que lo había pasado aquellos dos días sin el agua fría que salía de su ducha. El agua fría era lo mejor para la circulación de la sangre, por lo que tras mucho esfuerzo había acabado por acostumbrarse a ella. El agua caliente la repudiaba casi del todo, pero los días de mucho frío, siempre le había venido bien para entrar en calor.

–Radio. –Pidió mientras estaba dentro del aseo.

La radio se encendió, y pudo escuchar las noticias recientes de la mañana. Como cabía esperar, la gran expectación del mundo moderno, y en especial de los habitantes de Yearuk, era conocer cuál sería la respuesta de la OLM respecto al ataque realizado por Moyak. Como de costumbre, los tertulianos discutían acerca de lo que estaba bien y lo que estaba mal de la OLM. Lo típico. Comprendía que los métodos de la OLM no fueran del gusto de todos, pero con tanta insistencia casi pareciera que no estaban de acuerdo con los resultados obtenidos.

Los métodos de la Organización eran violentos, pero los resultados que había logrado en los últimos cincuenta años eran innegables. El crimen había descendido radicalmente en prácticamente todo el mundo. En lugares como Yearuk prácticamente se había extinguido todo acto violento, convirtiéndose la diplomacia en el primer recurso empleado por

cualquiera.

Por supuesto, los problemas siempre han existido y siempre existirán, pero la OLM en colaboración con los Guardias del Orden de la ciudad, procuraban que éstos se redujesen lo máximo posible.

Terminó de ducharse, y salió al rellano del servicio. En el espejo, dibujado en el vapor, aparecía la hora, junto a la temperatura y el nivel de humedad de la estancia. Tal y como pidió anteriormente, la ropa estaba allí preparada sobre una silla, perfectamente colocada y planchada.

Se vistió tomándose su tiempo. Tras la misión del día anterior, le concedieron la próxima semana libre. Era la primera semana libre que tenía en mucho tiempo, y no tenía ni la más remota idea de cómo la iba a aprovechar.

El día anterior había pensado en subir a ver a su padre a los laboratorios, pero había descubierto gracias a las recepcionistas del vestíbulo, que había tenido que salir una vez más a otro congreso en diferentes universidades de Smireas. Su fama de célebre científico le habían convertido en el centro de atención de todas las instituciones académicas del mundo.

Decidió abandonar esa idea de la cabeza, y decidió bajar al comedor para desayunar. La noche anterior había comido como nunca, una reacción bastante imitada por el resto del escuadrón. En todos los viajes a Moyak habían pasado hambre y penurias, y siempre que regresaban a Yearuk era para satisfacer las necesidades que no habían logrado cubrir esos días.

El comedor se encontraba en la planta doce, por lo que decidió coger un ascensor público para poder bajar hasta allí. Podría usar otros más exclusivos, pero no tenía necesidad ni prisa como para usarlos, por lo que decidió usar esa opción.

En el interior se encontró a otras cuatro personas del ejército raso. Ninguna llevaba el escudo conmemorativo de un escuadrón de élite, en su lugar llevaban medallas o estrellas que marcaban su rango militar.

Les saludó con un ademán, y en cuanto llegó el ascensor a su destino salió el primero de allí con la misma despedida. No conocía sus nombres ni nada de ellos, por lo que no tenía por qué darles conversación. Eso era otro aspecto que le diferenciaba de Daryl. Él era capaz de entablar conversación con cualquiera, lo conociera o no. Aunque lo cierto era que los escuadrones de élite pocas veces tenían relación con el ejército ordinario.

El comedor general de la sede central de la OLM era una inmensa sala que ocupaba toda la planta, encontrándose las cocinas en el piso

inmediatamente inferior. La comida se transportaba en unos montacargas que eran colocados por unos camareros en unas grandes bandejas, convirtiendo el comedor en un autoservicio para los hambrientos soldados.

Se decidió que tanto el comedor como la cocina estuviesen separados para que de esa manera se pudiera lograr alimentar a todos los soldados de la OLM. En aquella planta entraban cerca de mil soldados, y los asientos iban rotando cada poco tiempo.

Las comidas con contenido graso estaban eliminadas, y en su lugar se encontraban alimentos ricos en nutrientes y vitaminas para mantener intacta la salud de los soldados.

Allen cogió una bandeja azul de un estante, y pasó junto a los recipientes llenos de comida. Con unas tenazas agarró algunas verduras y frutas: zanahorias, manzanas, plátanos, cereales… lo que le apeteciese en ese momento. Para beber escogió un zumo de naranja natural que extrajo de una máquina, y un vaso de leche.

Comenzó a seguir esa forma de vida hacía diez años, cuando ingresó en la academia de la OLM con dieciséis años, edad mínima para enrolarse en la organización. Desde entonces no había vuelto a tomar ninguno de los productos o alimentos catalogados por los entrenadores como prohibidos.

Daryl le hizo una señal con la mano y él se acercó para sentarse a su lado. La mesa en la que se encontraba estaba llena de soldados del tercer escuadrón. Los cinco escuadrones de élite siempre se colocaban en filas de largas mesas, encontrándose apartados del resto de soldados debido a su jerarquía en la organización.

–Dichosos sean los ojos. –Daryl sonrió. Tenía buena cara para haber estado toda la noche en vela. Se notaba que estaba acostumbrado. –Creíamos que la bella durmiente no se levantaría hoy.

Los soldados que les rodeaban estallaron en carcajadas. Al principio esa clase de comentarios le habían molestado, pero al ver que las pullas se las hacían los unos a los otros con sentido del humor, él acabó contagiándose de esa manía.

–La dulce dama de la ducha me llamaba… –Sonrió mordiendo una zanahoria.

–Cualquiera diría que nos estas llamando guarros. –Connor rio con una pronunciada carcajada que no muchos siguieron. Tenía el brazo derecho escayolado, pero en un par de días estaría como nuevo. La medicina moderna había sido capaz de reparar las roturas de huesos y ligamentos

con gran facilidad y en un corto periodo de tiempo.

–Él quizás no, pero… aquí apesta. Las duchas son sanas, ¿sabéis? –Volvió a bromear Daryl, atrayendo las risas de casi todos. Aunque sus bromas no tuviesen demasiada gracia, lo decía con un tono de voz que convertía cualquier bobada en un gran chiste.

Por la puerta del comedor pasaron dos personas que le llamaron la atención y que le hicieron perder el hilo de la conversación. Marsha Evans y Jeremiah Gamerk, dos de los soldados más llamativos y característicos del segundo escuadrón. Llevaban con orgullo en sus hombros los símbolos de su equipo, un ciervo en pose de ataque sobre un rombo rojo. Al menos su símbolo tenía algo de sentido, Allen aún no comprendía porque el del equipo azul era un delfín.

Tras ellos a pocos pasos entró una de las mujeres más poderosas e influyentes de la OLM. Sus medallas y condecoraciones habían sido sustituidas por una simple chaqueta de entrenamiento en la que se vislumbraban las estrellas y signos que la distinguían del resto de soldados normales. Su cabello pelirrojo se sacudía en su espalda como si fueran cascadas de fuego. El coronel del segundo escuadrón se acercó hacia su mesa correspondiente, y entabló conversación amigablemente con sus compañeros.

Por su puesto de oficial no tenía la obligación de comer allí junto al resto, sino que tenía un comedor propio en el piso superior, o si lo prefería, en su propia habitación. Pese a ello, cada cierto tiempo bajaba, y hablaba con los soldados del lugar. Pocas veces se la veía comiendo, pero cuando lo hacía se escuchaban las carcajadas de la mujer hasta en su mesa. Cuando estaba con sus subordinados era una persona totalmente diferente a la que se encontraba por los pasillos, la cual siempre iba con la cabeza bien alta y dando órdenes.

Sin saber porqué, la miró fijamente, buscando sus ojos castaños, que pese a ser comunes, irradiaban una luz y un brillo que pocas veces había visto en ninguna otra persona. Sintió que el tiempo se paralizó cuando sin preverlo, Agatha Breifas cruzó la mirada con él. Fue un momento intenso en el que ni uno ni otro quiso romper ese vínculo.

Durante su infancia ambos fueron amigos, pero esa amistad se enfrió una vez que ella ingresó en el ejército de la OLM. Agatha tenía seis años más que él, por lo que cuando él se alistó ella ya se había posicionado como una de las favoritas entre los exámenes para los escuadrones de élite. Desde entonces ellos apenas habían hablado salvo para decirse algunas palabras de cortesía. La amistad que les unió se había deteriorado con el tiempo, y ahora que ella era una oficial de los escuadrones de élite una

amistad con ella era casi inalcanzable.

Le dieron un codazo, y regresó al mundo real. Daryl se reía por una broma que acababan de hacer y que él se había perdido, por lo que simplemente sonrió como un idiota sin saber a qué venían tantas risas. A juzgar por todas las caras, debía haber sido la broma del año.

Volvió a mirar a Agatha, pero ella también había vuelto al mundo real. Hablaba amigablemente con algunos de sus subordinados, los cuales lejos de serlo, parecían amigos.

Terminó su desayuno sin decir mucho más. Al fin habían dejado de bromear y habían empezado a hablar sobre asuntos de mayor importancia. Allen se veía sin fuerzas, así que simplemente escuchó mientras los demás hablaban.

La mayor preocupación que había en ese instante era la decisión que iba a tomar el Comité de Consejos con respecto a Moyak. Para evitar que el Consejo de la sede central de la OLM tomase todas las decisiones, se había decidido crear una institución que era el del Comité de Consejos, constituido por un mínimo de cinco Consejos que eran los encargados de la toma de decisiones.

Si esas cincuenta personas decidían hacer la guerra contra aquel país, todo el ejército se encaminaría contra ellos. Algunos estaban emocionados por poder entrar en acción, mientras que otros se mostraban más cautos, y una minoría rechazaba claramente la guerra, pensando que las palabras lograrían callar al rey Yusuf, alguien que había intentado asesinarles.

No obstante, el Comité de Consejos tenía un plazo de quince días para tomar una decisión. En caso de que no se tomase, la decisión recaería de forma unilateral en la Sede Central de la OLM. Ningún otro Consejo podría impedir que se tomase esa decisión. La razón era porque uno de los mayores problemas del pasado fue la laxitud de los grandes líderes del momento. Si ellos no hubieran dudado tanto a la hora de enfrentarse a los países que iniciaron la Semilla de la Discordia, la OLM ni tan siquiera habría llegado a existir. Si los Consejos de las demás sedes se mostrasen tan cautos e impidiesen el avance de la organización el objetivo de la OLM habría fracasado.

Una mujer de cabellera rubia se detuvo ante él, haciendo que sus ojos se desplazaran hacia esa figura. Emma Ormen le hizo un gesto con un dedo para que se acercase. Era una de las pocas mujeres del escuadrón, pero no por ello una de las más débiles. Dentro de las clasificaciones se encontraba por delante de él en bastantes aptitudes, situándose en la clasificación general tres puestos por encima.

Él se puso en pie con la bandeja en las manos, y notó como Daryl le seguía con la mirada repartiéndose entre ambos como un ave de presa. Allen se despidió, y luego dejó la bandeja en una repisa antes de acercarse a la chica, pero no sin echar un vistazo a Agatha por última vez.

Como siempre, llevaba su traje del ejército con pulcritud y de forma acorde con las normas de la organización. Era una de las pocas que lo llevaba de esa forma, ya que pese a existir unas reglas estrictas de vestimenta, a la hora de la práctica eran eludidas por casi la totalidad de los soldados sin recibir ninguna penalización por ello.

Se conocían desde que estaban en la academia de la OLM, empezando ambos el examen de ingreso a los escuadrones de élite con poco tiempo de diferencia. Él la consideraba como la hermana que nunca había tenido, y según tenía entendido para ella él era lo mismo. Su unión había llegado incluso hasta el tercer escuadrón. Pocos tenían la suerte de seguir unidos una vez ingresaban en los escuadrones, ya que mientras algunos no lograban superar los duros exámenes, otros eran asignados a escuadrones distintos. El mejor ejemplo era el de los primos Becker, Tiffano y Mikenzo, los cuales, con tres años de diferencia, también se hallaban en dos escuadrones diferentes.

Nadie sabía exactamente porque Mikenzo se encontraba en el segundo escuadrón, ya que nadie sabía cómo se podía llegar a ingresar en el mismo. Mientras que los tres últimos escuadrones recibían soldados de forma aleatoria o en función de sus aptitudes, los dos primeros eran distintos, ya que en esos casos sus respectivos coroneles elegían a los candidatos. En el caso del primer escuadrón era fácil de delimitar, ya que en él siempre entraban los mejores soldados de élite, es decir, aquellos que se encontraban los primeros en las clasificaciones. Era doloroso admitirlo, pero ellos eran la élite de la élite.

–Ya era hora. –Replicó la muchacha a modo de saludo. Allen sonrió, y la siguió por el pasillo hacia los ascensores. Aunque tenía pocos días libres solían disfrutarlo juntos.

–Estabas ahí, ya sabes cómo es Daryl cuando se le suelta la lengua.

–Si… ya lo sé. –Respondió ella mudando el rostro y volviéndose más seria.

No era la primera vez que Allen observaba como ella torcía el gesto cuando el tema de conversación era Daryl. Ignoraba cual pudiera ser el problema que tenían ambos, pero como no creyó que le afectase personalmente decidió no preguntar

– ¿A dónde te gustaría ir hoy? ¿A dónde siempre? –Preguntó Allen mientras esperaban a que el ascensor terminase de bajar de los pisos superiores.

– ¿Habías pensado algún sitio especial?

–Para nada. Lo decía por si eras tú la que quería hacer algo diferente.

–Qué va. –Sonrió y entró en el ascensor cuando éste llegó al piso.

Pulsó el botón del vestíbulo y esperó a que la puerta se cerrase. Sobre el panel de botones pudo ver una franja de luz violeta que brillaba con intensidad. Según el sistema protocolario de la OLM, ese color significaba que el Comité de Consejos se encontraba en un estado de diálogo y negociación. Dependiendo del cambio de color sabrían si se iniciaba la guerra contra Moyak o no.

Si en poco tiempo aparecía una luz azulada, entonces la guerra se suspendería, mientras que si era de color verde seguiría adelante. Desde la salida de la luz verde hasta el inicio auténtico de la guerra se daba un periodo de dos semanas, en las cuales los soldados se preparaban mental y físicamente para lo que les esperaba. Era un periodo más que suficiente para que se despidiesen de sus familias, o para que dejaran sus asuntos en regla. Aunque las bajas por parte del ejército de la OLM nunca solían ser demasiado elevadas, siempre había soldados que caían en combate.

En cuanto la puerta del ascensor de abrió, sintió el bullicio que se respiraba en el vestíbulo. Allá donde mirase era incapaz de encontrar un solo hueco en el que no se encontrase una persona o un grupo. Periodistas, estudiantes, expertos, visitantes, solicitantes, cuerpos de seguridad, soldados, ingenieros… El vestíbulo era un hervidero del que sería difícil lograr escapar.

La OLM como la mayor organización no gubernamental del mundo, se había convertido en un centro de peregrinación para millones de personas. Debido a su alta tecnología, y al buen trato que debían ofrecer sus trabajadores, el número de curiosos había ascendido con el paso de los años. En las últimas décadas la preparación que recibían sus cadetes rivalizaba con la que recibían los egresados de las mejores universidades de Shalandar.

Se dirigieron a la puerta, o lo que aparentaba ser una puerta. Un haz de luz blanca descendía desde unos aparatos metálicos apenas visibles en la parte superior de las cristaleras hasta el suelo. Eran llamados cristales o ventanas holográficas, y eran el invento más novedoso y especial de la OLM. Fue inventado recientemente, pero era tal su utilidad que ya

prácticamente habían sido instaladas en todo el edificio.

Su función era la de una puerta, o como un método de entrada o bloqueo para cualquier persona o cosa. El control del cristal lo tenían los recepcionistas, o los encargados del ordenador central de la OLM. Mediante un medidor, eran capaces de endurecer o hacer más débil el haz de luz, envolviendo todas las partículas sólidas que se encontrasen en esa luz. En su nivel más bajo no era más que una linterna, pero en su nivel más alto podía ser más duro que una pared de acero.

Para poder aprovecharlo de una manera más eficaz, los recepcionistas tenían la obligación de mantenerlo a un nivel medio-bajo, con el cual se notase algo la resistencia de las partículas, pero se permitiese el paso de cualquier persona. Gracias a eso eran capaces de evitar la entrada de insectos, gases o precipitaciones al interior del edificio, así como evitar que el calor o el frío de la calefacción y aire acondicionado saliesen de allí.

Allen y Emma atravesaron casi a la vez el haz de luz endurecido. En el mismo instante en el que lo cruzó sintió cierta resistencia que consiguió superar sin dificultad, seguido de un cambio brusco de temperatura. El interior de la Sede siempre se encontraba a la misma temperatura, fuera invierno o verano. Como no permitían la variación de temperatura, los trabajadores y habitantes del edificio no notaban las inclemencias del tiempo atmosférico en el exterior. El edificio era totalmente ajeno a la naturaleza, ya no se encontraba en ninguna estación atmosférica, sino que había creado la suya propia.

En el exterior la imagen era muy similar a la que había en el interior del edificio. Cientos de personas paseando o disfrutando el día en la Plaza de la Liberación. Se trataba de un recinto privado de la OLM que mantenía abierto para todo el que quisiese disfrutarla. En el centro de la plaza había un gran obelisco que representaba el lugar donde comenzaba la libertad. En la parte inferior del mismo se levantó tiempo atrás una gran fuente con cuatro ángeles en cada uno de los puntos cardinales apuntando con sus flechas en esas direcciones. La OLM presumía de esa fuente, denominándolos “Los cuatro ángeles de la libertad”.

Diariamente era el punto de reunión de centenares de personas, ya fuera para pasar el tiempo, o para alimentarse con los cuantiosos puestos de comida que habían puesto las empresas con una autorización expresa de la OLM. Alrededor de la plaza se habían colocado árboles de todos los tipos, así como extensos jardines que rodeaban todas las instalaciones del edificio, convirtiendo aquella zona en el parque más grande de la ciudad.

Era uno de los pocos espacios verdes de Yearuk, ya que el resto no abarcaba poco más de unos metros. Los edificios y el pavimento habían cubierto casi toda la tierra sobre la que se levantaba Smireas. Apenas quedaba espacio para los campos de cultivo en el exterior, y los bosques

habían sido prácticamente erradicados.

Aquella era otra de las preocupaciones de la OLM. Inicialmente su ideal de libertad abarcaba únicamente a los seres humanos, tanto a los libres como a los sometidos. La protección de los derechos humanos fue su primera preocupación. No obstante, con el paso del tiempo había tenido la necesidad de aumentar sus competencias, y el significado propio de libertad. De esa manera la OLM comenzó a luchar contra la contaminación, en un proceso de liberación del gran mal que aquejaba a Shalandar. La defensa de los animales y de cualquier tipo de ser vivo también se había convertido en su prioridad más absoluta.

Era evidente la necesidad de proteger la naturaleza, ya que, con el paso de los milenios, los recursos naturales habían quedado muy mermados. Ya no existían los extensos bosques de los que se hablaba en las historias, los ríos corrían sin fuerza y por caudales artificiales. Los combustibles fósiles afortunadamente habían sido abandonados, pero fueron usados durante tanto tiempo, que ya habían producido demasiado daño.

Lo peor es que como resultado de las guerras del pasado buena parte del espacio habitable del planeta había desaparecido, o la vida era imposible. Ilkastar en Moyak era un ejemplo de la gran devastación que podían llegar a causar los humanos. No obstante, no era necesario ir tan lejos. A las afueras de la propia Yearuk, lo único que se podía encontrar era un infértil terreno donde el verde escaseaba y donde los árboles apenas tenían fuerza para crecer poco más de unos metros.

Por ello mismo, la madera se había convertido en uno de los bienes más preciados del planeta, así como uno de los más caros. Encontrar un solo objeto de madera podía valer cientos de Linver, aunque fuese el juguete de un niño. La desaparición de los bosques también trajo consigo la posterior extinción del papel, siendo utilizado por tan pocas personas que muchos ancianos ni tan siquiera habían tenido la oportunidad de verlo una vez en su vida. La tecnología había sido capaz de corregir esa situación, logrando crear papel artificial que difería ampliamente del original, aunque su uso era el mismo. Se decidió emplear el término artificial, ya que era fabricado sin usar ni una pizca de materia orgánica.

En cuanto salieron de la plaza, abandonaron el territorio de la OLM para introducirse en la ciudad de Yearuk y, por tanto, en el país de Smireas.

Era considerada la ciudad más desarrollada de Shalandar, cuna de artistas, pensadores, políticos, escritores, activistas… Se fundó hacía más de tres mil años, aunque poco más se sabía de su origen, ya que todos los datos relativos a su origen se destruyeron hacía cientos de años.

En Yearuk fue donde se decidió crear el embrión de lo que sería la futura Organización de Liberación Mundial. Posteriormente se la eligió como

lugar de residencia de la OLM por su amplio abanico cultural, y por ser un símbolo para el resto de naciones.

Era a su vez la ciudad más grande de Smireas y de Shalandar. Se extendía en un espacio de más de doscientos kilómetros, en los cuales lo único que se podía encontrar era metal, hormigón y oscuridad. Debido a la elevada altura de los edificios, no eran pocas las zonas de la ciudad que jamás recibían la luz del sol de forma directa.

Aquella era la razón por la que tiempo atrás se instauró la norma de colocar espejos en las azoteas de los edificios para reflejar la luz y que iluminase las zonas inferiores. Esa solución permitió iluminar lugares que de otra manera siempre se encontrarían en penumbra, pero tuvo como consecuencia un aumento de temperatura.

La ciudad había crecido en torno a la sede central de la OLM, de tal manera que el edificio se encontraba en el centro mismo de Yearuk. Las altas construcciones cortaban el cielo y las nubes debían cambiar su trayecto para no enturbiar su basta presencia.

La gente caminaba tranquila por las calles, algunos en compañía de humanos, y otros de máquinas. Pequeños drones perseguían a sus propietarios como si de mascotas se trataran, proporcionándoles todo aquello que sus dueños pidieran.

Los soldados de la OLM tenían prohibida la adquisición de esa clase de artefactos para evitar que se volvieran holgazanes, y dependientes de algo que no fueran ellos mismos.

No obstante, esta vez Allen pudo atisbar un cierto pesar en la población, y creía conocer la razón. En los últimos tiempos decenas de personas habían desaparecido no sólo en Smireas, sino en el resto del planeta. Los motivos de esas desapariciones eran desconocidos, y eran pocas las familias que no habían resultado afectadas.

Se aproximaron hasta una cafetería situada en una esquina de la calle. Era una de las cafeterías más antiguas de Yearuk, la cual había observado el lento pasar de la historia de esa bella ciudad. Era incluso más antigua que la OLM, aunque eso no era lo más especial, ya que muchas otras empresas habían vivido el momento de su fundación.

Lo especial que tenía aquella cafetería era su entorno, la caracterización que el dueño le había querido dar. Ya vista su fachada uno podía esperar lo que se encontraría en su interior. Su aspecto lo hacía parecer de madera con un estilo clásico que el resto de cafeterías y locales habían abandonado.

Entraron y saludaron al camarero, un alegre hombre de mediana edad llamado Alaister, bisnieto del fundador de la cafetería. Las miradas curiosas se posaron en ellos. No era muy normal ver a soldados de la OLM en el exterior de la sede haciendo vida normal, y mucho menos soldados de élite.

–Señorita Ormen, señor Reghisd. Bienvenidos nuevamente a mi local. –Alaister había salido de detrás de la barra y les recibía como si fuesen personas importantes. Tras el gran desprecio que padecieron en Moyak, Allen sintió una cascada de afecto por ese hombre, quien siempre les recibía con una sonrisa.

Personalmente Allen prefería un trato más ameno sin tantas florituras. No se sentía alguien superior que mereciese ser tratado de manera diferente al resto. Aquello sólo creaba jerarquías, y la historia había demostrado que las jerarquías eran el cáncer de la sociedad, aunque no así en el ejército o en las empresas, donde era necesario para mantener un orden.

–Alaister, siempre te hemos dicho que esperes en la barra. –Emma sonrió. Ella pensaba exactamente lo mismo que él, pero aun así el hombre siempre repetía aquella forma de saludo. Era casi una tradición para ellos tres.

–Sabéis que es imposible para mí. –El hombre sonrió y señaló en una dirección. – ¿A la mesa de siempre?

–Si, por favor.

El hombre avanzó ante ellos, guiándoles hacia su mesa como si fuese un restaurante de alta categoría. Su mesa estaba al fondo, junto a una ventana blindada. En ella el hombre había puesto un cartelito donde rezaba la palabra Reservado. Nunca habían reservado mesa allí, pero el cartel siempre estaba colocado, lo que demostraba el trato personal que el dueño les garantizaba. La mesa estaba hecha de madera artificial, y sobre ella habían sido colocados unos recipientes de salsas. Las paredes aparentaban tener vigas de madera, y en las paredes los cuadros mostraban increíbles paisajes de montañas, o pinturas en las que se representaban los bosques que ya no existían.

Ambos se sentaron en sus respectivas sillas, y esperaron a que el hombre les tomara nota. Aquello no les demoraría demasiado tiempo.

Alaister extrajo un aparato del tamaño de su mano, y pulsó un par de teclas de la pantalla táctil. A continuación, colocó el aparato a medio camino de Emma y Allen.

– ¿Qué pediréis hoy? –Preguntó el camarero.

–Lo de siempre, gracias. –Dijo Allen viendo como la pantalla del aparato se encendía con un color verde y aparecía en ella lo que pedía siempre que iba: un café solo.

Aquella era una libreta electrónica desarrollada especialmente para las tiendas y restaurantes. La máquina captaba la voz del cliente, y buscaba en unos registros subidos en internet, desde donde podía ver toda la información de esa persona. Fuesen a la cafetería que fuesen, la libreta electrónica del dueño siempre marcaría lo mismo a menos que ellos pidiesen algo diferente, en cuyo caso se guardaría en una lista de favoritos.

Emma hizo lo mismo, pero precisando en el tipo de café que quería, debido a que ella acostumbraba a cambiar cada vez que entraban en la cafetería. El hombre recogió el pedido y se marchó de allí. En vez de tomar notar personalmente podría haber utilizado algún droide para que hiciese el trabajo por él. Pero Alaister consideraba que aquellos aparatos no permitían el contacto humano que tanto deseaba para su negocio.

Él apartó la mirada del camarero, y la pasó a Emma, la cual también le observaba a él con cierta curiosidad.

– ¿Ocurre algo? –Preguntó Allen.

–No, sólo intentaba saber que te pareció estar en la primera línea de batalla. –Sonrió.

–Bueno, no estuvimos en primera línea. Es más, ni tan siquiera era una batalla. Era más bien… una escaramuza.

–Ya me entiendes. –Puso los ojos en blanco.

–No sé si la palabra emocionante es correcta… creo que mejor sería la palabra vivo. Por primera vez me han dejado participar en una misión real, no como las otras veces.

–Ya lo sé, por eso te preguntaba. –Sonrió de nuevo y le dio las gracias a Alaister que les trajo la bebida en ese instante en unas tazas de cerámica blanca.

Allen dio un sorbo sintiendo el sabor fuerte del café. No le gustaba demasiado, pero al menos le mantenía despierto, y después de esa noche, eso era lo que necesitaba.

– ¿Crees que el Comité de Consejos aceptará la guerra? –Preguntó él.

– ¿Tu qué crees que hará? –Ya volvía con sus preguntas. Emma sabía bien cómo conseguir información, por lo que siempre que Allen le preguntaba tendía a reírse un rato de él.

–Seguro que la aceptan. El pueblo de Moyak está sufriendo demasiado por culpa del rey Yusuf. Son un claro ejemplo de país al que hay que liberar. Otros países en mejores situaciones han sido objetivo de la OLM. Además de eso, nos atacaron a nosotros, los representantes de la OLM, y del Tratado de la Liberación. No hay forma más clara de demostrar tu inconformidad con la idea de dejar ir a un pueblo subyugado.

–Tienes razón en algunas cosas, pero te equivocas en otras. –Respondió ella dando un sorbo a su capuchino, dejándole una línea de nata en los labios. –Moyak antaño fue un país muy rico y próspero. Pero como habrás visto, ahora no tienen dinero ni para reparar la mansión del rey.

–Eso ya lo sé, Emma. ¿A dónde quieres llegar?

–Quiero llegar a que ese dinero que tuvieron tiene que estar ahora en algún sitio. –Alzó una ceja. –Es evidente que el pueblo no lo tiene, y Yusuf tampoco. ¿Entonces quién lo tiene? Y si realmente lo tiene Yusuf, ¿Qué es tan importante como para invertirlo en eso y no en su propio bienestar?

Allen dio otro sorbo mientras reflexionaba acerca de las palabras de su amiga. No se equivocaba, había algo extraño en las acciones del rey, algo en lo que él también se había percatado. Era cierto que tanto él como la reina vestían elegantes ropajes, pero distaban bastante de ser nuevos. Los habían mantenido limpios, pero había pasado un tiempo desde que lo adquirieron. A su vez, residían en una mansión que con lo cuidados adecuado podría brillar, pero en su lugar casi parecía estar en estado de ruina.

– Imagino que tú sabes a donde ha ido ese dinero, ¿me equivoco? –Sonrió.

–Existen teorías, no lo niego. Pero algunas son preocupantes, y tienen ciertas bases. ¿Recuerdas cuáles son los estudios prohibidos de la historia? Hay indicios de que el rey Yusuf ha podido estar gastando ese dinero en uno de esos estudios. Concretamente en la energía nuclear.

– ¿Nuclear? –Bajó la voz hasta convertirla en un susurro. No era conveniente que nadie les escuchase hablar sobre un tema tan delicado como ese. –Esa acusación es muy grave. Si fuera cierto, Yusuf no estaría contradiciendo el Tratado de la Liberación, estaría contradiciendo incluso

las Leyes de la Humanidad creadas tras las antiguas guerras.

–Por eso es por lo que pongo en duda que el Comité de Consejos acepte esa guerra. El armamento nuclear es demasiado destructivo. Enfrentarse a eso es un riesgo que dudo que quieran asumir.

Allen no quería ni pensar lo que el rey Yusuf pudiera hacer con algo tan peligroso como una bomba nuclear. En el pasado se sucedieron infinidad de guerras en las que los países enemigos utilizaron para obtener el éxito, armamento nuclear. Las victorias se sucedieron una tras otras gracias a esas armas, pero las consecuencias de su uso eran evidentes. Tierra yerma para siempre, radioactividad, contaminación, y muerte.

Un milenio atrás se firmaron las Leyes de la humanidad, a través de las cuales se prohibía el uso de esas armas, o el simple estudio de la energía nuclear. La firma de esas leyes fue exigida a todos los países sin excepción, incluido el reino de Moyak. Para solucionar los problemas de unas leyes tan antiguas, el Tratado de la Liberación volvió a incluir en sus cláusulas los preceptos aparecidos en esas leyes, para permitir que su vigencia continuase.

Su firma no era obligatoria, pero sí su cumplimiento para cualquier país, incluso para el que no firmase. Su incumplimiento era convertirse a ojos de todos los países en un enemigo.

En la antigüedad la energía nuclear había sido un gran apoyo para la civilización. Los humanos habían sabido aprovechar su energía al máximo, produciendo electricidad a raudales, sin tener en cuenta el riesgo de esos métodos. Por ello, y tras la firma de las leyes, comenzó un desarrollo de las energías renovables como nunca se había visto.

Las energías limpias como la solar, eólica y geotérmica se habían impuesto sobre las otras. El método y el estudio de estas energías y de sus formas de obtención se refinaron hasta unos límites que incluso rebasaron a los de la energía nuclear, cosa imposible si no se hubiese desechado ésta, mucho más perjudicial.

La OLM tras su fundación se sumó a esta honorable causa, y quiso poner su grano de arena en la recuperación planetaria. Para ello invirtió grandes sumas de dinero en la construcción de gigantescas placas solares del tamaño de ciudades. Posteriormente éstas fueron lanzadas al espacio, donde se unieron a la órbita de Shalandar. Con sensores inteligentes perseguían siempre la posición del sol, de tal manera que fuera el momento día que fuera, siempre se producía una obtención de energía continua. Con un sistema de transmisión de energía inalámbrica, eran capaces de transmitir toda la energía acumulada a las plantas eléctricas.

En el caso de la energía eólica, se encargaron de construir los aerogeneradores en lo alto de las montañas, y en las tierras del norte, donde los vientos soplaban con más violencia, y de esa manera podían ser de mayor utilidad. La OLM logró triunfar en este ámbito logrando reducir el tamaño de los aerogeneradores hasta el metro de altura, y logrando captar el triple de energía.

Pero el mayor triunfo de la OLM en el campo de la energía renovable no fue ninguno de esos dos prodigios, sino el desarrollo de su propia forma de generar energía. Los científicos de la OLM lograron crear una especie de sensor capaz de detectar la fuerza gravitatoria del planeta. Este artefacto, acoplado a un satélite lograba mover las turbinas generadoras de electricidad a tal velocidad, que tan sólo un satélite era capaz de abastecer las necesidades de al menos tres ciudades del tamaño de Marupuk.

–Si la OLM declarase la guerra a Moyak sin tener en cuenta las consecuencias de esa declaración, podría ser fatal para nosotros. Moyak podría verse amenazado y lanzar una bomba nuclear sobre Yearuk. ¿Entiendes lo peligroso que es?

–Perfectamente, pero… si la OLM no declarase la guerra a Moyak, seguirá siendo un grave riesgo para nosotros. La OLM puede atacar en cualquier momento al igual que ellos. –Repuso Allen intentando tranquilizarse por el nerviosismo que comenzaba a echar raíces en su estómago

–De eso nada. –Aseguró ella con sinceridad. –Desde que la OLM declara una guerra hasta que ésta se produce hay un plazo de dos semanas. Siempre ha sido así, y siempre lo será, ya que tenemos un código de honor. Yusuf por el contrario carece de tal código, si quiere mandar una bomba nuclear, mañana mismo podríamos estar saltando por los aires.

Allen agradeció haberse acabado ya el café, ya que por culpa de lo que le había dicho Emma, se le había cerrado el estómago totalmente. Hasta unos minutos antes había estado preocupado simplemente en lo que haría ese día. Ahora sus preocupaciones eran mucho mayores.

No dijeron mucho más antes de levantarse y dirigirse a la puerta. Allen no dejaba de pensar en los peligros a los que estaban expuestos cada segundo que pasaba. El riesgo ya no estaba en ir a Moyak a luchar y morir en el intento, sino que podía morir en cualquier instante si los rumores eran ciertos, y a la mente enferma de Yusuf se le ocurría lanzar una bomba en aquella ciudad.

–Allen, no tienes que preocuparte. –Comentó Emma que parecía bastante tranquila mientras caminaban por la calle. –Hay sensores por toda la ciudad, cualquier objeto volador que la sobrevuele sin autorización expresa será neutralizado. Siento si te puse nervioso, pero quería

convencerte de tu error.

–Y lo has hecho. –Sonrió vagamente intentando disimular su preocupación. También había pensado en los sensores, pero no estaba seguro de que como actuarían los neutralizadores contra un transporte con armamento nuclear.

La neutralización consistía en dañar los motores de los objetos voladores utilizando para ello ondas electromagnéticas. El daño era mínimo, pero suficiente como para hacer caer el objeto en cuestión. Los medios de defensa impedían que éste se estrellara contra la ciudad, por lo que Yearuk jamás se encontraba en peligro.

Un revuelo cercano hizo que guardasen silencio durante lo que les restaba de camino. La Plaza de la Liberación albergaba a miles de personas que se habían reunido allí por algún motivo desconocido. Emma le dirigió a Allen una mirada de advertencia y emprendió una rápida carrera hacia el interior del edificio.

Aprovechando su uniforme, y su categoría de soldados de élite, lograron hacerse paso entre los transeúntes, los curiosos, periodistas y demás. No recibieron pocas veces una larga mirada de soslayo, pero no les importó. El hecho de que se aglutinase tanta gente significaba que algo había ocurrido en la Sede Central.

La ventana holográfica había sido cerrada casi por completo, pero en cuanto llegaron allí, los sensores reconocieron los uniformes, y se abrió, permitiendo el paso de ambos soldados que fueron empujados inmediatamente por los periodistas que preguntaban ansiosos a sus espaldas, intentando ser los primeros en conseguir la primicia de lo que fuera que estaba ocurriendo allí dentro.

La ventana se endureció tras ellos, y continuaron el trayecto quitándose de encima a todos los que se habían quedado encerrados sin motivo en aquel vestíbulo, llenos de preguntas.

– ¡Allen, mira! –Exclamó Emma señalando en una dirección.

Los sensores que se encontraban encima de la recepción brillaban con una leve intensidad verdosa. Un escalofrío recorrió el espinazo de Allen esperándose lo peor. Aquella mañana había estado de color violeta. Que hubiese salido un color verde significaba que el Comité de Consejos había terminado de deliberar, y que habían aceptado la guerra.

–Esto es malo. –Corrió hacia el ascensor seguido de cerca por Emma que parecía igual de sorprendida que él. Era la primera vez que el Comité se pronunciaba tan rápido sobre una guerra, y mucho más cuando se

estaban jugando tanto como era en aquella ocasión.

– ¿Qué deben estar pensando? Dudo que sea tan sencillo aceptar una guerra. Está claro que los consejeros no han barajado todas las posibilidades. –Despotricaba Emma mientras el ascensor subía hasta la planta veintidós, donde se hallaba la sala de conferencias del tercer escuadrón.

–O quizás han preferido no dar pábulo a los rumores.

–Son sospechas, no rumores. Hay pruebas sólidas de que Yusuf investiga la energía nuclear. –Golpeó la pared del ascensor con un puño. –¿Cómo pueden lanzarnos a una guerra de esta forma?

Allen fue incapaz de responder. En su lugar observó la delgada línea que recorría el ascensor. Había cambiado a un color verde brillante. Era curioso que el color más tranquilizador del espectro visible, fuese el que peores noticias acarreaba.

Los segundos que tardó el ascensor en subir hasta la planta veintidós se le hicieron eternos. Emma no dejaba de balbucear y buscar explicaciones que se resistían a aparecer. La frustración por carecer de respuestas estaba por encima de sus nervios. En cuanto la puerta se abrió no perdieron un instante, salieron de la cabina y corrieron hacia la sala de conferencias del tercer escuadrón.

En el interior de la sala encontraron a menos soldados de los que había imaginado en un primer momento. Sin contarles a ellos debía haber unos nueve soldados de élite, todos eclipsados por la presencia del coronel Lance, el cual les observaba amenazadoramente por el hecho de haber llegado tarde.

Allen se separó de Emma, y se acercó a su asiento enumerado. Aquella era la colocación oficial de cada miembro del escuadrón, coincidente con el número de su habitación, y con su posición a la hora de formar. A su izquierda y derecha no había nadie, pero a pocos asientos se encontraba Tiffano, atento a las palabras que había estado diciendo Lance hasta momentos antes de su llegada.

Comprendía que en una situación de crisis como era aquella Lance se mostrase furioso o contrariado por la poca asistencia de sus hombres, pero no era algo que pudiera echarles en cara. El propio Consejo Central había decidido otorgarles un tiempo de descanso, era lógico que muchos estuviesen lejos de la Sede. Nadie se habría esperado que el Comité de Consejos resolviese acerca de la guerra en tan poco tiempo.

–Ahora que os habéis dignado a aparecer, volveré a empezar. –Replicó Lance mientras otros dos soldados entraban en la sala y se colocaban en

sus respectivos lugares. Daryl no estaba entre los trece miembros del escuadrón presentes en ese momento, aunque eso no era nada nuevo en él. –Como todos habréis podido comprobar gracias a los sensores del edificio, el Comité ya ha tomado su decisión con respecto a la liberación de Moyak.

–Me parece una respuesta rápida e imprudente, señor. –Contestó Reis Gold desde su tercer asiento en la primera fila. El número no significaba nada, era simplemente una identificación.

–A mí me es indiferente tu opinión, soldado Gold. –Espetó violentamente el coronel Lance. Estaba enfadado, aunque no por el comentario del soldado por lo que podía notar. –Los que deciden sobre la liberación de los países no somos nosotros, sino los consejeros. Yo no estoy aquí para cuestionar si la decisión del Comité es correcta o incorrecta, ni para escuchar vuestras quejas. Si aún tenéis quejas quizás deberíais regresar al cuerpo de cadetes y no al de soldados de élite.

–Lo siento, señor. –Reis alzó su mano hacia su corazón y luego la bajó. Su rostro estaba rojo de la vergüenza, era poco probable que volviese a hablar en lo que quedaba de reunión.

–Ignoro las razones por las que el Comité ha decidido iniciar la liberación de Moyak, y aunque las conociera no sería de vuestra incumbencia. –Liberación era un bonito eufemismo para no decir la palabra guerra o masacre. Allen siempre quería pensar en el sentido literal, pero en ocasiones eso no era así. –Pero nosotros como soldados de la OLM tenemos la obligación y el deber de hacer cumplir sus órdenes.

>>Atendiendo a los continuos rechazos e insultos que el rey Yusuf ha pronunciado contra la OLM, así como el poco respeto del mismo contra sus ciudadanos, el Comité de Consejos ha decidido declarar la guerra. –Las razones como siempre serían desconocidas, lo que Lance acababa de decir era algo que todos allí conocían, y desde luego no era suficiente para declarar una guerra.

>>El ataque será en dos semanas como bien sabéis. Se os proporcionará una alimentación especial a partir de hoy, así como un entrenamiento intensivo pero que no os canse demasiado. A su vez tendréis más tiempo libre del que tenéis normalmente. Podréis destinarlo para lo que queráis.

Lance se calló dejando flotar un silencio incomodo por la sala. ¿Para eso era aquella reunión? Todo lo que había dicho ya lo sabían, era lo típico y más común que se decía y que conocía cada cadete. Para eso no había necesidad de ir a ninguna sala de reuniones.

– ¿Alguna pregunta hasta aquí? –Preguntó Lance, pero antes de que nadie pudiese levantar la mano, siguió hablando. –Bien, pues ahora os hablaré

del asunto más espinoso. La estrategia planteada.

Un pequeño revuelo se inició entre los miembros que se habían sentado más cerca entre sí. Desde la posición donde estaba Allen como número catorce no podía hablar con nadie, pero si podía escuchar lo que decía el resto. El Consejo nunca planteaba una estrategia de batalla. Aquella sería la primera vez.

–El Consejo ha impuesto la estrategia que tenemos que seguir. En esta reunión no se os será comunicada ya que aún queda planearla a conciencia, pero si os daré los detalles iniciales y más importantes. –Lance guardó silencio y bebió algo de agua. A juzgar por sus movimientos tenía bastante prisa. –Sólo dos serán los escuadrones encargados en atacar y acabar con la vida del rey Yusuf.

¿Dos? Aquello era una locura. ¿El Consejo tenía la demente idea de que cuarenta y dos personas serían capaces de acabar con el ejército enemigo? Podían ser soldados de élite, pero no dejaban de ser humanos.

–Los encargados de acabar con la tiranía del rey Yusuf seremos el segundo y el tercer escuadrón. Por tanto, estaréis bajo las órdenes del coronel Agatha Breifas y las mías. –Tamborileó con los dedos sobre la mesa de madera. –No actuaremos en solitario en ningún momento. El Comité ha autorizado el despliegue de todos los soldados situados en la Sede Central, permitiendo el uso de cualquier tipo de arma, y dejando un reducido número de soldados encargados de la defensa de la Sede de Yearuk.

>>Nuestra misión será la de que acabar con Yusuf y sus hombres, mientras que el resto de soldados nos proveerán su ayuda a modo de cebo. Ellos atraerán al ejército enemigo alejándolo de la mansión de Yusuf. Si todo sale bien no deberíamos tener ninguna complicación a la hora de completar esta misión.

Lance guardó silencio nuevamente. Pudo adivinar por las manos levantadas que aquel era el momento de las preguntas. Y también pudo adivinar que aquel plan era en efecto lo que le tenía de mal humor.

–Dime, Grich. –Observó su reloj de muñeca y golpeó varias veces con su pie en el suelo. Tenía mucha prisa y no tenía tiempo para preguntas de ningún tipo.

–Disculpe mi insolencia, coronel, pero… ¿Qué clase de plan es ese? Nos expondremos ante el enemigo. ¿Y si la mayor parte del ejército se mantiene cerca de la mansión? No tendremos forma de alcanzar al rey.

Ahí tenía una buena pregunta y que en definitiva recogía la opinión del

grupo al completo.

–Soldado Reign, un militar no piensa, sólo obedece. –Le lanzó una mirada asesina. –Esa es la diferencia entre un civil y un soldado auténtico.

–Un auténtico soldado sabe cuándo lo que le ordenan es una estupidez. –Replicó Tiffano defendiendo a su compañero, con el mismo tono que había mostrado el coronel. Indisciplina pura y dura, aquello era un motivo más que evidente de insubordinación y por tanto de expulsión del escuadrón. –Y me parece ridículo que sea el Comité, un grupo no militar el que decida estas estrategias. Por muy soldados que fuesen en el pasado, el último que se retiró lleva siete años sin entrar en acción.

–Por eso los que si somos soldados tenemos que conseguir que esa ridiculez de estrategia se convierta en un éxito. –Lance sonrió enigmáticamente. Nadie podría saber lo que estaba pensando en ese momento. O quizás todo el mundo lo sabía menos él por llevar tan poco en el escuadrón, hasta que no saliesen de la sala no podría saberlo con certeza.

Tiffano calló, y el resto de manos bajaron. Al parecer el coronel tenía pensado algo, pero como siempre no lo contaría hasta que no lo hubiese planeado del todo.

–Si no tenéis nada más que decir, abandonaré la reunión. Hay otros asuntos que requieren mi atención con urgencia. –Tras eso, cogió una libreta electrónica que había dejado sobre una mesa, y se marchó de la sala sin decir nada más.

Aquel era el momento en el que la vida de Allen iba a comenzar, y eso lo sabía. Desde el momento en el que pisase suelo enemigo sería para asesinar o ser asesinado. Su entusiasmo por la guerra había decaído hasta llegar a ras del suelo. Ahora que sus ilusiones se iban a cumplir, y que no eran sólo un sueño o un anhelo, temblaba de horror.

Le habría gustado que su padre adoptivo se encontrase en el edificio. Hablar con él siempre había sido algo que le había tranquilizado, ya que, a pesar de no tener una relación normal como padre e hijo, sí que la tenían como si fuesen amigos normales. Así era como le había criado Byron, y en eso era en lo que se había convertido su relación.

Capítulo 8

Capítulo 2. Episodio 2. Los Cinco Coroneles.

Lance entró en una oscura sala situada en el extremo norte del piso veintitrés. Por suerte no había tenido que coger ningún ascensor para subir hasta allí, tener que cogerlos para cualquier movimiento llegaba a ser agotador.

La oscuridad de la sala estaba atravesada por centenares de líneas intermitentes de color blanco. Era un brillo apagado que no iluminaba ni unos centímetros más allá de esa posición. Le habría gustado, pero las normas de mantenimiento exigían que no se encendiese ninguna luz allí. El artefacto que se mantenía guardado en esa sala necesitaba de mucha potencia para funcionar, y la luz además de afectar a su rendimiento, también dificultaba su uso.

Esperó un par de minutos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y entonces pudo ver lo que le rodeaba de forma más nítida. Era una habitación totalmente vacía a excepción de una amplia mesa colocada en el centro.

El techo era alto, pudiendo ocupar perfectamente el espacio de dos pisos. Esas salas eran las únicas que tenían autorización para ser construidas de esa manera, ya que ese tamaño era imprescindible para el objeto que contenía.

Se aproximó a la mesa, y colocó ambas manos en el borde de la mesa como ya había hecho muchas otras veces. Lo bueno de hallarse en una sala exclusiva del tercer escuadrón, era que él era la única persona que había utilizado aquel artefacto. Por muy preparados que estuviesen el resto de soldados de su escuadrón, realmente ninguno tenía los conocimientos suficientes para manejar el simulador.

En una pantalla holográfica a la altura de sus ojos, apareció su nombre, y a continuación comenzó el reconocimiento de voz. Dijo su nombre, y la pantalla holográfica se encendió con una luz verde, seguidamente aparecieron las posibles opciones para realizar la simulación.

–Simulación de guerra. Continente Valtimoe. Estado Moyak. Población Marupuk. Escuadrón segundo y tercero. Cuarenta y dos personas. –Fue diciendo conforme aparecían en esa pantalla multitud de preguntas que alterarían de una u otra forma el resultado de la simulación. Algunas preguntas eran nimias, como el tiempo atmosférico actual de Moyak, pero otras como la fuerza enemiga podía ser decisiva para obtener un resultado

fiable.

El simulador era la herramienta definitiva del coronel de un escuadrón. Era utilizada evidentemente por la mayoría de oficiales de alto rango, ya que su conocimiento era un requisito esencial para poder recibir ese ascenso. Desde allí podían realizarse simulaciones de cualquier cosa, desde simulaciones de guerra, hasta de simples conversaciones, pasando por simulaciones en juegos o en competiciones.

El simulador estaba enlazado y sincronizado con el ordenador central de la OLM y, por tanto, en su interior se contenían todos los datos de la OLM, así como todos los datos sobre los soldados que pertenecían a la organización. Se introducía en las clasificaciones y en las aptitudes de cada uno, y desde allí planteaba la opción más posible, y sus distintas alternativas.

–Haz un reconocimiento con un perímetro de seis kilómetros alrededor de la ciudad y los suburbios. Tiempo atmosférico soleado. –Aquel dato era ridículo en una región semidesértica como era Moyak, pero el simulador lo exigía. –Número de enemigos estimado entre cien y doscientos. Objetivo: asesinar al rey Yusuf.

La selección de variables como el estado del terreno y de las fuentes fluviales fue innecesario, ya que el propio escáner del satélite de la OLM captó lo que necesitaba inmediatamente.

La mesa que tenía ante él se iluminó con un brillo amarillento que duró apenas unos segundos. Al degradar ese brillo en buena medida, se formó un escenario ya conocido. La luz había formado la ciudad de Marupuk al completo como si de una maqueta se tratara. La diferencia con una maqueta, es que la simulación mostraba absolutamente todo. Cada piedra, cada animal, cada salida de la ciudad, cada persona deambulando por las calles. Todo se encontraba detenido como si de una fotografía se tratase.

–Guantes. –Ordenó, y acto seguido una pequeña ranura se abrió en la mesa, donde pudo apreciar unos guantes negros con piezas metálicas. Se los puso con cuidado, y a continuación se colocó unos sensores inalámbricos del tamaño de una pipa de girasol en la frente.

Aquellos sensores permitían que todo lo que pensase se transmitiese directamente a la imagen tridimensional que se había formado ante él en la mesa. Los guantes a su vez servían para utilizar la luz a su antojo, interactuando con los elementos que componían la simulación, pudiendo cambiar los objetos de lugar si así lo creía conveniente.

–Soldados. –Pidió, y ante él aparecieron cuarenta y dos fichas, veinte rojas y veinte azules, junto a otras dos verdes que representaban a los

coroneles, es decir, a Agatha y a él. Las fichas estaban marcadas con un número del uno al veinte, tal y como estaban colocados en los escuadrones a la hora de formar. Ese número también representaba al soldado en cuestión, grabándose en su código las clasificaciones del mismo. –Enemigos. –Doscientas fichas similares, pero de color marrón surgieron justo al lado de los soldados aliados.

Barrió la zona de los enemigos con la mano, y estos emitieron un leve brillo. A continuación, los situó por distintos puntos de la ciudad. Cincuenta en las murallas que protegían la ciudad, otros cincuenta por el camino hasta el objetivo, y cien protegiendo la mansión del monarca. Con una sola ojeada ya pudo advertir que necesitarían un milagro para poder desafiar a tantos soldados ellos solos.

Para empezar, colocó sus fichas a unos metros de las puertas de las murallas. Desde ahí marco la ruta que debían seguir para llegar a la mansión evitando el mayor número posible de bajas. Una vez que marcó la ruta, se encargó de depositar órdenes a cada ficha. Francotiradores, infantería y artificieros. Le dio un objetivo a cada uno, y un tiempo de actuación máximo hasta el final de la batalla con la muerte del rey.

–Inicia simulación. –Dijo cuando comprobó que todas o casi todas las variables habían sido añadidas. Desde ahí sería capaz de comprobar si sus decisiones habían sido acertadas, y si no lo eran podría cambiarlas de nuevo hasta obtener la más fiable.

En cuanto pronunció la última letra, las fichas comenzaron a moverse, pero cambiaron de forma adoptando un aspecto más humano. Corrían gracias a los efectos de la luz, y disparaban con habilidad a los soldados que hallaban en su camino.

El paso de la muralla se cobró cinco muertes, tres del equipo azul y dos del rojo. En una pantalla holográfica pudo ver a que soldados equivalía cada número, junto con una imagen tachada de cada uno. Eran los más propensos a fallecer en combate. Pese a tener unas clasificaciones altas, eran las más bajas de todos. Sin embargo, que cinco personas murieran tan pronto era una catástrofe.

Lo mejor del simulador era la inteligencia artificial. Él tan sólo tenía que programar unas decisiones básicas a sus soldados aliados, pero en cambio los enemigos tenían un comportamiento aleatorio. Se simulaba el ruido, el viento y la sangre, por tanto, si las fichas cercanas lo veían se acercarían y lucharían. Era lo más parecido a la vida real. En función de la actividad de esas fichas, sus propios soldados actuaban contra ellas, para continuar después las ordenes planteadas.

Una vez atravesaron las murallas, él había ordenado que si había algún vehículo, que lo tomaran para avanzar. Como no había ninguno, tuvieron

que ir a pie hasta la mansión del rey. Por el camino fueron emboscados por los enemigos que parecían haber sido avisados por sus compañeros de la muralla. Sus propias fichas atentas a lo que podría pasar, se dividieron en dos grupos encabezados por Lance y Agatha, y acabaron con los ejércitos de ambos lados del camino tras una dolorosa batalla que acabó con veinte aliados.

–Reiniciar. –Ordenó Lance. De nada servía continuar la simulación. Con diecisiete soldados no serían capaces de derrotar a los cien que custodiaban al rey.

Dio otras órdenes a sus soldados, y en esta ocasión se encargó de colocar varios vehículos a la puerta de la muralla. Podía tener suerte de encontrárselos cuando fuesen realmente a Moyak, y debía simular con ellos. En esta ocasión dividió al equipo azul y rojo para que comenzasen el ataque de manera separada.

El resultado fue de dos muertos en la muralla, y cinco en el camino a la mansión. Como no habían tenido que sufrir la emboscada, pudieron ir campo a través y llegar velozmente a su objetivo. En la mansión comenzaron los fuegos artificiales. Los treinta y cinco restantes lanzaron proyectiles incendiarios a la mansión y a los soldados que rodeaban el edificio. Ellos dispararon a su vez. Pudo ver como el número de aliados bajaba con rapidez. Aquella estrategia tampoco serviría, lo tenía claro.

Las fichas aliadas utilizaron el terreno para hacer que los enemigos muriesen en gran número. Lograron vencer a los cien enemigos, pero solamente con dos aliados supervivientes que según veía estaban heridos y a punto de fallecer, mientras que muchos del bando contrario eran incapaces de moverse, pero no estaban muertos.

Matar al rey fue fácil tras la derrota de su ejército, y el simulador se lo marcó. Pero eso no le valía a Lance para nada. No podía llevar a cuarenta y dos personas a seguir esa estrategia. Los dos únicos supervivientes eran los que tenían las clasificaciones más altas de ambos equipos, Daryl Bils y Marsha Evans, por tanto, Agatha y él mismo también morirían en combate.

Probó treinta combinaciones diferentes, quedándose cerca de cuatro horas en el interior de esa sala. La mejor que había encontrado hasta el momento era de veinte supervivientes, pero la había conseguido bajando el número de soldados enemigos a cien, y volviendo a repartirlos. En cinco ocasiones se había acabado la simulación al ser lanzada una bomba nuclear que arrasó toda la ciudad. La explosión ni tan siquiera cabía en la pantalla de la simulación, eso sí era impresionante.

Estaba claro, esos dos escuadrones no podrían lograr acabar la misión por ellos mismos sin bajas. La probabilidad de que casi la totalidad del grupo

muriese era de un 90%. Y la probabilidad de sobrevivir de al menos diez personas, era de un 10%. No eran unos resultados muy prometedores.

Lo dejó por el momento. No servía para nada quebrarse la cabeza todo el día. Tenía dos semanas para pensar la estrategia, y Agatha estaría a su lado junto al resto de coroneles que no querrían que esos dos escuadrones fueran abatidos.

Observó la hora de su reloj de pulsera, y comprobó que llegaba tarde. Se había entretenido demasiado en las simulaciones, y había perdido la noción del tiempo. Le esperaba una de las reuniones más importantes de esa guerra.

–Desconectar. –Ordenó Lance al simulador que se fue apagando con una disminución progresiva de la intensidad de la luz. El coronel aprovechó esa ocasión para guardar los guantes y los sensores en el cajón del cual los había sacado. Cuando todo se hubo apagado totalmente, salió de la sala del simulador, y se dirigió a la puerta del ascensor.

Apretó el botón del piso setenta, y esperó pacientemente mientras el ascensor subía. Nunca le había gustado llegar tarde, no le gustaba esperar ni hacer esperar, pero había ocasiones como esa en la que no le quedaba otra. Si pudiera dividirse para estar en varios sitios a la vez lo haría, tenía demasiado trabajo acumulado.

La planta setenta como era de esperar en un día como aquel estaba llena de oficiales de alto rango que se movían de una sala a otra, y que hablaban a voces por sus teléfonos móviles. Casi todos daban ordenes, exigían cosas, o pedían permisos, mientras que otros discutían si la decisión tomada por el Comité era la más sensata, conociendo la realidad de Moyak.

Lance ignoró a los que se acercaban para saludarle o para preguntarle por algo en concreto. Como líder de un escuadrón, era el mayor oficial en aquel momento, ya que los generales al ser jefes del ejército siempre tenían esas reuniones con el propio Consejo.

Abrió la puerta que tenía asignada, y notó como se echaba un cerrojo automático cuando la cerró a su espalda. Era un sistema de seguridad para evitar que nadie entrase o saliese hasta que el coronel del primer escuadrón, y líder de los otros cuatro coroneles no lo decidiese.

Como era de esperar por la hora que era, los cuatro ya habían ocupado su sitio en la mesa circular. Christopher Saps, el coronel del primer escuadrón le mandó una mirada penetrante que mostraba una profunda decepción. Su cabello rubio contrastaba ampliamente con el del resto de personas de la sala, exceptuando el de Agatha que era de un pelirrojo

brillante.

Se sentó en su silla, y colocó ambas manos en la mesa. Al instante un cuadrado de la misma se iluminó al reconocer sus huellas dactilares, y formó la imagen tridimensional del delfín sobre el rombo azul.

Cada símbolo brillaba frente a su respectivo coronel. Pudo apreciar la serpiente violeta del primer escuadrón, el ciervo rojo a punto de atacar del segundo, el camaleón sobre el fondo verde del cuarto, y la salamandra naranja del quinto escuadrón. Cada símbolo y animal tenía un significado que venía a representar la forma de ser de ese escuadrón. La salamandra representaba el fuego y la pasión de sus soldados; el camaleón las altas habilidades de infiltración y espionaje; el delfín la fluidez, la lealtad y la elegancia, era quizás el que menor significado tenía, pero para él era importante; el ciervo representaba su fiereza para proteger y luchar por sus objetivos, era el más significativo de todos, y por ello el favorito del ejército en general. El último era la serpiente, era un buen animal para el primer escuadrón. Mezquinos, traicioneros, escurridizos… y peligrosos. Los soldados de este escuadrón eran los que se encontraban en la cúspide de la clasificación. La mayoría de ellos eran personas normales, pero el resto, incluido su coronel si representaban esa descripción.

–Ahora que Dolnin ha decidido presentarse ante nosotros, podemos empezar. –Propuso Christopher. Era sin duda el que menos interés tenía en la reunión, pero las exigencias del Consejo le obligaban a ir o a dimitir de su puesto.

–Estuve demasiado ocupado. En dos semanas he de dirigir a cuarenta personas a una muerte segura. –Espetó Lance de mala gana. Nunca le había gustado demasiado trabajar junto a ese hombre pese a tener bastantes cosas en común.

– ¿Qué te hace pensar que será una muerte segura? –Preguntó Agatha que fruncía el ceño sin obedecer el turno de palabra impuesto en esas reuniones.

–Las últimas cuatro horas las he destinado a realizar minuciosas estrategias para obtener la victoria. En más del cincuenta por ciento de los casos lográbamos la victoria, pero a costa de casi la totalidad del equipo. Acabar con cinco o seis supervivientes no es una alternativa ni una elección.

–Qué extraño. –Susurró ella llevándose la mano a la mandíbula. –En mis simulaciones las muertes se reducían a tres o cuatro, y en la que más a diez. Obteníamos la victoria en el noventa y tres por cien de los casos.

–Imposible…

–Harías mal la simulación, Lance. –Respondió Emily Weins, líder del cuarto escuadrón. –Posee demasiadas variables, y estarías muy alterado tras enterarte de la guerra.

¿Podía ser eso posible? No, llevaba casi quince años realizando simulaciones. Comenzó incluso antes de convertirse en coronel cuando era un simple soldado en el tercer escuadrón. Que se equivocase en las simulaciones era imposible, el error debía haber sido de Agatha.

–No estamos aquí para discutir acerca de la incompetencia o no de Dolnin para realizar las simulaciones. Estamos aquí para dilucidar como se llevará a cabo la campaña. –Repuso Christopher haciendo callar a los otros cuatro.

–En primer lugar, deberíamos buscar un lugar donde instalar el campamento mientras dure el ataque. Desde allí podremos afrontar cualquier problema que pueda surgir. –Respondió Theodore Lasgen, coronel del quinto escuadrón. Tenía en contadas ocasiones ideas interesantes, pero en general era un inepto. Cualquiera de sus soldados haría mejor su labor.

–Gracias por tu intervención Theodore. ¿Puedes traerme un café? –Pidió Christopher con una sonrisa rastrera.

–Pídelo a las instalaciones. –Espetó Theodore. –No estoy aquí para traer café a nadie.

–Oh… instalaciones. ¿Te refieres a maquinaria sofisticada capaz de analizar con diversas variables cualquier problema que pudiera surgir? Si te refieres a eso, tenemos los simuladores preparados para ti, no hace falta que esperemos a la guerra para que sacies tu curiosidad. –Reprochó Saps con su lengua viperina. Disfrutaba malmetiendo y despreciando a otros. –Yo no estoy aquí para escuchar estupideces o ideas que pueden resolverse con una simulación. Os escucho Breifas, Dolnin.

Como siempre, depositó su confianza en Agatha y él. No era extraño, ya que tanto Emily como Theodore dejaban mucho que desear a la hora de analizar la situación.

–Christopher, no eres nadie para hablarme así.

–Siento haber ofendido a la criatura, pero sí, tengo todo el derecho del mundo a hablarte así. Estamos a la víspera de una cruenta guerra que podría acabar con el ejército de la OLM. –Se refería obviamente en el caso de que Moyak usara las bombas nucleares. En caso contrario la victoria sería sencilla. –Escucharte decir semejantes tonterías no hace otra cosa

más que hastiarme.

Theodore se calló con cara de pocos amigos. Odiaba esa clase de conversaciones con Christopher, y por ello tendía a dejarle ganar para no continuarlas.

–Lo primero es decidir lo que haremos con la médium. –Interrumpió Agatha para continuar con ello la reunión.

–Un momento. ¿Has dicho médium? –Preguntó sobresaltado Lance que no daba crédito a lo que la mujer acababa de decir.

–Si. ¿Ocurre algo? Formará parte del equipo que acabe con Yusuf.

– ¿Por qué no se me ha comunicado nada de esto al respecto? No tenía la menor idea de que un médium formaría parte de nuestro equipo. –Aquello cambiaba todo, absolutamente todo. Las cuatro horas que había invertido en realizar esas estrategias no habían sido otra cosa más que una absurda pérdida de tiempo. Ya veía el sentido en los resultados de Agatha.

–Lo comunicaron hace un par de horas. Debías estar ocupado. –Respondió Christopher con un deje de reproche en su voz.

–Entonces… hemos ganado la guerra. –Sonrió notando las miradas interesadas del resto de coroneles en él.

Capítulo 9

Capítulo 2. Episodio 3. La Desesperación Dorada.

Esa mañana Allen no quiso perder un solo segundo, levantándose en cuanto terminó su desayuno. Había subido de nuevo a su habitación a toda prisa, y allí recogió sus escasas pertenencias. Contaba con la bolsa de viaje que ya había llevado en su anterior viaje a Moyak, en cuyo interior además de llevar sus utensilios de aseo, también había introducido algunas cosas básicas para un soldado como era un traje informal que usaría como ropa de cama, algo de muda limpia, y por último un par de pistolas que le acompañarían en todo momento una vez entrase en el campo de combate.

Como les había ordenado Lance el día anterior, se había vestido con su traje de batalla. El traje estaba escondido bajo unas gruesas protecciones que servían como chaleco antibalas. Estaba cubierto de bolsillos donde había depositado bastantes objetos que le serían de gran utilidad. Además, las protecciones eran tan livianas que parecía que no llevaba nada encima, pero a su vez resultaban tan resistentes que tan sólo una bala de gran calibre podría atravesarlas.

Era increíble lo rápido que habían pasado las dos últimas semanas tras la decisión del Comité de Consejos de ir a la guerra. Desde ese instante todo el edificio central había comenzado su política de guerra. Entrenamiento intensivo, alimentación sana, y terapias para tranquilizar a los soldados tanto novatos como veteranos. Una mente sana era tan importante como un cuerpo sano y sino más. Un soldado en perfecto estado físico que perdiese la cabeza sería un gran peligro tanto para él como para el resto de sus compañeros.

La mayor parte del ejército había partido el día anterior para comenzar la guerra de forma independiente y alejada de la ciudad de Marupuk. Ellos servirían como especial protección para los escuadrones de élite de Lance y Agatha, ya que se encargarían de atraer el grueso del ejército enemigo.

Era un plan vago y lleno de lagunas, pero por suerte los coroneles habían tenido tiempo de sobra para preparar una estrategia más efectiva. El problema era que casi nadie conocía todavía en qué consistía el plan. Lance no había considerado que fuese importante comentar esos detalles a sus soldados.

Miró su reloj y pudo apreciar que eran casi las nueve. Tenía media hora para llegar al hangar R15, donde se reuniría con ambos equipos, y con el

as en la manga de esa misión. Un médium.

Sintió un escalofrío en la espalda cuando volvió a pensar que lucharía en combate junto a los tan aclamados médiums. Conoció de su existencia doce años atrás, pero hasta que no entró en la academia militar no pudo estudiarlos con mayor detenimiento, y desde entonces su fascinación por aquellos extraños seres había aumentado hasta llegar casi al fanatismo.

Se sabía muy poco acerca de ellos y de su origen, hecho que incrementaba el misterio. Lo único que se conocía a ciencia cierta era que tan sólo eran vistos en situaciones críticas en las que el peligro requería de una mente fría y un pensamiento analítico. Así era precisamente como se describía a los médiums, como seres con una mentalidad fría, relajada e inalterable.

El Consejo Central de Yearuk era el único que aceptaba su participación en guerras o no, ya que el número de médiums era relativamente pequeño. Ni tan siquiera se permitía que el Comité de Consejos decidiese sobre ellos, siendo una competencia exclusiva del Consejo Central. No se conocía con exactitud cuántos podían vivir, pero los rumores calculaban entre veinte y treinta, aunque como rumores que eran no había que darles ningún crédito, ya que después de todo, también existían rumores que negaban su existencia.

Lo único que se había logrado sacar en claro de los numerosos escritos promulgados sobre esas criaturas, era que allá donde fuesen los médiums, llevaban con ellos la victoria. En los cincuenta años de vivencia de la OLM tan sólo habían participado en cuatro guerras, las que se consideraban más complicadas. En todas se produjeron unas victorias aplastantes por parte del bando de la OLM, y todo gracias a la intervención de esos seres.

Nadie sabía de donde salían. Los propios autores de los libros proponían distintas hipótesis, como gases que inhalaban las madres antes de que sus hijos naciesen, o a alguna especie de droga. Nadie sabía con exactitud cómo esas personas eran capaces de tener esas habilidades. La habilidad de ver a los muertos.

Los médiums eran capaces de ver espíritus, pero no sólo eso, sino que eran capaces de controlarlos, de obligarles a hablar. Los utilizaban como fuentes fiables de información, y con ella eran capaces de tomar decisiones casi imposibles de tomar para otra persona. No se sabía cómo controlaban esa habilidad, pero fuera como fuera, les permitía ser seres omnipresentes. Espías del mundo, obligados a hablar con fantasmas de por vida, pero conociendo todo lo que ocurría a su alrededor gracias a ellos. Seres antisociales capaces de entablar complicadas conversaciones con espíritus de muertos, pero incapaces de tenerlas con humanos

cercanos.

Por ello mismo el Consejo los mantenía recluidos en la planta ciento setenta, una de las plantas más altas del edificio y a su vez de las más cercanas a las residencias del Consejo y de los altos dirigentes de los países miembros durante las grandes reuniones anuales.

Sintió algo de lástima por el cautiverio de esas personas, pero el sentimiento abandonó rápido su cuerpo. Lo que más ansiaba en ese momento era poder verlos, contemplarlos y observar como la leyenda que tantas personas negaban era real.

Salió del vestíbulo lleno de periodistas que grababan todo con sus cámaras voladoras. Eran unas esferas con un ojo de cristal que giraba siempre alrededor del reportero y captaba todo lo que decía y lo que éste quería que viese la gente.

Notó uno de esos fríos ojos de cristal grabándole fijamente, pero omitió expresar ningún gesto. Como soldado de la OLM tenía que mostrarse impasible ante las curiosidades y preguntas de los periodistas. Debía huir de ellos como fuese.

Abandonó el cristal holográfico, y giró hacia la derecha, hacía el lugar donde confluía el edificio central de la OLM con el edificio anexo que funcionaba como academia militar, lugar donde había permanecido siete años. Dos como cadete, y cinco preparándose el examen de soldado de élite. Tardó otros tres años en conseguir una plaza, realizando las mismas duras pruebas mes tras mes para demostrar que no había perdido capacidades. En los tres años restantes antes de entrar en el tercer escuadrón había sido un soldado raso, pero con un historial y una clasificación que fácilmente le podía haber hecho llegar a un rango de oficial.

En el lugar donde confluían ambos edificios, había una callejuela que cruzó hacia una gran llanura que funcionaba como campo de prácticas de los soldados de la OLM. Podía ver desde allí los circuitos de carreras y las carreras de obstáculos. Al menos una vez a la semana tenían que realizar ese circuito para poder actualizarse las clasificaciones. En las dos últimas semanas se había obviado la realización de esas pruebas debido a la dificultad de la misma y al ejercicio físico que exigían. No podían permitirse que los soldados se cansasen o lesionaran antes del combate.

Pero a él no le interesaba aquella llanura, sino las enormes puertas escondidas entre los edificios. Eran puertas de ascensores o montacargas que llevaban directamente a los hangares. Aquella era una entrada privada y restringida, por lo que tan sólo los soldados autorizados podían

pasar al interior de los hangares.

Puso su mano en la pared, y ésta se encendió con una luz verde, permitiéndole entrar en un ascensor de una plaza. Era un lugar pequeño y agobiante, utilizado para que nadie pudiese colarse ni realizar ninguna acción contra otro. Su pequeño tamaño también lo hacía más rápido y menos seguro, pero aquel era el menor de los riesgos que tenían. Las posibilidades de avería eran de un cero por ciento.

A su vez, otra razón por la que tan sólo permitían albergar a un individuo era para poder analizarlo a consciencia. Una luz rojiza le analizó en numerosas ocasiones en el tiempo que tardó en abrirse la puerta. El objetivo no era encontrar las evidentes armas que se entendía que llevaría un soldado, sino encontrar cualquier clase de explosivo, los cuales si estaban prohibidos en el hangar.

Bajó doce pisos por debajo del subsuelo hasta llegar al enorme hangar. Todo lo que se extendía en el horizonte desde su posición formaba parte del gigantesco hangar del ejército de la OLM. El techo era tan alto como al menos diez plantas, por lo que en el interior de aquel sitio había vehículos de enormes proporciones.

Enormes columnas tan gruesas como camiones nacían en el suelo y ascendían sin piedad hacia el techo. Aquellas columnas, que en apariencia eran de hormigón, poseían un interior de titanio puro, lo cual aumentaba la resistencia y la capacidad de carga de la misma.

Era incontable el número de columnas que allí podía encontrarse, pero ni una de ellas resultaba una molestia para los trabajadores y organizadores de los hangares. El objetivo de las mismas era el de sostener no sólo el techo del enorme hangar, sino también a la Sede Central de Yearuk, y a buena parte de la ciudad. Aquel lugar era a la vez que un hangar, también los cimientos del edificio. Algunos preferían llamarlos: Los Cimientos de la Libertad.

Un mapa había sido instalado a la salida del ascensor para los recién llegados. El hangar estaba dividido en veinticinco sectores, siendo utilizada cada una de las secciones para algo en concreto. Cada uno de los sectores estaba precedido por la letra “R”, que hacía referencia a Red, ya que el hangar se encontraba organizado como si de una gigantesca telaraña se tratara. El R1 era utilizado como almacén de aviones civiles y privados. Desde uno de esos viajaron a Moyak como representantes de la OLM.

La categoría de vehículos de guerra comenzaba a partir del R8, en el cual ya se podían encontrar tanques y aviones de caza de combate básicos. Los R20 a 25 estaban reservados para la experimentación de nuevos

vehículos y armas. No obstante, la sección más peligrosa era la R19.

Allí se guardaba una única arma, el Cañón Eléctrico. Se trataba de una abominable y gigantesca mole de acero y titanio utilizado en los casos de grandes crisis de la OLM. Sus usos eran aún más contados que la presencia de los médiums en la guerra. Al menos había sido utilizado dos veces en los cincuenta años de historia de la OLM, aunque también era cierto que fue inventado veinte años atrás. Siempre que se utilizaba requería de un único disparo para otorgar la victoria instantánea a la OLM.

Su disparo consistía en una onda electromagnética que lanzaba miles de esferas metálicas que funcionaban como metralla, lanzadas con la máxima fuerza de un imán. Durante las pruebas tras su invención, se comprobó que un solo disparo de ese cañón era capaz de arrasar una montaña con suma facilidad, llevándola a la inexistencia.

El Consejo no aceptaba su uso, y para asegurar que no fuese empleado el cañón en mitad del hangar, ordenó que nunca tuviese carga eléctrica para crear la onda electromagnética. Sin ella el cañón ni tan siquiera funcionaba, por lo que tan sólo era una masa de acero utilizada de adorno. Desde su posición y pese a estar a varios kilómetros de distancia se podía apreciar su increíble tamaño.

Un tren se detuvo a escasos metros de él. Era una larga serpiente de color amarilla con decenas de ventanas a los lados. Debido a la amplia extensión del hangar era necesario el uso de ese tren para poder llegar a las distintas secciones. Por ello se habían creado veinticinco trenes de alta velocidad, cada uno con un único rumbo para que no hubiera paradas innecesarias. A su vez se trataban de trenes no tripulados, funcionando gracias a complejos algoritmos matemáticos que pocas veces fallaban.

Se abrió la puerta y Allen aprovechó para subir antes de que se cerrase. Los trenes de alta velocidad no acostumbraban a esperar a que se subiesen poco más de dos o tres personas. Si no cogía ese tendría que esperar cinco minutos a que llegase el siguiente, y no se podía permitir perder más tiempo.

Una vez dentro, el tren tenía la obligación de esperar a que él se hubiese sentado adecuadamente. Se sentó en un asiento vacío, y comenzó el ritual de protección. En primer lugar, guardó su bolsa de viaje y cualquier objeto que pudiera caérsele de los bolsillos en una estrecha cabina de vacío. Posteriormente se colocó tres cinturones de seguridad, dos cruzados y uno en la cintura. En la cara se puso unas amplias gafas de color negro que le cubrían no sólo los ojos, sino también la nariz y la boca, por lo que antes que unas gafas era una máscara. Finalmente colocó las manos y los pies en unos lugares específicos y estos fueron cubiertos por una placa metálica que le mantuvo cautivo. Una vez cumplió su cometido,

una nueva cinta se fijó en torno a su frente para evitar un posible latigazo vertical en el momento de la parada.

El tren comenzó a moverse lentamente, pero en pocos segundos pudo notar que ya había alcanzado los cien kilómetros por hora gracias al medidor de velocidad que había en la parte superior del tren. Ascendía a veinte kilómetros por hora, por segundo. En poco tiempo alcanzaría la velocidad máxima de seiscientos kilómetros por hora, y le llevaría al R15.

Cuando alcanzó la velocidad máxima sintió un mareo repentino que le hizo revolverse por unos momentos. Afortunadamente sólo tuvo que esperar a que su cuerpo se acostumbrase al cambio repentino de velocidad.

El tren de máxima velocidad era otro gran invento de la OLM. Era un simple tren que viajaba por encima de railes magnéticos colocados en línea recta para evitar que el tren volcase y pudiese provocar algún daño a sus pasajeros, algo totalmente imposible gracias a las protecciones tanto fuera como dentro.

No podía mover la cabeza debido a los cierres, pero si los ojos. Vio pasar velozmente los diferentes hangares, llenos de aviones de gigantescos tamaños. Muchos de ellos estaban rodeados por decenas de soldados preparados para ir a la guerra.

El tren detuvo su avance con excesiva suavidad. La presión interna de la cabina se estabilizó lentamente, y la visión a través de la ventana se volvió cada vez más nítida. Aquello significaba que estaba a punto de llegar a su destino, siendo un alivio para él.

Resistió la tentación de mirar hacia abajo para saber la hora que marcaba su reloj, pero suponía que ya debía ser y media o casi. Si llegaba a tiempo sería por poco. Y si llegaba tarde, más le valía que Lance fuese quien se retrasase.

Una vez el tren se detuvo totalmente, los grilletes que le apresaban pies y manos se soltaron, y él pudo quitarse la máscara y los cinturones. Recogió la bolsa, la cual no se había movido del lugar donde la había dejado. Esa era la ventaja de las cabinas de vacío, mantenían los objetos inmóviles y por mucho movimiento externo que hubiere, los bienes resguardados en las cabinas jamás se movían. Lamentablemente para él, esa clase de tecnología podría llegar a ser nociva para los seres vivos, por lo que aún no se habían atrevido a introducirla en los medios de transporte habituales para pasajeros.

La puerta amarilla se abrió y aún con las piernas temblando por la excesiva presión impuesta sobre su cuerpo, logró salir de allí. En unos minutos se le pasaría, pero hasta ese momento tendría que pasar la

angustia.

Un grupo de personas se encontraba ante un enorme avión. En el R15 se albergaban los aviones de combate con los sistemas de navegación y defensa más sofisticados del mundo. Algunos incluso llegaban a la categoría de aeronaves, algo de lo que muy pocos países podían presumir. El vehículo ante el que se encontraban era precisamente una de las aeronaves más desarrolladas, capaz de evitar cualquier radar, y de pasar desapercibida incluso en el día más despejado.

Se fijó en los uniformes de los soldados situados ante ella para comprobar que se encontraba en el lugar correcto. Por el color y el emblema que pudo apreciar en algunos de ellos supo que se trataban del segundo y tercer escuadrón. Por su colocación informal supuso que los coroneles aún no habían llegado por lo que se permitió dar un resoplido de alivio. Pese a que las piernas aún le temblaban, corrió hasta el grupo.

Daryl se encontraba en el círculo exterior del gentío. Su rostro se veía pálido, pero no era el único. Casi todos los que allí estaban compartían la misma cara de susto o de pavor. En cuanto le vio llegar, sus ojos casi salieron de sus órbitas, dirigiéndose hacia él con pasos temblorosos.

–Allen, maldita sea, al fin llegas. –Dijo él con un tono de voz irritado, aunque quebradizo. Sus ojos brillaban de la emoción y miedo a partes iguales, por lo que pudo adivinar que no estaba enfadado, sino molesto por alguna razón. –Tienes que verla.

– ¿Ver a quién? –Preguntó extrañado, aunque nada más formuló la pregunta se dio cuenta de a quien se refería.

Le apartó y avanzó entre los impresionados soldados que continuaban mirando en una única dirección. Algunos que ya le conocían y sabían de su fascinación por el tema le dejaron pasar, mientras que otros del segundo escuadrón le dirigieron malas caras por tener que apartarse ante él.

Se le pusieron los ojos como platos cuando la vio allí de pie frente a los escuadrones. De nuevo sintió el cosquilleo que había sentido durante los años que había estado estudiando acerca de ellos. La leyenda acababa de cobrar vida ante él y el resto de soldados. Podía tachar aquel sueño de su lista de cosas pendientes.

La observó fascinado, primero por haberse cumplido un objetivo que llevaba años deseando, y segundo porque jamás se habría imaginado que un médium tendría un aspecto semejante.

El médium, en contra de lo que se había esperado, se trataba de una mujer. Su cabello era negro como el carbón, y su piel blanca como la

nieve. Parecía provenir de los países del norte, sobre todo por sus rasgos faciales, afilados y estilizados. Sus orejas eran pequeñas, y las cejas eran estrechas y recortadas. La nariz era ligeramente curva, pero en nada afeaba su rostro.

Lo que más destacaba de ella no era su cabello, sino su rostro. Unas finas líneas negras caían desde sus parpados hasta la mandíbula. Eran rectas como si las hubiesen dibujado allí con una regla y un lápiz. Pero lo más impactante eran sus ojos. Unos grandes y brillantes ojos amarillos. La esclerótica era inexistente, ya que su iris de color ámbar había crecido hasta cubrirlo por completo. La pupila, que parecía más grande que una normal, era un diminuto punto en la inmensidad de aquel amarillo que parecía que refulgía y se movía con vida propia.

Nunca se había imaginado a los médiums físicamente de esa manera. Se los imaginaba como personas normales, pero con dones especiales, para nada se los había imaginado tan diferentes físicamente.

Lo que menos pegaba con aquel cuerpo joven de unos treinta años eran sus extremidades. Sus brazos y piernas habían sido suplantados por prótesis metálicas. No eran brazos reforzados o blindados como tenían algunos soldados y oficiales, sino que eran brazos y piernas auténticas, fabricadas totalmente de metal. Su cuerpo estaba cubierto por un uniforme militar de color azul cielo. Nunca antes había visto ese color en un uniforme.

Los ojos amarillos del médium se quedaron clavados fijamente en los de Allen. Pudo notar el atisbo de una sonrisa que no hizo más que inquietarle. Sintió como si ella le estuviese diciendo algo mentalmente, o más bien en un tono de voz apenas audible, ya que no había dejado de mover los labios en ningún momento, cesando únicamente tras ver por primera vez a Allen.

–Formen. –Exclamó la voz del coronel Lance. Pero Allen tardó unos instantes en percatarse de la llegada de los coroneles. La visión del médium y la sonrisa que ésta le había mandado eran suficientes para alimentar las pesadillas de cualquiera durante años.

El escuadrón azul se colocó como siempre hacia. El segundo escuadrón formó a su lado. Ambos equipos estaban formados por el mismo número de personas, y todas de unas habilidades semejantes.

Agatha se situó junto a Lance. Su cabello pelirrojo había sido recogido en una coleta para que no le molestase durante el viaje y posteriormente durante la batalla.

–La guerra ya ha comenzado. –Anunció Lance sin saludar ni presentarse. –Hemos contactado con algunos oficiales que aseguran haber entrado ya

en combate con el ejército enemigo. Ahora nuestra misión es mucho más importante. Esta guerra ha dejado de ser una posibilidad, una amenaza invisible a los intereses de Moyak. Desde que se produjo el primer disparo todos nuestros destinos se cumplieron.

Notó la tensión habitual. Que te comunicaran que algunos compañeros estaban muriendo mientras ellos estaban tranquilamente en un hangar bien protegidos era algo que a no muchos les sentaba bien.

–Espero que os hayáis despedido de vuestros familiares y seres queridos. La guerra no perdona y no es piadosa con nadie. Cualquiera puede morir allí, incluidos los coroneles. –Siguió diciendo el coronel.

Sabía de antemano que casi todos los soldados de su escuadrón habían ido a ver a sus familiares. Otros que fueron huérfanos de los orfanatos financiados por la OLM se habían entretenido yendo de burdeles y bares para desahogarse antes de la feroz batalla.

Los que menos, se habían enfrascado en la religión del Sauelismo. El Sauelismo era una religión que sustituyó ampliamente a las religiones del pasado, siendo atractiva por una cosa en especial: esa religión no tenía fe en un dios creador, sino en un dios protector. El adelanto de la ciencia y de la tecnología, así como de la cultura había hecho abrir los ojos a la inmensa cantidad de la población, que vio lo ridículo que era creer en un dios creador. En su lugar decidieron venerar a aquel que siempre les había observado, aquel que nunca les había abandonado, y que sabían de antemano que existía sin necesidad de fe: el Sol.

Los sacerdotes del Sauelismo le rezaban a este dios diariamente a las doce del mediodía, hora en la que el sol se encontraba en lo más alto del cielo, y por tanto podía observarles y protegerles mejor.

Los creyentes del Sauelismo no creían ni en el cielo ni en el infierno. No creían en dioses buenos ni demonios malvados. Consideraban al Sol el único protector, y a la luna su fiel protegida y sustituta. Pero lo más importante es que jamás intentaban divinizar a ambos astros, la religión y sus seguidores eran conscientes de la composición, forma y función de esos orbes celestes. Venerándolos lo único que hacían era agradecer su presencia perpetua en la historia de la humanidad.

Era una religión pacífica y muy difundida, aunque poco venerada. En una época como era esa, pocos eran los que se enfrascaban en una religión y aceptaban sus ritos.

Allen no se encontraba en ninguno de los tres grupos. Le habría encantado despedirse de su padre adoptivo, Byron Reghisd, pero aún no había regresado de sus conferencias, y apenas había intercambiado un par de palabras con él en esas dos semanas. Siempre que estaba de viaje se

encontraba tan ocupado que no tenía tiempo ni para responder una llamada.

Además de eso, pese a provenir también de un orfanato de la OLM, no sentía ninguna atracción en pagar por una noche de diversión con una desconocida, o en emborracharse. Y por si fuera poco era uno de los muchos que no veneraban al sol.

–Como ya se os comunicó, participará en la misión por orden del Consejo, un médium. –La que habló en ese momento fue Agatha. Al lado de la voz autoritaria, acostumbrada a mandar de Lance, la de Agatha era como la de una niña pequeña, pese a mantener algo de autoridad. La médium dio un paso para estar más cerca de los coroneles. –Su nombre es Unum, y en los próximos días será nuestra compañera. –La miró a ella. Estaba claro que Agatha tampoco había visto un médium nunca. Su mirada la recorrió de arriba abajo. Aquello solo demostraba que los médiums eran un misterio incluso para las altas esferas.

La médium barrió con sus ojos amarillos a todos los soldados. Allen no pudo evitar sentirse amenazado por ese vistazo el cual le pareció que fue más duradero en su persona. O eso le había parecido. Sus labios se movían sin entonar ni una palabra, pero el ceño fruncido de Agatha le hacía creer que, si hablaba, pero con un tono de voz muy bajo.

–Huelo el hedor de la muerte rondando a vuestro alrededor. –Dijo tras unos segundos de silencio. Su voz estaba rota, era ronca y fuerte, como la de alguien con problemas en las cuerdas vocales, destruyendo toda belleza que pudiese mostrar su rostro. –Muchos habéis probado el amargo sabor de la muerte, tanto de un familiar como de un amigo o un enemigo. Pero eso no quiere decir nada. El odio y la furia de los hombres y mujeres a los que asesinasteis en las pasadas guerras es demasiado intenso, demasiado fuerte. Mi presencia en esta guerra lo único que logrará será otorgaros unos días, meses o años más de vida, pero vuestro final es inevitable y próximo.

– ¡Quien iba a creerte! –Exclamó Connor Spencer cuyo brazo ya se había recuperado totalmente. –Todos estamos preparados para luchar y ganar con o sin tu ayuda.

El médium sonrió con unos dientes perfectos. Era una sonrisa fría que antes de mostrar preocupación o afecto mostraba gracia. Se estaba riendo de él.

–Tú fallecerás mañana. –Su rostro volvió a convertirse en una máscara de hielo. –Desprecias a los muertos y ellos te desprecian a ti. Hay mucho rencor acumulado alrededor de tu persona. Tu muerte será rápida y

dolorosa.

El silencio se propagó como la pólvora por los cuarenta soldados que formaban ambos equipos. Las miradas asustadizas y los susurros de terror fueron lo siguiente que se sucedió. Muchos no eran capaces de hablar por el terror, entre ellos Spencer.

Spencer era atrevido, no le temía a la muerte, y siempre se reía de ella. Cualquiera podría decir que era un estúpido que hablaba en broma, pero por la forma en que lo dijo Unum, Allen comenzó a dudar de que todo aquello fueran bromas.

–Como… –Susurró Spencer con el rostro deshecho de miedo.

–Los espíritus nos rodean. Miles de almas recorren esta tierra. No hay nada que no conozca, ya que no hay nada que ellos no me hayan dicho. –Se le clavó en la mente la voz rota de la médium. Era horrorosa. Toda la emoción que había sentido de conocer a un médium había desaparecido por completo.

–Se acabó la conversación. –Exclamó el coronel Lance apartando a Unum y poniéndose él por delante. Ella le lanzó una mirada de repugnancia semejante a la que mandaban los soldados a ella. –Todos somos aliados, y trabajamos por un mismo objetivo. Espero que esto quede claro para todos. ¿Entendido? –Primero observó a los cuarenta hombres y luego posó la mirada en la médium que asintió con los ojos entrecerrados observándole recelosa. –Todos al avión, nos iremos inmediatamente.

La aeronave estaba justo detrás de los coroneles y del médium. Llamarlo avión por parte de Lance era casi un insulto. Era un gigantesco artefacto metálico con un par de alas de titanio que tenía acopladas enormes turbinas que hacían las veces de motor. Era de color cian para disimular su forma mientras se encontrase en vuelo, y de esa forma no ser detectado con facilidad.

No tenía ninguna ventana ni puertas visibles. Cientos de puntos luminosos mostraban el lugar donde se encontraban las cámaras exteriores. Aquel era el primer prototipo de aeronave invisible tripulada creada nunca por la OLM. Pese a ser un prototipo, había realizado todas las pruebas pertinentes para que no fuese peligrosa para sus pasajeros. Carecía de armas por lo que era utilizada tan sólo como medio de transporte.

Una puerta se abrió dejando ver unas escaleras por las que podían subir. Los primeros en subir fueron los coroneles seguidos de Unum y del resto de soldados.

El interior estaba totalmente oscuro, salvo por cuatro o cinco sensores de luz que iluminaban vagamente su interior. Aquella oscuridad sólo podía

significar que utilizaría un sistema de navegación tridimensional basado en hologramas. La luz era un impedimento para esos sistemas ya que mostraba la información inexacta y la hacía difícil de leer.

Se sentó junto a Daryl en uno de los numerosos bancos almohadillados instalados en los laterales del avión. El centro del mismo estaba vacío, pero en él habían sido colocados varios receptores fotónicos que captarían la luz del exterior para convertirla en una imagen holográfica. De esa manera no tendrían que usar la propia energía del avión.

A su lado se sentaron dos soldados del segundo escuadrón llamados Michael Larstron y Kenan Royce. Ambos eran conocidos en el segundo escuadrón por alguna que otra hazaña. Michael por ser el más nuevo fichaje, y Kenan por ser el que más tiempo llevaba allí. Antes del ingreso y ascenso de Agatha él había sido considerado el favorito para ocupar el puesto de coronel. El no haber ascendido había sido un tema de discusión durante varios meses en la OLM, meses de descalificación hacia Agatha e insultos constantes, pese a que ella había conseguido ganar la anterior guerra gracias a la estrategia que planeó tras la muerte del anterior coronel del segundo escuadrón. El único que logró acallar los insultos y rumores fue el propio Kenan, que literalmente se arrodilló ante Agatha reconociéndola como coronel.

–Unum será un dolor de muelas. –Comentó en un susurro apenas audible Daryl.

–No tengas duda de ello. Todos los médiums son iguales. –Respondió Kenan sin importarle el tono de voz.

– ¿Ya luchaste junto a los médiums? –Preguntó Michael con algo de temor. –Por cierto, creo que no deberías alzar tanto la voz.

– ¿Tienes miedo de que nos oiga? –Siguió diciendo como la vez anterior. –Ella ya sabe acerca de lo que estamos hablando. La única forma de que no lo supiera sería comunicándonos mentalmente.

– ¿Prefieres que lo hagamos? –Preguntó Allen interesado por lo que tuviese que contarles.

–No tengo nada que ocultar. Hace quince años luché junto a otro médium.

– ¿Y cómo era? –Preguntó Allen con la curiosidad de un niño. Pese al desengaño vivido con el único médium que había conocido hasta el momento, no descartaba que el resto fuera diferente.

–Son más similares de lo que podría haber imaginado. –Arrugó el entrecejo. –Por más que lo intente, no soy capaz de recordar el nombre

de ese médium, era demasiado extraño, y lo vi durante tan poco tiempo…

– ¿Fue difícil obedecer sus órdenes? –Preguntó Daryl.

–No nos quedó otra. Y si queréis vivir al final del día de mañana será mejor que vosotros también la obedezcáis. Pueden resultar odiosos, pero no mienten nunca. Por muy ridícula o vergonzosa que sea la orden debéis cumplir cuanto antes, sin dudar ni un segundo. Si os dicen que os tiréis al suelo y os revolquéis como si fueseis cerdos, deberéis hacerlo. Los médiums no están hechos para bromear como habréis podido comprobar. –Por la forma seria en la que Kenan lo estaba diciendo, Allen podría asegurar que él había tenido que hacer eso.

Allen sintió otro escalofrío. La emoción por conocer un médium había desaparecido, pero su interés por aquellos extraños poderes se había despertado. Observó a Unum y desde allí pudo notar como sus ojos amarillos se clavaban en los suyos una vez más. Sus líneas negras se notaban profundas desde esa distancia y se preguntó cómo se las habría producido.

Intentó no apartar la mirada de sus ojos. Tras ellos podía notar la frialdad de su cuerpo. La crueldad que se ocultaba tras ese rostro angelical. Entonces se dio cuenta de algo en lo que no había caído antes. La odiaba. Su forma de ser, su aspecto, su manía de quedarse mirándolo fijamente. Pese a ello, él no era capaz de dejar de mirarla. ¿Qué podía interesarle tanto? ¿Estaría observando un espíritu que estuviese delante de él? No, le miraba directamente a los ojos. Era imposible que hubiese alguien por el medio.

Pero… ¿Era realmente odio lo que sentía hacia ella? Sentía como si tuviera que recordar algo, como si la simple presencia de esa mujer ante él fuese la respuesta a una pregunta que llevaba tanto tiempo esperando. Más… ¿Cómo iba a ser la causante de tantas preguntas la que sería capaz de resolver alguna de ellas?

Capítulo 10

Capítulo 2. Episodio 4. La Lealtad de un Extraño.

Lance apoyó los codos en las rodillas y observó a ambos escuadrones conversar pausadamente. No había demasiada emoción por parte de los soldados, toda ella había sido arrebatada por las duras palabras de Unum.

La observó detenidamente durante unos minutos. Su rostro blanquecino parecía suave y terso, salvo por ambas líneas negras que cruzaban su rostro como si de dos tatuajes se trataran. Sus ojos amarillos brillaban misteriosamente entre las tinieblas a las que estaba sometida esa habitación dentro del avión. No sabía si los fantasmas existían realmente, pero sus ojos si parecían provenir del Más Allá.

Agatha estaba sentada a su izquierda, en el lado opuesto al del médium. A juzgar por la situación anterior, a ella tampoco le gustaba estar cerca de Unum, y no le extrañaba, el propio Lance también se sentía algo molesto estando justo a su lado. Parecía que ella irradiaba una energía antinatural que provocaba el temor a quien se le acercase.

Abandonó sus pensamientos y se permitió seguir la mirada de Unum, la cual llegó hasta cuatro soldados que conversaban animadamente en unos bancos casi en el medio de la sala. Los soldados Bils y Reghisd se encontraban allí junto a su viejo camarada Kenan. Ambos habían luchado juntos en bastantes guerras, y tenían una estrecha amistad que sólo la guerra podía unir.

Para aquella guerra se había visto obligado a utilizar su traje de coronel, un sencillo traje de color azulado oscuro, pero con las mismas protecciones que el resto de soldados. Agatha se encontraba igualmente vestida, pero en su muñeca pudo hallar un pequeño ordenador acoplado a su manga.

Le sorprendió ver aquello. Era un aparato obsoleto en aquella época. Su función básica era la de recibir información a tiempo real gracias a internet, pero otros medios habían conseguido sustituirlo eficazmente. Desconocía los motivos por los que lo llevaba, pero tampoco le

interesaban.

–Dolnin. –Susurró ella sin llegar a mirarle a la cara. – ¿Qué piensas de ella?

No hacía falta que detallase nada más, sabía perfectamente a quien se refería. Fue a abrir la boca para responder, pero una voz rota le sorprendió respondiendo en su lugar.

–Piensa que si puede confiar en mí. –Lance echó la mirada hacia la derecha encontrándose con los ojos brillantes de Unum. –Después de todo, ya fue salvado años atrás por uno de mis hermanos. –Sonrió mostrando una sonrisa perfecta pese a su horrible voz. La mano de ella se apretó contra el lado izquierdo de su pecho. – ¿Verdad? Si hubieses dudado medio segundo más habría sido atravesado tu corazón en lugar de tu pulmón.

–Prefiero… no pensar en eso. –Tenía razón, todos los malditos médiums siempre tenían la razón. Quince años atrás, tras ser enviado al campo de batalla junto a un médium, éste le dio unas órdenes muy precisas de lo que debía hacer. En una de ellas le ordenó asesinar a un compañero, pero no fue capaz de cumplir dicha orden. Su compañero aprovechó la duda para traicionar a la OLM y dispararle, pero afortunadamente logró apartarse sin recibir una herida mortal. Como recuerdo recibió un pulmón izquierdo artificial.

Unum calló volviendo a observar a Allen descaradamente mientras movía los labios susurrando algo de forma inaudible. El chico lanzaba miradas discretas llenas de extrañeza. Él tampoco comprendía que interés podía albergar en el soldado.

– ¿Fuiste sincera en lo que dijiste antes? –Preguntó Agatha con un ligero temblor en su voz. No debía haber pronunciado esa frase si no iba a hacerlo con autoridad, como coronel no se podía permitir mostrar debilidad ante nadie… aunque él fue el primero que desvió una conversación que no le agradaba.

– ¿Qué dije antes? –Preguntó ella desviando la mirada y posando sus ojos en Agatha. Según tenía entendido los médiums constantemente hablaban con espíritus, y ella no había dejado de mover los labios desde que habían subido al avión, por lo que sus anteriores palabras al grupo ya debían formar parte de un pasado lejano para ella.

–Que sientes como se nos acerca la hora de la muerte. –Contestó ella pacientemente. Debía haber llegado a la misma conclusión que Lance.

–Jamás he dicho eso. –Replicó Unum pese a que el tono de su voz no había cambiado un ápice. –La muerte está sobre vosotros, pero eso no me

incluye. –Rompió el contacto visual, algo que Agatha agradeció en el fondo según pudo comprobar. –Al menos aún no.

– ¿Eres capaz de ver cuándo va a morir alguien? –Volvió a preguntar Agatha esta vez como si de una niña curiosa se tratase. Lance comenzaba a arrepentirse de ir con ella en ese vuelo.

–Son capaces de ver que espíritus rondan a los vivos, y ellos le dicen al médium en qué situación se encuentran, enfermedad, dolencias, aptitudes… A partir de ahí desarrollan una lista mental de quienes tienen más probabilidades de morir. –Explicó Lance intentando rememorar lo que había aprendido de ellos.

–Tu respuesta es inexacta. –Repuso Unum esta vez depositando la vista en él. –En el mundo de los vivos existe algo llamado buena y mala suerte. Muchos consideráis que esto es un mito, aunque la mayoría cree en ella, sin embargo, muy pocos somos capaces de ver la realidad. –Era obvio que se refería a los médiums. –Los espíritus que rondan a los vivos pueden ser benignos o malvados. Todos poseen ambos tipos, y estos son los que ayudan al alma del vivo a pasar calamidades o recibir gratas sorpresas.

– ¿Eso quiere decir que viste quienes eran los que poseían los espíritus más malignos?

–Si lo deseas, puedes considerar el mundo de los espíritus como una ciencia. Si un humano lleva a muchas personas a la muerte, éste influirá negativamente en su suerte. Muchos son capaces de aguantar años sin que les ocurra nada, pero… tarde o temprano los espíritus encontrarán la forma de influir en el mundo, en la realidad… Una bala ligeramente desviada. Una granada defectuosa que hace explosión. El suelo cede bajo tus pies… Nadie está a salvo de un espíritu que le desea mal.

–Suena… peligroso.

–Suena como debe sonar, coronel.

Lance dejó de prestar atención a la conversación y se tapó la cara con las manos. Esbozó una sonrisa mientras pensaba en lo que Unum les acababa de decir. No era la primera vez que escuchaba ese discurso acerca de la buena y la mala suerte. Quince años atrás también lo escuchó, y desde entonces tenía una pregunta sin respuesta. ¿Él tendría un espíritu protector o una infinidad de espíritus malignos? Sin lugar a dudas tenía al peor de todos.